Los OVNIS ¡vaya timo!

Sobrecubierta

None
Tags: General Interest

Ricardo Campo Pérez
Los OVNIS ¡vaya timo!

Diseño de portada: Serafín Senosiáin Ilustración de portada: Ricard Robres Maquetación: Carlos Álvarez, www.estudiooberon.com
© Ricardo Campo Pérez, 2005 © Editorial Laetoli, S. L., 2005
Avda. de Bayona, 40, 5º
31011 Pamplona
www.laetoli.net
ISBN: 84-934862-1-3 / 978-84-934862-1-1 Depósito legal: NA-471-2006 Impreso por: GraphyCems Polígono Industrial San Miguel 31132 Villatuerta, Navarra
1.Sobre cosas que se ven en el cielo 11
Disolviendo el misterio… 15
Astronomía urológica… 17
"Ovnis" de fabricación humana… 25
2.Fraudes, engaños y falsedades… 33
Extraterrestres y humanos: viejos amigos 43
Breve historia de los platillos volantes 49
3.Los investigadores… 59
La farsa vestida de seda (científica) farsa se queda 60
Cómo engatusar al creyente… 65
La oratoria publicitaria de los periodistas ufológicos… 67
4.Ovnilandia… 77
Los testigos… 78
La lógica en el país de los platillos 83
El secreto oficial se desmorona 85
Cuentos de la vieja majadera… 91
Entrevista con ET… 94
Bromas útiles… 98
Bases de ovnis en la Tierra… 101
Las alertas ovni: el gran circo de los platillos volantes.. 103
5.Conclusiones… 115
Epílogo… 121
Para leer más … 131
Carta a Arturo

Desde hace algún tiempo veo que entre tus lecturas habituales se encuentran revistas sobre asuntos extraños, misteriosos, enigmáticos; al menos, así los presentan los autores de esos artículos y los directores de las publicaciones en que aparecen. También veo con satisfacción que no te tragas sin más todo lo que en ellas se dice, que me has preguntado frecuentemente -a mí y a otros críticos- por la confianza o desconfianza que nos produce buena parte de esas afirmaciones, y que no te quedas satisfecho con la versión edulcorada del misterio sino que te preocupas por informarte en otras fuentes, donde lo que importa no es el envoltorio ni el brillante papel cuché ni las alucinógenas ilustraciones ni los tontorrones títulos y subtítulos,

sino el afán por adecuarse al máximo a los hechos gracias a una interpretación sensata y legítima.

Por todo ello, creo que vale la pena poner un poco de orden en las principales ideas que, en mi opinión, debes tener en cuenta a la hora de valorar lo que algunos periodistas y novelistas intentan colar como fenómeno inexplicable o extraterrestre. ¡Ahí es nada! Y la NASA y otras agencias espaciales enviando sondas robóticas a otros planetas y satélites para averiguar, entre otras cosas, si la vida existe en alguno de ellos… ¿Por qué no contratan a estos señores de asesores, ya que tan seguros se muestran de la existencia de los alienígenas?

Vamos a adentrarnos en uno de esos misterios por decreto que más controversias ha desatado, más acusaciones infundadas ha provocado, y del que existen las mismas pruebas que de cualquier otro fenómeno celoso de sí mismo, como los denominó Robert Sheaffer: es decir, ninguna, más allá de los recuerdos y relatos de individuos que pueden diferir mucho sobre lo realmente observado, si es que realmente observaron algo, claro está. Me estoy refiriendo a un clásico entre los clásicos del misterio, el más allá -el más allá de la lógica y del sentido común, en la mayoría de las ocasiones-, lo maravilloso y las creencias sin pruebas que las respalden: los platillos volantes u ovnis.

Quiero explicarte por qué, en mi opinión, estamos ante uno de los mitos más asentados de la cultura popular; por qué, a pesar de esa inexistencia de pruebas -como las hay de la existencia de planetas extrasolares, aunque sólo un grupo limitado de astrónomos los hayan detectado-, muchas personas, de tu edad o mayores que tú, piensan que esos platillos, naves o misteriosas presencias en los cielos y la Tierra son de origen extraterrestre. También te explicaré lo que Sheaffer quiso decir con el calificativo celoso aplicado a este fenómeno social en su muy recomendable libro Veredicto ovni, una de las mejores críticas globales formuladas por un escéptico a toda esta maraña de afirmaciones y elucubraciones disparatadas de presuntuosos personajes que se hacen pasar ante el vulgo por cualificados científicos.

He escrito la palabra tabú: escéptico. Me alegra que sonrías. La sonrisa y la risa son armas escépticas. Idealmente, van de la mano con el sentido común, equipaje que la mayoría de los publicistas ufológicos olvida a la hora de emprender la odisea por el desierto de los misterios de cartón-piedra. ¿Qué es eso de ser escéptico?, puedes preguntarte. Para responderte iré a lo práctico, así que no expondré un resumen de las doctrinas filosóficas griegas al respecto, pues es en Grecia donde surge el vocablo. Si quieres saberlo, consulta un diccionario de filosofía o una historia de la misma, que no es mala costumbre asesorarse en fuentes con garantía.

Uno empieza hablando de extraterrestres -cosa bastante temeraria,

puesto que no sabemos siquiera si existen- y poco a poco se da cuenta de que le está hablando al espejo. Sin dejar de ser también temerario, hablar con el espejo es menos arriesgado, ya que se nos presupone cierto conocimiento de nosotros mismos. Pero con los extraterrestres deseamos engañarnos: pensamos que son sujetos totalmente distintos -o, por el contrario, casi idénticos- a nosotros; los creamos y los colocamos ahí fuera, pero a poco que hagamos el esfuerzo nos damos cuenta de que son un producto de nuestra imaginación, de nuestro aburrimiento o de ambos. Así sucede con todas las creencias irracionales y pseudocientíficas que tanto abundan en los medios de comunicación y en la sociedad en general.

Tu interés por los extraterrestres y las naves en las que, al parecer, viajan para contarnos unas verdades ridículas, es bastante habitual. No creas que eres especial por ello; otros muchachos se interesan por la astronomía o los dinosaurios. Lo raro sería que, a tu edad, te interesaras por la historia de los papas, digo yo. Pero cosas más raras se han visto, ya que este mundo "paranormal" es una fábrica de cosas inverosímiles, disparatadas y dirigidas a un público de amplias tragaderas, expresión sustituida por la de "tener una mente abierta", cosa que, según afirman, faculta para ver más allá de lo visible. En realidad, esta apertura mental propicia la compra de productos y mercancías, que es -no nos engañemos- lo que interesa en realidad.

Esta es la conclusión básica de lo que te voy a contar en las siguientes páginas, aunque no me conformo con ello. Muchas de las creencias del gran circo de los platillos volantes están basadas en razonamientos incorrectos, deseos ardientes y una curiosidad por lo extraño desorganizada y desbocada, más el abono de la ignorancia. Todo ello nos dará ocasión de entender que nos hallamos ante una invención, ante una leyenda convertida en objeto de culto. Alrededor de esta leyenda han aparecido multitud de parásitos que pretenden mantener vivo el fuego de la creencia, que debe ser guardado por los pastores del misterio que conducen el rebaño.

Nos dirigimos a Ovnilandia, una tierra con maravillas de tercera división, credulidad vergonzosa, relatos exagerados, presuntuosos narradores que han pretendido durante décadas hacerse pasar por investigadores en íntima conexión con la fuente del misterio, y donde para encontrar un poco de análisis crítico y riguroso es necesario profundizar muchos metros bajo tierra. Nos las veremos con varios ufólogos, que son quienes se dedican a investigar esos prodigiosos aparatos -llamados UFO en inglés, iniciales de Unidentified Flying Object, es decir, objeto volante no identificado u ovni-. Recorreremos muchos kilómetros, pero la mayoría en vertical, hacia abajo, ya que no nos interesan las monsergas preparadas para quien sólo desea ver confirmada su fe, sino llegar a la raíz de este mito. Si cambiamos de

orden las letras de esta palabra nos encontramos con timo: sí, los ovnis son un timo bien grande; pero también algo más que eso.

Sobre cosas que se ven en el cielo

De entrada, quiero aclararte algo. Te voy a hablar de ovnis y extraterrestres, o más bien de las ideas y creencias humanas en torno a ambos, ya que con ellos mismos es imposible tratar, al menos hasta el momento de escribirte esta larga carta, puesto que ninguno se ha presentado ante los humanos a cara descubierta (o con lo que tengan por cara). Llevamos esperando más de 60 años a que los señores del espacio se dignen hacernos una visita clara y diáfana para todos desde que este furor se extendió por el mundo. En cambio, no tenemos más que fugaces visiones y mucha literatura espantosa al respecto, comida rápida hipercalórica para la mente de consumidores de enigmas de diseño. Me temo que vamos a seguir esperando esa aparición por mucho tiempo…, si es que alguna vez llega a producirse.

Cualquier persona con capacidad para contemplar objetivamente la leyenda de los ovnis se dará cuenta de que estamos ante unos pretendidos hechos con un comportamiento absurdo. Esta importante faceta ha sido usada también para reforzar la extrañeza del fenómeno, tras el que se ocultaría una inteligencia cuyo comportamiento a nosotros nos parece disparatado, pero que debe obrar por secretas y oscuras razones que nos son incomprensibles. Tiene su lógica.

Pero hay otra interpretación más económica de todo ello, más sencilla, menos enrevesada: la extrañeza es un añadido posterior a la observación del fenómeno, y su ausencia de lógica responde al mismo motivo de que tampoco la tengan las hadas, las apariciones marianas, los fenómenos paranormales y los bichos fabulosos de la criptozoología. Son leyendas fabricadas por la capacidad inventiva del ser humano, impulsado por un fuerte deseo de lo maravilloso; su lógica es particular, y un buen examen crítico y escéptico puede disolverla.

Este mundo de los ovnis empieza con una gran carga inicial: la ausencia de una definición necesaria y completa, que sí tienen siempre todos los objetos de investigación científica. Nos encontramos con historias orales, con relatos de personas que nos cuentan vivencias que no supieron clasificar o identificar correctamente. En este sentido, los ufólogos han pretendido tradicionalmente un imposible: tratar piezas testimoniales de información como si fuesen objetos a nuestra disposición. Es como si los zoólogos se viesen obligados, a la hora de estudiar la fauna de una comarca, a recurrir a los recuerdos de personas que hicieron turismo en la zona o a las leyendas locales. ¿Qué seguridad tenemos de que se ajustan a la realidad? El testimonio humano, como veremos más adelante, no es nada fiable cuando se trata de describir un fenómeno u objeto apoyándose sólo en el

recuerdo; menos aún si la observación causó cierto impacto por su aparente extrañeza o su carácter breve y repentino.

Hay una diferencia enorme entre el testimonio de un lugareño que pasaba por las orillas del lago Ness y el análisis en un laboratorio del ADN de un plesiosaurio capturado en la zona, ¿no te parece? Con los ovnis pasa lo mismo: no tenemos nada equivalente al ADN, ni una tuerca ni un tornillo, si es que los necesitan esas portentosas naves en las que, según nos cuentan, se desplazan los ET. Ni un indicio sospechoso ni una pista de la que tirar ni una información transmitida a uno de los sujetos que aseguran haber dialogado cara a cara con los extraterrestres que sea revolucionaria, que haga referencia a hechos o explicaciones desconocidas por la ciencia de este planeta, o una pista para ahondar en los enigmas históricos del pasado.

Todo esto es muy sospechoso, y nada hace pensar que nos hallamos ante un fenómeno de la misma categoría que el rayo, las madrigueras de los castores o las revoluciones sociales. Todo esto parece, más bien, al complejo y cambiante mundo de las leyendas, que se adaptan a los gustos de las personas, y al éxito que logran al pasar de boca en boca.

La posibilidad de que exista vida microscópica alienígena es real y probablemente alta. Mucho menor es la posibilidad de que haya vida compleja inteligente. Y menor aún, prácticamente nula, la de que alguna civilización haya alcanzado nuestro planeta, no en el siglo XX sino en algún momento de la existencia de la Tierra. No debemos engañarnos: las leyes de la física son las mismas en todas partes, no es razonable pensar que otros seres racionales hayan superado las enormes dificultades del viaje interestelar, ni tiene sentido que seamos poco menos que un lugar de paso para todas las hipotéticas especies del universo o una confluencia de multitud de autopistas siderales, dado el número de observaciones de platillos volantes durante el pasado siglo.

Los voceros de las creencias maravillosas llegan a conclusiones que no derivan de la información disponible. Estas trampas del lenguaje reciben el nombre de falacias, y una de las más frecuentes en la petición de principio, consistente en introducir en una argumentación elementos no probados anteriormente y que son inverosímiles o muy dudosos. Todo el razonamiento se vuelve entonces débil, aunque a quien ya ha aceptado de antemano la conclusión todo le parezca lógico y evidente. El popular escritor Fernando Jiménez del Oso nos ofrece unas cuantas peticiones de principio al comienzo de uno de sus libros (Ufología. Todo sobre los ovnis). Allí, Jiménez del Oso aseguraba:

Los ovnis son uno de los fenómenos sociales más importantes de esta época. No se trata sólo de la presencia en nuestro cielo de unas

naves de procedencia extraterrestre, sino de lo que esa presencia ha significado y está significando para la humanidad en estas últimas décadas.

¡Eh, alto ahí!, eso es decir mucho. ¿Cómo que "la presencia en nuestro cielo de naves extraterrestres"? Creo que tú, yo y el resto de la humanidad nos hemos perdido algo… ¿Cuándo y quién ha probado que los testimonios de quienes aseguran haber visto luces en los cielos que no supieron identificar fueron debidos a naves pilotadas por seres inteligentes de otros planetas? Algo tan importante debería estar probado y requeteprobado, ¿no te parece? Debería ser público y conocido por todo el mundo, de la misma forma que sabemos que el meteorito ALH84001 es de origen marciano, y que, según pensaron erróneamente algunos científicos, podía contener fósiles de microorganismos extraterrestres.

Esto es lo que nuestro escritor de temas ocultos nos ha intentado colar como quien cuela contrabando. Es algo que el autor deja caer inadvertidamente, pero con lo que pretende fundamentar el resto de su discurso: he ahí la petición de principio. El buen lector debe estar atento a estas artimañas, que, como te digo, son abundantes no sólo en los relatos de misterios espaciales sino en cualquier campo de los enigmas populares. Lo peor es que todo el escrito del desaparecido psiquiatra está repleto de afirmaciones similares, encadenadas una tras otra, de tal forma que se haría larguísimo enumerarlas y explicarlas todas.

Desde finales de la década de 1940, los platillos volantes, luego denominados ovnis, se convirtieron en una epidemia. Miles de personas aseguraban haber visto extrañas luces, fenómenos u objetos de origen desconocido. A tal punto llegó la fiebre que algunos escritores empezaron a descubrir extraterrestres y naves galácticas en los restos arqueológicos del pasado, como un hostelero suizo llamado Erich von Däniken, a quien se considera un importante científico de lo oculto pero que en realidad no pasa de ser un desaprensivo con ganas de hacer unos dineros a costa del deseo de maravillas de la gente.

Casi cada objeción de los escépticos contra el naciente mito era respondida por los creyentes con una excusa. Si los ovnis no descendían en nuestro planeta a la vista de todo el mundo era porque lo impedía la "ley cósmica"; y si los que aseguraban entrar en las naves espaciales no regresaban jamás con una prueba material de su estancia en tal lugar era por la prohibición de llevarse nada, o porque tenía mayor importancia el mensaje espiritual que las simples pruebas materiales. Y cuando, de tarde en tarde, alguien pretendía haber traído un fragmento u objeto de la nave, o que sus raptores alienígenas habían implantado un chip de seguimiento en su cuerpo, todo desaparecía misteriosamente cuando expertos independientes se

disponían a analizarlo, o bien resultaba ser algún objeto común y corriente de nuestro planeta, a pesar de las sensacionales declaraciones iniciales de que estaba hecho de un material o aleación desconocidos o que era técnicamente imposible de analizar con nuestros conocimientos actuales.

Disolviendo el misterio

Desde la Antigüedad se han observado cosas extrañas, prodigios y maravillas en los cielos. Se conservan muchas leyendas al respecto. Lo que no debemos pensar es que tras esas historias hubiera algo más que simples fenómenos naturales, astronómicos o atmosféricos que las gentes de otras épocas eran incapaces de integrar en los conocimientos científicos disponibles.

Por ejemplo, en el siglo XVI fueron abundantísimos los libros y catálogos sobre portentos, hechos extraordinarios y apariciones de monstruos en Europa. Se los consideraba profecías o signos de la voluntad divina, con lo que se daba a entender a los seres humanos que se avecinaban cambios fundamentales o incluso el fin del mundo. Estas colecciones de "hechos" extraños tenían una utilidad muy destacada: servir como instrumentos de la Reforma protestante, al considerar que incluso esos prodigios estaban previstos en el orden divino para anunciar los cambios y transformaciones sociales. Se confeccionaban e interpretaban listados de observaciones, tal como lo hacen ahora los ufólogos o los criptozoólogos, descendientes de los compiladores del Renacimiento.

Esos portentos podían ser extrañas batallas celestiales visibles desde la Tierra, nacimientos de seres humanos deformes, siameses unidos por alguna parte del cuerpo, pollos de aves domésticas con dos cabezas, soles sanguinolentos, lluvias de objetos de fabricación humana, etcétera. Las interpretaciones simbólicas estaban a la orden del día, y cada intérprete intentaba arrimar el ascua a su sardina o a su facción religiosa. Buena parte de esos fenómenos, al menos los que ocurrían en los cielos, podían tener su origen en acontecimientos atmosféricos naturales de tipo óptico perfectamente explicables en la actualidad. A principios del siglo XX, un popular periodista que se dedicó a recoger miles de anécdotas de ese tipo fue Charles H. Fort, alejado del espíritu científico y crítico con la ciencia, que en su opinión no aceptaba lo que para él eran "evidencias" incontrovertibles de que se nos ocultan los misterios más asombrosos. Es el abuelo de los actuales conspiracionistas.

Entre los fenómenos atmosféricos destacaba el halo solar (o corona solar), un gran círculo que aparece alrededor del Sol cuando los pequeños cristales de hielo que forman las nubes reflejan la luz del astro rey. A veces se puede observar una imagen duplicada del Sol. El mismo fenómeno puede ocurrir con la Luna. Hay numerosas crónicas

antiguas cuya descripción encaja en esas manifestaciones. ¿Y qué te voy a contar de las nubes lenticulares? Algunas parecen auténticos "platillos volantes", quietas ahí en lo alto, formadas por corrientes de aire en chorro… En no pocas ocasiones, algún amante de los platillos volantes llegó a decir que eran un camuflaje de esas misteriosas naves que atraviesan, no se sabe para qué, nuestros cielos. Y yo pienso, ¡pues menuda técnica de camuflaje si mantienes tu misma forma y sigues llamando la atención de los despistados sujetos que hay abajo! ¿No crees? Pues estas tonterías circulan por Ovnilandia como si fueran algo plausible o digno de crédito: así de ridícula suele ser la comidilla de los creyentes ufológicos. También es digno de memoria un tipo de espectro…

No, no nos vamos a convertir en cazafantasmas como los que graban ruidos intrascendentes y luego dicen que se trata de psicofonías o voces del "más allá": se trata del espectro de Brocken, un fenómeno óptico que se produce en ciertos lugares abiertos con el Sol a la espalda del testigo y un gran banco de nubes enfrente. En esas circunstancias, la sombra de la persona puede proyectarse contra las nubes y aparecer rodeada de un gran círculo irisado denominado gloria. O lo que es lo mismo, un extraterrestre dentro de su nave, ¿no? ¿Cómo que no? Ah, veo que conoces la divertida aventura del extraterrestre de Andorra…

Resulta que el 13 de agosto de 1994 dos jóvenes del Principado grabaron en vídeo una de esas llamativas manifestaciones atmosféricas. Según el publicista del misterio Bruno Cardeñosa, la policía habría obligado a los muchachos a firmar un documento en el que se les ordenaba olvidar el asunto y asegurar que era un montaje… ¡Qué miedo, cuánto misterio! ¿Acaso la policía quería ocultar esa manifestación de una esfera con humanoide en su interior (en realidad, la sombra de uno de los protagonistas rodeada por el círculo brillante), hipótesis del citado malabarista de lo extraño, como dejó escrito para la posteridad en la revista Año Cero en diciembre de 1995? Lo cierto es que los jóvenes intentaron gastar una broma con el vídeo al pretender hacerlo pasar por ¡una aparición de la virgen María!: de ahí el interrogatorio policial. Después del banal artículo en la revista esotérica, Manuel Borraz envió una nota recordando la explicación evidente que la propia prensa había aportado, detalle que, como suele ocurrir, cayó en saco roto. Puedes ver una instantánea del vídeo en: http://www.perspectivas.com. mx/fotosets/andorra.htm.

Astronomía ufológica

Halos solares y lunares, nubes lenticulares, espectros de Brocken… Todos ellos son fenómenos que pueden mover a confusión a personas que han escuchado historias de ovnis, pues vivimos en una sociedad donde tales relatos son divulgados por los medios de comunicación -en

unas épocas más que en otras, según veremos más adelante- y se presentan como si se tratara de información fiable. No obstante, no son acontecimientos que se produzcan todos los días ni en los mismos lugares o con una alta frecuencia. ¿Existe algún tipo de estímulo luminoso en los cielos que sea visible a diario? Sí: las estrellas, los planetas y las estrellas fugaces, grandes y pequeñas (o meteoroides, que es como las llaman los científicos). Y de entre todos estos cuerpos sobresale uno por su espectacularidad en la noche: el planeta Venus, el "ovni" por excelencia, el que ha sido confundido en más ocasiones con algo extraño, una "nave" o una luz que realizaba "movimientos imposibles", según no pocas anécdotas que los ufólogos intentan hacer pasar por pruebas.

Desde el origen de esta creencia, el planeta Venus ha sido culpable involuntario en infinidad de ocasiones de algún relato de platillos volantes, tanto procedente de personas de la calle como de pilotos de aviones. "¿También por parte de pilotos?", te preguntarás quizá. Has oído que están muy bien entrenados, que no confundirían Venus con nada raro… Pues nO es así.

Los pilotos, los reyes, los fontaneros, los curas y los catedráticos de Historia y de Física pueden ser incapaces en un momento dado de identificar adecuadamente un objeto celeste debido a muchas circunstancias: un banco de nubes, una atmósfera muy limpia en la que hay capas de aire a distinta temperatura que distorsionan la luz o provocan un espejismo, la salida o el ocaso del planeta por el horizonte -momento en que su forma y coloración pueden verse alteradas-, el estado de ánimo influido por una visión sorpresiva, la influencia de otros testigos en el mismo lugar, la ausencia de puntos de referencia, la ignorancia de los fenómenos habituales del cielo nocturno, el movimiento imperceptible del avión…

La pregunta fundamental, si no deseamos comulgar con las gigantescas ruedas de molino que suministran las revistas comerciales de misterio, es la que propuso el investigador Manuel Borraz:

Cuando en un avistamiento desde el aire puede establecerse que Venus era visible y se encontraba en la posición en que fue observado el ovni luminoso, o muy cerca de la posición aproximada indicada por los testigos, la pregunta obligada es por qué no mencionaron éstos ningún otro objeto brillante en las proximidades del ovni, máxime si se dieron condiciones de buena visibilidad. La respuesta más simple y razonable es que, probablemente, no debía haber otro objeto: los pilotos, o quien fuera, habrían estado observando el planeta Venus.

También podríamos pensar que Venus, ¡pop!, se hizo invisible durante un rato, momento que aprovecharon los extraterrestres para ponerse en su lugar y dejarse ver desde su bonito platillo intergaláctico. Tampoco sería de extrañar tal razonamiento entre

periodistas y publicistas amantes de los ovnis… ¿Qué tal si comentamos algunos ejemplos de confusiones?

El primero es doblemente significativo: ocurrió en 1969 y tuvo como protagonista al que luego sería presidente de Estados Unidos, Jimmy Cárter. A la salida de una reunión del Partido Demócrata en Georgia, observó un ovni. La prensa nacional recogió la observación del entonces gobernador. Algunos años después, Robert Sheaffer investigó el caso. Averiguó que la fecha era errónea, y que la correcta, así como la hora, hacía que la visión de Cárter coincidiera perfectamente con el planeta Venus. Sheaffer envió estos importantes detalles al New York Times -que inicialmente había publicado la noticia del ovni-, pero sólo le asignaron un pequeño espacio en páginas interiores. El misterio resuelto no era una noticia del mismo calibre que una información incompleta y errónea en primera página. Esto se repite en infinidad de ocasiones, lo cual muestra que el público está entregado a la farsa, al engaño premeditado, a la chapuza informativa y al descaro periodístico. En numerosos casos, las revistas esotéricas se han negado a publicar informes y explicaciones enviados por estudiosos escépticos, no sea que su negocio se vea comprometido o cuestionado si los lectores tienen acceso a toda la información, como en el caso del espectro de Brocken comentado más arriba.

Hablemos ahora de los pilotos, esos "testigos de élite", como engañosamente fueron bautizados por los ufólogos que pretendieron sustentar el mito de los platillos en algo tan débil y sospechoso como el testimonio humano. El primero de los casos que me viene a la memoria es el del 4 de noviembre de 1968, sucedido en la aerovía Barcelona-Alicante. El comandante Lorenzo Torres dijo observar una luz o foco con dos luces laterales más pequeñas cuando volaba junto a la costa de Castellón, alrededor de las 18:30 horas, aunque, según la transcripción de la conversación con la torre de control, "pensó que la perdían de vista porque no se veía bien". La revista La actualidad española publicó en su número de marzo de 1969 unas declaraciones de este piloto en las que restaba importancia al incidente, admitiendo que podía tratarse del reflejo de una estrella. Sin embargo, años después, en 1981, en unas nuevas declaraciones aparecidas en un libro de Juan José Benítez, el nada espectacular suceso se convierte en un ovni que se pegó al morro del avión. Un sensacionalista dibujo acompaña al relato reconvertido. En él pueden observarse tres luces realizando piruetas alrededor del fuselaje. "Investigación creativa", podríamos llamarla. En otras ocasiones se ha comprobado que algunos testigos embellecen sus relatos con el transcurso del tiempo aumentando tamaños y acortando distancias respecto a la primera declaración -al contrario de lo que suele ser habitual en los recuerdos-, circunstancia imputable a la labor creativa de los fabricantes de falsos

misterios. Lo que observó el comandante Torres no fue otra cosa que Venus, y, muy cerca de él, casi en conjunción, Mercurio.

Mucho se ha debatido sobre el testimonio del comandante Jaime Ordovás, quien aseguró haber observado una luz justo enfrente de su avión sobre las 21:20 horas del 25 de febrero de 1969, cuando se dirigía a Madrid después de haber despegado en Mallorca. La luz tenía color blanco, y a veces rojo, y se mantuvo a la vista durante unos 19 minutos. Aunque permaneció frente a los observadores, la luz dio la sensación de variar su distancia y altura en algunos momentos. Hacia el final del fenómeno llegó a apreciar una forma triangular con los vértices iluminados. Allí se encontraba el planeta Venus con su máximo brillo, motivo de la confusión del piloto.

El mismo lucero fue la luz observada por el comandante Morales al mando de un Boeing 727 de Iberia, en ruta Arrecife de Lanzarote-Las Palmas de Gran Canaria, el 12 de febrero de 1985. Comenzaron divisando el foco luminoso dos agentes de la policía local de Arrecife, quienes, tras informar a algunos compañeros, se desplazaron hacia el sur en automóvil. Allí seguía la misteriosa luz, en dirección oeste, "sobre la atalaya de Yaiza". Llamaron al aeropuerto, desde el que se les respondió que los radares no registraban ningún blanco anómalo. Pero poco después la torre de control les confirmó que la tripulación de un vuelo interinsular estaba observando una luz no identificada. Esta era roja, sonrosada e incluso verde, y efectuaba movimientos constantes. En el lugar indicado por el comandante -la misma dirección que la indicada por los policías- se encontraba Venus con su máximo brillo y, como señaló Manuel Borraz en su análisis del suceso, "no hay indicación de que el astro fuera visto en las inmediaciones del ovni, como habría sido de esperar, y por lo demás la descripción de la luz se ajusta perfectamente a la de un lucero".

¿Cuál es la última metedura de pata colectiva al respecto? El 23 de agosto de 1999 tuvo lugar una espectacular conjunción de Venus y Júpiter, observable nítidamente desde la puesta del Sol, pasadas las 20:30 de la tarde. Multitud de personas de varias provincias (Madrid, Huesca, Murcia, etc.) llamaron a Protección Civil para informar de que podían ver "una cosa suspendida en el cielo que bajaba a gran velocidad". Otros se refirieron a la serie Expediente Xy a "extraterrestres". El foco aparecía como una gran luz única, aunque con prismáticos podía descubrirse que eran dos muy cercanas, los citados planetas, aunque nadie -excepto los astrónomos y los interesados- se percató de la auténtica naturaleza de la potente luz.

¿Y la Luna? ¿Puede nuestro satélite haber sido interpretado como un cuerpo extraño o misterioso? Pues sí, aunque parezca increíble, y en no pocas ocasiones. El caso más reciente del que tengo conocimiento tuvo lugar en LEscala, Gerona, el 19 de marzo de 1997,

y fue convenientemente adornado por los medios sensa-cionalistas. Dos policías de esta localidad relataron: "Vimos como si fuese la Luna, igual que la Luna, exactamente igual, y estaba a 4 o 5 metros sobre el suelo". Tan trivial descripción estuvo acompañada por "un extraño fogonazo de color rojo, un cambio en la forma del objeto, el bloqueo de la caja de cambios del vehículo policial, una misteriosa huella en el terreno" y otros detalles, todo bien mezclado cual cóctel de Expediente X por los reporteros de lo insólito. Finalmente se pudo comprobar que la observación se produjo hacia las 04:05 horas, cuando la Luna era visible justo en el sector celeste en el que los testigos situaron el objeto extraño. Los "efectos" subsiguientes no son más que impresiones personales de los testigos, debido a la sorpresa provocada por el descubrimiento del brillante astro tan cercano al horizonte. El fallo de los cambios del automóvil pudo ser provocado, sin duda, por el nerviosismo del conductor: es totalmente erróneo establecer una relación causal entre ambos sucesos; se trató de una simple casualidad. Y si alguien piensa que hubo alguna relación entre la Luna (o nave espacial extraterrestre) y la mecánica del automóvil, tendrá que demostrarlo con esa cosa tan molesta que causa urticaria a los fabricantes de pamplinas: las pruebas. No basta con la palabra del primer sacacuartos con traje de aventurero. Una interesante colección de relatos sobre ovnis originados en observaciones astronómicas es Ovnis: historias increíbles con explicaciones creíbles, de Manuel Borraz. También es provechoso visitar el blog del analista Juan Carlos Vitorio (http://misteriosdelaire.blogspot.com), con interesantes observaciones debidas a confusiones astronómicas.

La colección de efectos causados por los ovnis -pues parece lógico que, si se trata de naves físicas, metálicas, dejen algún indicio de su paso, al menos involuntariamente- se limita a luces que disminuyen en su intensidad, fallos mecánicos en automóviles (pero coincidencia no es lo mismo que causalidad), enfermedades que sanan sin explicación aparente (muchas desaparecen espontáneamente porque nuestro cuerpo sabe autorrepararse), fotografías so-breimpresas (han sido descubiertos centenares de trucos y fraudes), etcétera. Pero, como dijo Martin Kottmeyer, no existen casos conocidos de ovnis que fulminen automóviles y los conviertan en charcos radiactivos, que roben estadios enteros de fútbol, que alteren el orden de los aminoácidos de sus víctimas, etc. Es decir: no hay ninguna prueba que requiera una explicación de otro mundo.

¿Hay más motivos de confusión posibles, fenómenos aún más espectaculares que los modestos planetas de nuestro sistema solar que hayan desconcertado a los testigos? Sí, hay muchos más. Entre los de tipo astronómico tenemos las estrellas fugaces, y los grandes bólidos -de mayor interés para nosotros-, pequeños pedruscos que entran en la

atmósfera terrestre y provocan un espectacular rastro luminoso al chocar con el aire. Algunos pueden

r captados por radar. Dependiendo del tamaño y de la composición química del objeto en cuestión, pueden provocar efectos adversos. Si son lo bastante grandes, y la atmósfera no consigue volatilizarlos en su totalidad debido a la fricción, pueden llegar a caer a tierra.

Las estrellas suelen pertenecer a lluvias meteóricas o lluvias de estrellas anuales, causadas cuando la Tierra atraviesa, en su desplazamiento por el espacio, el rastro o corriente de polvo dejado por un cometa. Son muy populares, por ejemplo, las Perseidas, asociadas al cometa Swift-Tuttle 1862 III, conocidas popularmente como "lágrimas de San Lorenzo" por ser el 10 y 11 de agosto los días en que se observa mayor número de rastros. En noviembre destacan las Leónidas, con un máximo cada 33 años alrededor del día 16, y en diciembre las Gemínidas y las Ursidas, alrededor de los días 13 y 22, respectivamente. Sus nombres provienen del punto imaginario del espacio del cual parecen surgir (radiante meteórica), que suele coincidir con la zona en la que divisamos alguna constelación. Una interesante página web sobre meteoros es: http:// comets. amsmeteors. org.

Sin embargo, los objetos que han sido a menudo la causa de visiones extrañas son los bólidos o "bolas de fuego", un tipo espectacular de estrella fugaz de gran luminosidad. Su duración y efecto suelen ser mucho mayores que los de las estrellas fugaces. Algunos pueden llegar a durar más de un minuto y ser vistos incluso a

plena luz del día.

La observación de bólidos ha dado origen a algunas de las discusiones más ridículas planteadas en los medios ufológicos españoles. Ciertos periodistas se han empecinado en demostrar lo indemostrable: que estos triviales acontecimientos atmosféricos fueron en realidad fenómenos misteriosos que sobrevolaban nuestros cielos de manera inteligente. Algunos ejemplos son los siguientes:

•29 de diciembre de 1976. Una gran bola de fuego que atravesó la Península Ibérica de norte a sur dio pie a la gestación de una rocambolesca historia en la que un "platillo volante" pasó a escasa altura de la base militar del destacamento de Talavera de la Reina.

•2 de febrero de 1988. Un objeto fue observado desde gran parte de la mitad norte de la España peninsular y sur de Francia, así como por las tripulaciones de diversos aviones en vuelo. Iluminó el terreno como si fuera de día, con una luz de color blanco o azul muy claro (su magnitud se calculó en -18, siendo la del Sol de -26, lo cual da muestra de su luminosidad). La parte más risible de este episodio se produjo cuando el periodista Bruno Cardeñosa publicó en la revista Más Allá (septiembre de 1991) que había descubierto restos de siete

platillos volantes estrellados relacionados con este suceso y la "clave 33", que daba cuenta de la segunda venida de Jesucristo -¡nada más y nada menos!-. Echa un vistazo a: http:// magonia.blogspot.com/2004_01_07_-magonia_ar chive.html.

•El 1 de mayo de 1994, otro bólido pudo ser observado en gran parte de la costa mediterránea española en dirección oeste-este. La prensa levantina reflejó la espectacular visión, identificándola adecuadamente como un "gran meteorito" o "bólido". El mercantil valenciano y Levante informaron, en sus ediciones de los días 2 y 3 siguientes, que se había tratado de una esfera de gran tamaño y muy brillante que dejaba tras de sí una estela de colores amarillos, blanquiazules y verdosos. Su duración fue aproximadamente de diez segundos y, al no haber Luna, su luminosidad fue espectacular, lo que despertó la admiración de numerosos testigos, que se pusieron en contacto con los medios de comunicación. A pesar de tan evidente identificación, en ciertos medios se especuló con la presencia de ovnis aquella noche en los cielos españoles. No se dudó en situar fuera de contexto (un procedimiento habitual) algunos testimonios anómalos y subjetivos, como el de un vecino de La Roda (Albacete), según el cual, justo cuando se escuchó un ruido atronador en el cielo, vio un "platillo volante" que giraba sobre su eje y tenía "ventanillas".

•4 de enero de 2004. Una gran bola de fuego fue avistada en el occidente peninsular y Baleares, acompañada por la caída de un meteorito en Villalbeto de la Peña (Palencia). Hubo cientos de testigos y la prensa nacional se hizo amplio eco de la observación. Un equipo de astrofísicos especializado llevó a cabo durante año y medio una investigación en la que se determinó la órbita y propiedades fisicoquímicas del resto hallado. El meteoro entró en la atmósfera por Lisboa y recorrió una trayectoria de sudoeste a nordeste.

El programa de radio Tercer Milenio, presentado por Iker Jiménez, especuló sobre el asunto y sacó a relucir conspiraciones, pues dudaba que fuese investigado, de que algún día se supiera de qué trataba, de si se mantendría en secreto, etc. Según era de prever, semejantes majaderías fueron refutadas cuando los científicos publicaron su informe: http://vvww.spmn.uji.es/ESP/noveda 56.html y http:// www.spmn.uji.es/ ESP/ maps2005.html.

"Ovnis" de fabricación humana

Como es fácil de imaginar, diversos objetos relacionados con la exploración espacial y las telecomunicaciones, civiles y militares, han sido también tomados por luces extrañas, ya que los cohetes impulsores que los ponen en órbita se precipitan a tierra una vez cumplida su misión, dando lugar a una especie de fuegos artificiales por rozamiento atmosférico. Quienes perdieron el norte del sentido común, no dudaron a veces en achacarlos a manifestaciones de

tecnologías extraterrestres. La gran altura a la que se produce la fricción de los restos metálicos permite que sean observados simultáneamente desde un radio de centenares o miles de kilómetros. Unos pocos ejemplos ilustrarán mis palabras:

•El 5 de noviembre de 1990, alrededor de las 19:00 horas, se observó en gran parte de Europa un objeto luminoso que cruzó el cielo velozmente y a gran altura. En España fue contemplado especialmente en la zona norte. La NASA, a través del Spacewarn Bulletin, aportó la solución: el día en cuestión cayó el cohete impulsor Protón lanzado el día anterior y que había puesto en órbita la plataforma soviética Gorizont 21, un pesado objeto de 10 metros de longitud que, ya inservible, se precipitó a tierra produciendo un espectacular fenómeno luminoso.

•Otra importante observación de estas características tuvo lugar en la costa oriental de la Península Ibérica, con gran cantidad de testigos en Cataluña, en la madrugada (02:15 horas) del 31 de marzo de 1993. Hubo también testigos en el sur de Gran Bretaña y en Francia. La gran mayoría describió una formación de luces que se desplazaban en línea recta y paralelamente. Un avión en vuelo de Madrid a Barcelona divisó una serie de objetos luminosos "a unos 70 kilómetros al sur de su destino", lo que demuestra que el nivel de fiabilidad de los pilotos es muy similar al del resto de los mortales. Lo observado aquella madrugada por una gran cantidad de testigos no fue otra cosa que la reentrada en la atmósfera de un cohete Cyclone, impulsor del satélite Cosmos 2238, puesto en órbita el día anterior desde la Comunidad de Estados Independientes (antigua Unión Soviética). Los datos del recorrido de su órbita eran plenamente coincidentes con las observaciones realizadas desde tierra por múltiples testigos.

•La última de estas caídas fue divisada desde el Mediterráneo occidental en la noche del 27 de noviembre de 1999. En torno a las 22:30 horas, el cohete chino Larga Marcha sobrevoló las capas altas de la atmósfera, siendo divisado desde la costa levantina, Baleares, Aragón, Andalucía y las islas italianas. El cohete había cumplido su función, que no era otra que poner en órbita un prototipo chino de lanzadera espacial denominada Shenzhou. Desde Teruel fue visto como "seis luces de un blanco azulado desplazándose en formación de diamante", pero en las Islas Baleares fue donde pudo ser contemplado de manera más nítida. Decenas de testigos informaron del paso de brillantes luces rojizas y blancas de oeste a este que dejaban cortas estelas, producto de la fragmentación de una luz mayor.

Otro tipo de ingenios capaces de provocar espectaculares fenómenos luminosos son los misiles. Se han divisado desde numerosos lugares, como Rusia (el fenómeno en forma de medusa de Petrozavodsk, causado por el lanzamiento del cohete impulsor del

satélite Cosmos-955 desde el cosmodromo ruso de Plesetsk el 20 de septiembre de 1977), Estados Unidos (lanzamientos desde la base californiana de Vandenberg), Argentina, Chile (puesta en órbita de los satélites rusos Molniya, también desde Plesetsk, en los años 70 y 80), China, Italia, etc.

Se trata siempre de grandes estelas iridiscentes y bolas de gases en expansión, producto de la quema del combustible que impulsa el misil. Debido a la gran altura que alcanzan (decenas de kilómetros), y a la baja temperatura reinante, los gases se expanden enormemente y son observados desde miles de kilómetros de distancia gracias a que la luz solar se refleja en ellos. El crepúsculo es el mejor momento para divisar estos fenómenos.

Es habitual que, cuando se produce una de estas pruebas balísticas, la prensa informe mediante grandes titulares de que se trataba de "ovnis" que atravesaron una gran porción de la semiesfera celeste. Al mismo tiempo, se recogen numerosos testimonios muy subjetivos que describen las más asombrosas piruetas y efectos imaginables. En las tres últimas décadas se observaron en varias ocasiones desde España fenómenos de este tipo, en particular los que tuvieron su punto de lanzamiento en el centro de ensayos de la base de las Landas, en Biscarrosse, al suroeste de Francia.

•El 23 de febrero de 1971, todo el nordeste de España pudo contemplar sobre las 19:00 horas una especie de esfera o círculo luminoso del que se desprendió una ráfaga de luz blanco-azulada muy brillante; también fue divisado por un avión en ruta Niza-Madrid. Se trató de un cohete Tibere, lanzado desde la citada base francesa. Asimismo, el 12 de junio de 1974, se pudieron observar desde Barcelona, alrededor de las 22:00 horas, las extrañas estelas emitidas por un misil estratégico mar-tierra lanzado por la Armada francesa.

•Otro destacado episodio fue el ocurrido el 21 de marzo de 1989, observado en todo el noreste español y el Mediterráneo occidental. Fue descrito como un cuerpo puntual que se desplazaba velozmente en vertical y en silencio, al tiempo que desprendía una impresionante luz plateada. Ascendía, según un testigo, "de algún lugar cercano a los Pirineos" y emitía chorros de gas. Tras dar la impresión de permanecer estático durante algunos instantes (como en otros sucesos similares), salió disparado a "velocidad increíble", según algunos testimonios, perdiéndose en el espacio en pocos segundos. El objeto dejó una nube fosforescente que se mantuvo en la atmósfera cerca de media hora, hasta que se desvaneció. La solución la proporcionó el Ministerio de Defensa francés, a través del cual se pudo saber que un misil balístico S-3 tierra-tierra fue disparado desde el citado centro de ensayos de las Landas.

Mención especial merecen los cinco episodios de lanzamiento de

misiles observados desde el archipiélago canario en la década de 1970. Todavía hay amantes del misterio que se preguntan por la auténtica naturaleza de esas observaciones. El enorme volumen de literatura generado por esos sucesos, motivado por el desesperado intento de arropar un misterio irreal, es uno de los mejores ejemplos del razonamiento rudimentario, crédulo y partidista del que hace gala la urología más irracional. Mira estas direcciones de Internet: http://www.anomalia.org/misiles.htm y http://www.ano-malia.org/g006.htm. Los dos casos siguientes son los más populares:

•22 de junio de 1976. A partir de las 22:15 horas se observó un punto de luz que se elevaba en el horizonte, al tiempo que se expandía hasta formar una enorme semiesfera brillante. Un turista extranjero logró fotografiar dicho fenómeno al sur de Gran Canaria. También en esta isla, pero en Gáldar, al norte, un médico interpretó que lo que estaba observando era una nave circular extra-terrestre de 30 metros de diámetro con dos seres de color rojo de dos metros de altura en su interior.

•5 de marzo de 1979. Fue el más espectacular de todos. Poco después de las 20:00 horas fueron divisados en el horizonte unos multicolores círculos concéntricos de los que salió disparado hacia el cielo un chorro de luz que se expandió hasta formar una campana luminosa gigantesca. Se hicieron decenas de fotografías que demostraron la auténtica naturaleza del suceso. Me da la impresión de que esas imágenes -nítidas, auténticas e irrefutables, al contrario que las fotos de supuestos ovnis- no sentaron nada bien a los ufólogos propensos a detectar enigmas nada más abrir los ojos cada mañana. Se trata de instantáneas públicas, al alcance de cualquier crítico que quiera realizar un análisis o una comparación con otras idénticas de otros lugares y épocas. El auténtico secretismo de los ovnis -el que practican los vendedores de mercancía para-normal- fue imposible en estos casos desde el principio.

¿Qué importante conclusión podemos extraer de estos relatos de luces maravillosas debidos a fenómenos naturales y artificiales?: cuanto mayor sea el número de testigos, más fácil será explicar un caso concreto. Ciertos publicistas y periodistas han usado con frecuencia estos sucesos para destacar erróneamente algunos "testimonios anómalos". Se olvidan, premeditada e interesadamente, de los centenares de testimonios que esa misma noche describieron un fenómeno que encaja a la perfección con cualquiera de las causas anteriormente señaladas. Los casos más extraños suelen estar protagonizados por un testigo, o dos. Esto es sospechoso en sí mismo, y en ello se apoya la leyenda de los ovnis.

¿No existen sucesos de apariencia extraña que supongan un desafío para el interesado?, podrías pensar a la vista de todo lo comentado

hasta ahora. Sí, por supuesto. En todo el mundo hay casos singulares bien documentados que se resisten a una explicación. Pero eso no supone que los extraterrestres fueran los responsables del fenómeno, o que se debiera a un acontecimiento desconocido para la ciencia. Son sólo sucesos no explicados. La imaginación desbocada no suele ser buena consejera. He aquí dos ejemplos:

•Mazarrón, Murcia, 14 de julio de 1978. A las 04:00 horas, una compañía de soldados en maniobras observó una luz roja que se apagaba y encendía junto a dos luces blancas ligeramente verdosas, que se encendían de vez en cuando, y otras cuatro pequeñas blancas que se encendían esporádicamente. El fenómeno era completamente silencioso y tenía lugar a una altura de entre 4 y 30 metros. Al parecer, iluminó las paredes de un embalse. Esta primera observación duró unos 13 minutos. Al regresar al campamento, sobre las 06:00 horas, volvieron a ver las luces que se alejaban a medida que los soldados avanzaban. Al día siguiente inspeccionaron la zona. No se halló nada extraño, aunque descubrieron la antena de una estación meteorológica, que, en opinión de los testigos, no pudo llevarles a confusión. Ballester y Borraz, autores de un artículo sobre el caso, apuntan las dudas razonables que despierta: pudo tratarse de las luces de alguna casa o finca situada a unos pocos kilómetros, o de un barco en las cercanías de la costa. Lamentablemente, no sabemos en qué dirección se observó el fenómeno. Aquí tienes un informe completo: http: //www. anomalía, org/mazarron. pdf.

•El otro ejemplo es la misteriosa aeronave observada desde la playa de Abades, en el municipio tinerfeño de Arico, el 9 de julio de 1992. Tres grupos de testigos independientes aseguraron haber visto caer al mar un objeto muy parecido a un avión, pero nadie denunció el suceso ni quedó registrado en los radares de los aeropuertos canarios. En el mar no se hallaron restos de la caída de aeronave alguna. ¿Fue quizá una avioneta accidentada de contrabando que volaba a baja altura para evitar el radar y que las corrientes hicieron desaparecer?

Vamos a dar ahora una vuelta de tuerca a los episodios de ovnis más extraños. ¿Se ha producido algún caso en el que hayan estado presentes al mismo tiempo algunas de las causas explicativas que te he comentado? Pues sí, por ejemplo en uno de los sucesos más populares de Ovnilandia, no sólo en nuestro país sino en todo el mundo: los acontecimientos ocurridos la noche del 11 de noviembre de 1979 en torno al aeropuerto valenciano de Manises.

•Un avión de la desaparecida compañía TAE había despegado de Palma de Mallorca con destino Las Palmas de Gran Canaria a las 22:47 horas de aquella noche. Poco después se observaron unas extrañas luces rojas que no se reflejaban en el radar. Los pilotos se sintieron atemorizados cuando el Centro de Control de Tránsito Aéreo de

Barcelona negó la presencia de tráfico alguno en la zona. A tal punto llegó su nerviosismo que decidieron abortar el vuelo y aterrizar en el aeropuerto de Valencia. Allí, el personal de guardia observó algunas luces en los cielos, y el revuelo motivó el despegue de un Mirage F-l de la base aérea de Los Llanos (Albacete), que inspeccionó la zona del Mediterráneo occidental y cuyo piloto observó también algunas luces que no pudo alcanzar. El misterio subió de temperatura al sufrir el avión diversas averías en sus controles. Todo un enigma de lo más apasionante, ¿no?

Según pudo averiguar el especialista en el tema Juan Antonio Fernández Peris, tras casi dos décadas de estudio pormenorizado del episodio {El expediente Manises, Fundación Anomalía, 2000), lo que observaron los pilotos comerciales no fue otra cosa que las llamaradas de la refinería de Escombreras en Cartagena, especialmente nítidas aquella noche gracias a una atmósfera límpida y a la refracción atmosférica que, como sabes, distorsiona la imagen de las fuentes luminosas lejanas. El estado psicológico del piloto tampoco ayudó, ya que se mostró muy nervioso ante la observación, cosa sorprendente en un profesional del aire. Tampoco ayudó a la tripulación la ausencia de blanco alguno en los radares del Centro de Control de Barcelona, lo que fue interpretado como un detalle muy extraño cuando en realidad era lo lógico, ya que ningún objeto revoloteó en las inmediaciones del avión de pasajeros.

Esta es sólo la primera fase del incidente. En realidad, el episodio de Manises es un gran collage irresponsablemente montado por Juan José Benítez, quien tomó al pie de la letra las declaraciones de los pilotos y del resto de personas que observaron diversos fenómenos celestes como algo que formaba un todo, cuando nada nos permite pensar que hubiera conexión alguna entre ellos. He aquí la creatividad de los falsos investigadores. ¿Qué vieron desde el aeropuerto de Valencia?: diversas estrellas. ¿Y el avión militar?: fue sometido a medidas contraelectrónicas procedentes del porta-helicópteros Iwo Jima de la Sexta Flota norteamericana, que se encontraba en el Mediterráneo con motivo de la crisis de los rehenes norteamericanos en Irán. ¿Apasionante, no? Con todas estas piezas el citado periodista construyó una novela de misterio, que, gracias al minucioso estudio de Fernández Peris, cuenta con una versión racional, crítica y competente.

Fraudes, engaños y falsedades

No debes olvidar, Arturo, que los fraudes, engaños y falsedades son abundantes en la historia de la ufología. Los más habituales son las puras invenciones, observaciones que no tuvieron lugar jamás pero que un sujeto, por afán de notoriedad o económico -y más aún cuando este tema estaba de moda-, cuenta a un periodista deseoso de probar

que "los extraterrestres existen" (el suizo Billy Meier es el principal ejemplo de este tipo, experto en fotografiar tapacubos e intentar hacerlos pasar por naves de las Pléyades). O simples bromas juveniles o de adultos que escapan al control del bromista, exageraciones periodísticas y, por supuesto, fotografías manipuladas, negativos retocados o con pequeñas manchas de fabricación, objetos triviales en ángulos poco habituales a los que se intenta hacer pasar por algo extraño…

Las posibilidades son muchas y, desde que los avances tecnológicos permitieron el uso generalizado de pequeñas cámaras de vídeo, también han abundado las filmaciones en las que se observan luces extrañas que en realidad no son más que curiosos reflejos en el mecanismo interior de la máquina, o desenfoques intencionados para simular luces extrañas de origen misterioso. Recuerda la filmación del espectro de Brocken que te comenté más arriba. Entre los fraudes fotográficos destaca en España el caso de San José de Valderas (Madrid), en el que con una maqueta colgada de un hilo se pretendió convencer a los aficionados de que se trataba de una nave del inexistente planeta Ummo, cuyos habitantes habrían llegado a la Tierra en la década de 1950 para dedicarse a mantener correspondencia y conversaciones telefónicas con ufólogos como Antonio Ribera. La información contenida en esas cartas no eran más que alucinaciones pseudocientíficas adornadas con palabrejas *ummitas* como "ibozoo uu" o "uyooaladaa". Tras este montaje se hallaba José Luis Jordán Peña, quien confesó el amaño en 1994 en la revista *La alternativa racional* ("UMMO: otro mito que hace CPvASH", www. arp-sapc.org/publicaciones/lar29.html).

En otro capítulo te hablaré un poco de la investigación de los ovnis. En este momento sólo quiero decirte que una de las labores clave de los investigadores sensatos es la revisión de los casos antiguos. Se trata de desempolvar la información existente y tratar de hallar una explicación que a los predecesores se les pasó por alto. Así se consigue desenmascarar numerosos fraudes, ya que no tiene sentido mantener una broma durante muchos años. Un ejemplo muy significativo de la incidencia de fraude es el porcentaje resultante de las investigaciones llevadas a cabo por Ballester Olmos y Fernández Peris de los encuentros *cercanos* (fenómenos aparentemente situados en un radio aproximado de unos 150 metros y a escasa altura sobre el terreno). En una muestra de 355 casos de este tipo (sólo hasta el año 1985, fecha en que los autores cierran su catálogo), 95 casos (el 26,7%) fueron debidos a simples invenciones, mientras que 11 (el 3,1%) fueron creaciones de los medios de comunicación *{Enciclopedia de los encuentros cercanos con ovnis,* Plaza y Janes, Barcelona, 1987). Ante datos como éstos, sólo la prudencia y el sentido crítico pueden

evitar que demos por buenas fábulas con pretensiones de hechos ciertos.

Otra posibilidad es que se intente mantener un clima de misterio ante las frecuentes *visitas* de ovnis a lugares donde invariablemente no estaban más que el fotógrafo o quien filmaba. En la prensa especializada existen numerosos ejemplos en los que aparecen luces blancas sobre fondo negro con el intento de probar la realidad de las visitas de los extraterrestres o de seres de "otras dimensiones". ¿Se han preguntado en alguna ocasión cómo es posible -la aguda sugerencia es de nuestro amigo Robert Sheaffer- que fenómenos supuestamente muy llamativos no fueran fotografiados por cámaras independientes o por qué no hubo un aluvión *¿e* testimonios? ¿Por qué existen fotografías y filmaciones de vídeo totalmente nítidas y verificadas de accidentes aéreos justo en el momento mismo de producirse, aun a pesar de que, afortunadamente, son poco frecuentes, y no existen pruebas de la misma calidad de los ovnis? Entre los grandes fraudes destaca uno de los grandes clásicos de la historia de los platillos volantes: Roswell.

•Érase una vez… Roswell, Nuevo México (EE UU), 2 de julio de 1947. Un platillo volante se estrella en el desierto de esta población, y un alienígena al menos habría pasado a mejor vida como consecuencia del impacto. En el verano de 1995, los medios internacionales, tanto especializados como de ámbito general, ofrecieron una chapucera autopsia, recuperada 50 años después de tener lugar por un productor de televisión inglés, Ray Santilli. Inspeccionadas las imágenes por técnicos en efectos especiales, concluyeron que se trataba de un vulgar muñeco y unos efectos especiales de calidad estándar.

Este absurdo estallido mediático en torno al caso Roswell no fue sino el último capítulo de una serie iniciada en 1978. Hasta entonces, Roswell no significaba nada para la urología porque el caso había caído en el olvido desde que la Fuerza Aérea norteamericana declaró a los pocos días de tener lugar el suceso que lo que se había precipitado en el desierto de Roswell no era otra cosa que los restos de un globo meteorológico. Fue a partir de los años 80 cuando el rumor comenzó a sonar en el mundillo ufológico gracias al libro de Charles Berlitz y Willian Moore *The Incident* (publicado en castellano por Plaza y Janes en 1981 con el título *El incidente).*

El descubridor de los restos, un ranchero apellidado McBra-zel, influenciado sin duda por los rumores que circulaban aquellos días, cuando aún estaba fresca la observación de Kenneth Arnoldo del 24 de junio de ese mismo año, de la que más adelante te hablaré dada su importancia, declaró haber encontrado los restos de un "platillo volante". Lo cierto es que lo que muy probablemente cayó aquel día en dicho desierto fue un globo experimental norteamericano dotado de tecnología capaz de averiguar cuan avanzados se encontraban los

proyectos soviéticos de construcción de armas nucleares, perteneciente al Proyecto Mogul, de alto secreto. Y aunque ésa fue la explicación proporcionada por la Fuerza Aérea estadounidense en 1994, y la conclusión a la que llegaron investigadores independientes como Kal Korífy Philip Klass, los auténticos creyentes y quienes dan pábulo a esa inverosímil historia del platillo volante seguirán dando vueltas en torno al caso Roswell.

Roswell es un mito y, por tanto, irrefutable para los creyentes. Ningún argumento podrá convencerlos. Siempre darán más crédito al supuesto testimonio de un moribundo que le cuenta a su mujer que vio unos bichos alienígenas que a unos informes desclasificados por la Fuerza Aérea. ¿Por qué? Porque la Fuerza Aérea forma parte del mito, y representa el papel más importante: el de la ocultación, el secreto y las amenazas frente a la gran verdad del platillo estrellado. Esto es, por supuesto, completamente estúpido: no hay gobierno, no lo ha habido y probablemente nunca lo habrá, capaz de mantener un secreto de esta envergadura más allá de una semana, por poner un plazo largo, o quizá días. Es imposible guardar tanto tiempo un secreto como el de Roswell, igual que fue imposible mantener el del proyecto Manhatan: la fabricación de la bomba atómica. Las posibilidades de filtración son innumerables. Reflexiona un poco y te darás cuenta. De todo ello habla Félix Ares en "Cover-up, génesis de un cuento de hadas".

La leyenda de Roswell no es única en su género: cuenta, entre otros, con un curioso antecedente sucedido en 1897 en Aurora (Texas), donde se habría estrellado una nave aérea metálica contra un molino pereciendo su ocupante, al que enterraron en el cementerio del pueblo. Se trató, claro está, de un simple engaño. Casi un siglo después, en 1996, se produjo en Varginha (Brasil) la caída de una supuesta nave con forma de submarino que dejaba una estela de humo. Antes, unas niñas habían visto una criatura humanoide de color marrón y grandes ojos rojizos. Otros testigos hablaron de dos seres capturados por los militares y llevados a un hospital donde murieron. La historia no tiene pies ni cabeza, pues existen tantas versiones como supuestos testigos.

Ahora me gustaría poner a prueba tu imaginación. ¿Qué podría fabricar un bromista con un globo, unas cuantas bombillas, una quena instalación eléctrica y un cable? ¿Puedes situarte en la cima de una cordillera, de noche, al pie de la cual se está celebrando una verbena con más de 2.000 personas? Pues sí, justo lo que estás imaginando… Ahora te puedo contar una entretenida historia real al respecto. Ponte cómodo.

La multitudinaria observación ocurrida en la isla de El Hierro en la madrugada del 12 al 13 de agosto de 1995 pudo haberse convertido

en una de las más importantes de los últimos tiempos en España. ¿Qué acontecimiento de este tipo ha tenido como testigos a más de 2.000 personas en época reciente? Ninguno, excepto las ya conocidas reentradas de chatarra espacial, fenómenos astronómicos llamativos, etcétera. A pesar de ello, la prensa prestó mínima atención a la sorprendente visión, si exceptuamos alguna página periodística especializada de escasa fiabilidad. Este hecho es más significativo de lo que parece, ya que en otras décadas -por ejemplo, a finales de los años 70-, la cobertura de los medios habría sido mucho mayor, en particular cuando el mito de los ovnis estaba verdaderamente vivo, y no recluido, como lo está ahora en gran medida, en círculos de marcianófilos aficionados.

Aquella noche de verano, el municipio herreño de Frontera, situado en el hermoso Valle del Golfo, celebraba con una verbena sus fiestas patronales en la calle principal de uno de sus barrios, Tigaday. Aquella noche allí se congregaron gran parte de la población de la isla y numerosos visitantes del resto del archipiélago. Todo transcurría normalmente cuando, a partir de las 23:30 horas, numerosas personas comenzaron a divisar un extraño fenómeno luminoso en dirección a la cumbre de Malpaso, aproximadamente hacia el suroeste u oeste-suroeste, y a gran altura. Consistía en una luz roja central y cuatro o cinco a su alrededor, blancas e intermitentes, que formaban un juego de luces en el que en ocasiones se encendía una sola, y en otras dos o tres, trazando formas geométricas como cuadrados y triángulos. Se desplazaba de izquierda a derecha y de arriba abajo con un ligero balanceo (lo cual delataba quizá su verdadero origen), aunque testigos dudosos afirmaron que los movimientos eran "bruscos e imposibles para cualquier objeto conocido" (como suele ocurrir siempre), detalle que no queda de manifiesto en la filmación de vídeo obtenida por una televisión local de Tenerife. Según numerosos testimonios, daba la impresión de ser gigantesco. Siguiendo la corriente, la orquesta que amenizaba la verbena interpretó los acordes de la banda sonora de la película *Encuentros en la tercera fase,* mientras el público se extasiaba contemplando las evoluciones del extraño "aparato". Hacia las 02:30 horas del domingo 13 se elevó rápidamente hasta desaparecer, siendo visible durante unas dos horas y media.

Domingo Amador, cámara de Radio Televisión 21, de Tacoronte (Tenerife), desplazado al Hierro para realizar diversas tomas con motivo de las fiestas, obtuvo una filmación de cierta calidad del fenómeno, aunque se preocupó por filmar planos de referencia de la zona y del público que permitieran hacerse una idea aproximada de las dimensiones del fenómeno y de la distancia a que se hallaba. Según se desprende de las imágenes, da la impresión de que al menos algunas de las luces están compuestas a su vez por dos o tres focos.

En julio de 1996 entrevisté a diversos testigos en el mismo lugar de la observación -a esto lo llaman *investigación de campo,* quizá en mi honor, ya que la he practicado frecuentemente-, quienes en términos generales ofrecieron una versión coincidente de los hechos. Como es lógico, la exactitud y coincidencia se redujeron en detalles significativos, como las distancias desde el punto de observación, las alturas y los tamaños angulares. En la errónea percepción de estos parámetros iba a estar la clave de la naturaleza de lo observado y de su exageración.

En principio, uno de los testigos más relevantes era el policía municipal José Fernández. Según algunas informaciones, estando de servicio se había desplazado junto con su compañero hasta el lugar donde parecía encontrarse el fenómeno y tratado de averiguar qué eran aquellas luces. No pudo divisarlas, a pesar de realizar la maniobra de acercamiento en un par de ocasiones. Las volvían a ver cuando bajaban hacia la zona de la fiesta. Tanto él como su mujer me relataron su observación en términos similares, haciendo hincapié en el enorme tamaño del objeto, Sin embargo, mientras conversábamos se hallaba presente un hijo de la pareja, que en un momento dado afirmó, con la típica indignación de quien oye una exageración a alguien muy cercano, que no era ni mucho menos tan grande como sus padres decían. No hubo réplica por parte de éstos, que en otras ocasiones han observado luces que no han podido identificar en la zona costera de Frontera. A Ricardo Fajardo, otro testigo, le llamo la atención que

desde el pueblo, las luces de los coches a esa altura [la cumbre citada] se aprecian como una sola luz; por ello me extrañó que apareciesen varias en ese objeto; pensé que sería un objeto grande.

Este detalle no sugirió al testigo que podía encontrarse ante un objeto mucho más pequeño y cercano de lo que aparentaba. Según Fajardo, el objeto luminoso se movió hacia un lado y luego desapareció hacia arriba a gran velocidad.

César Morales se encontraba en una bodega de la zona cuando comenzó a observar las luces, que le parecieron gigantescas. Rápidamente arrancó su moto y se acercó todo lo que pudo a las enigmáticas luminarias. A petición mía, realizó un dibujo en el que aparecen unas figuras geométricas que no se observan en la filmación. Quizá se trate de un efecto visual típico por el que se perciben formas coherentes en puntos distribuidos al azar (contraste figura-fondo). Cuando llegó hasta una zona donde pensaba que podía divisarlo mejor, se lo encontró justo en su vertical, según sus propias palabras. Muy intranquilo, descendió de nuevo y pudo contemplarlo de igual forma que al principio, es decir, dando la sensación de que las luces se encontraban muy separadas una de otra. Lo vio desaparecer "a

velocidad increíble". Gracias a su mediación pude entrar en contacto con el testigo más importante de los más de 2.000 que se encontraban en la zona, del que me ocuparé posteriormente.

Se dio la coincidencia de que Radio Televisión 21 (una televisión local de Tenerife desplazada a la Isla del Meridiano) había convocado una "alerta ovni" por medio de un programa radiofónico de temáticas anómalas y *alternativas* el día anterior a la observación. Esta circunstancia es recogida en un artículo que publicó la revista *Año Cero* en su número de octubre de 1995 de forma errónea, pues se da a entender, quizá involuntariamente, que la "alerta ovni" había sido convocada en la isla herrefia, cuando lo cierto es que se centraba sólo en Tenerife. No obstante, el director del programa radiofónico convocante había dejado en claro que no había relación alguna entre ambos acontecimientos. ¿Se trataba de una argucia periodística de la citada publicación? No sería de extrañar. Por otro lado, al día siguiente se produjo un incendio en las zonas altas del Valle del Golfo. La cercanía temporal de ambos acontecimientos llevó a algunos a establecer una conexión causal.

Según otros testimonios, poco después de desaparecer el objeto luminoso, un avión militar procedente de la base aérea de Gando (Gran Canaria) había sobrevolado el lugar donde aquél había permanecido durante casi tres horas. Las fuentes oficiales consultadas en el Mando Aéreo de Canarias negaron conocer los hechos o que se realizara ejercicio alguno, y tampoco el Escuadrón de Vigilancia Aérea n° 21 (EVA-21) detectó traza anómala alguna.

Una empresa gallega de producciones videográficas encargada de realizar el análisis de las imágenes no pudo identificar claramente lo recogido en la grabación, aunque todo hacía sospechar que se trataba de un objeto del que pendía un juego de luces. Se pudo determinar que éstas eran de tipo incandescente. De igual manera, un análisis anterior de la filmación realizado por mediación del escritor galés de temas científicos Edward Ashpole permitió una confirmación inicial de lo que habíamos averiguado: la imagen no proporcionaba prueba alguna de la existencia de una estructura sólida entre las luces. Por tanto, éstas debían colgar sin estar adosadas a un cuerpo tridimensional, como la imaginación podía sugerir en primera instancia. De manera indirecta, esta constatación abonaba el rumor que circulaba insistentemente en el lugar de los hechos.

Como ya he dicho, al año siguiente me presenté allí *(investigación de pueblo,* se podría llamar a esto). Nada más llegar a Frontera recogí de diversas fuentes el rumor de que lo observado aquella noche había sido una gran broma. Para Tadeo Morales, administrativo del Ayuntamiento de Frontera, el objeto observado eran unos globos soltados por unos alemanes que viven en las Toscas, barrio de

Frontera donde se localiza el hotel La Brujita y donde residen habitualmente algunos turistas de la misma nacionalidad. Otros testimonios apuntaban en la misma dirección, como por ejemplo el presidente del Cabildo de El Hierro, Tomás Padrón Hernández.

Según he dicho antes, por medio de César Morales localicé a un chico que subió en coche con su hermana y unos amigos por la carretera que lleva a la parte alta de Frontera, hasta que descubrieron el contorno de un globo del que colgaba un juego de luces intermitentes. Mientras, desde la parte baja del pueblo la gente contemplaba las luces atónita. El muchacho era Carmelo Padrón, quien no tenía duda alguna sobre lo que contempló. Cuando el individuo o los individuos que manipulaban el globo se dieron cuenta de que había mirones cerca, cortaron el cable que lo sujetaba a tierra, momento que coincidió con el ascenso del "extraño aparato" observado desde abajo. "La gente cree más en ovnis que en globos", aseguró Carmelo con gran sentido común. Al volver, dio la casualidad de que otro grupo de gente que salía de una fiesta particular vio el fenómeno perfectamente, contrastando con la luna casi llena de aquella noche. En el detallado croquis realizado por este testigo queda constancia de las diferentes etapas de la búsqueda que los llevó a descubrir el fraude. En un segundo esquema representó las dimensiones aproximadas del objeto. La ausencia de referencias hizo creer a los verbeneros de Tigaday -en la parte llana del pueblo- que el objeto era gigantesco. Según pudo determinar el testigo, el lugar donde se encontraba el globo eran las inmediaciones del hotel La Brujita, lo cual refuerza las opiniones citadas más arriba.

Si se hubiese tratado de un objeto de tan enormes dimensiones debería de haber sido observado desde todo el Valle del Golfo, ya que la visión es perfecta desde cualquier punto. Posiblemente, quien maniobraba el artefacto notó la presencia del policía municipal antes citado y lo ocultó hasta que descendió de nuevo a Tigaday. Carmelo Padrón suministró otro detalle esclarecedor. Antes de divisar

el fenómeno se encontraba en Las Puntas, en la costa norte, a unos tres o cuatro kilómetros de Tigaday, en el domicilio de un amigo. Nada llamó su atención hasta que llegó a su casa, donde encontró a su familia mirando hacia las luces. Inmediatamente llamó a su amigo diciéndole: "¡Corre, mira para Malpaso, fíjate en el objeto que hay encima!"

Su amigo le respondió: "No, nosotros desde aquí no vemos nada". "¿Cómo que no? ¡Si se ve inmenso!", fue la respuesta de Carmelo Padrón. De nuevo su amigo negó ver nada extraño. Nuestro testigo iba a desengañarse poco después. La razón no era otra que el tamaño, mucho menor, del artilugio y su posición mucho más baja de lo que parecía: ni siquiera a unos pocos kilómetros era posible observarlo. Un

espectáculo de las dimensiones apuntadas por algunos testigos habría sido visible desde gran parte de la isla, como señalaron los analistas gallegos en su informe pericial.

Entre las declaraciones más llamativas se encuentra la de José Luis Cáceres, con quien no me fue posible conversar. *Año Cero* indicó que vio el objeto "cuando parecía estar en tierra" y que "parecía un camión volcado, elevándose sin ruido". No parece corresponder a un fenómeno de proporciones gigantescas situado a casi 1.500 metros de altura, si hemos de hacer caso a algunas descripciones, indudablemente exageradas a causa de la falta de referencias. Asimismo, son importantes algunos de los comentarios captados en el sonido de la filmación, en particular el que afirma: "Se ve que no está muy alto"…

La causa de la confusión, aparte de la propia extrañeza de la observación -una broma bien lograda que cumplió su objetivo de engañar al público en una noche en la que una multitud sería potencial testigo- fue, como ya ha quedado dicho, la ausencia de referencias. Según la apreciación de Carmelo Padrón, el globo con las luces debía de encontrarse a unos 30 o 40 metros de altura (desde donde estaban sujetándolo). La sensación visual producida era que se hallaba a gran altura: sobre la cumbre de Malpaso, la referencia más clara y casi intuitiva que tienen los habitantes de Frontera. Al día siguiente tuvo oportunidad, junto con un amigo que se encontraba en su casa, de ver de nuevo tan extraño artefacto:

Nos asomamos hacia Las Puntas, sobre las once de la noche y vimos una luz roja intermitente amarrada a un globo, que en esta ocasión se veía perfecto gracias a la Luna. Se ve que era el mismo payaso, que llevaba el globo sujeto a un coche, porque se paraba y volvía a avanzar.

Un detalle curioso es el gran parecido del juego de luces herre-ño, en algunos momentos de su alocada puesta en escena, con el ovni estándar de la famosa oleada belga de 1989-90 (una acumulación de observaciones de ovnis en un período de tiempo limitado, bajo la influencia de los medios de comunicación), algunos de cuyos episodios pudieron ser causados por vuelos no reconocidos de aeronaves militares furtivas, que poseen una configuración luminosa similar. ¿Se inspirarían en ello los bromistas, quienes al parecer eran turistas centroeuropeos?

Es muy posible que esta interpretación, completamente justificada en mi opinión, no convenza al verdadero creyente en los ovnis de que lo observado aquella madrugada en la isla de El Hierro fue tan sólo una broma monumental. Algunos podrán pensar que se trató de un suceso demasiado espectacular como para haber sido un simple fraude, y que no es posible engañar a 2.000 testigos. ¿Hay pruebas de

que no se trató de una nave extraterrestre? La imaginación del autor se agota en los vericuetos de la curiosa lógica de los aficionados a los misterios celestes.

Pasemos página y dejemos a los creyentes que comulguen con sus platillos. Nos esperan -y no te extrañe- los auténticos ex-traterrestres, así que vamos a su encuentro.

Extraterrestres y humanos: viejos amigos

Los extraterrestres (ET) se han convertido en un producto de consumo o en imágenes utilizadas para potenciar la venta de ciertos productos. La publicidad televisiva recurre con frecuencia a los marcianitos como actores forzados que apoyan la venta de una nueva marca de automóvil y son muchos los juguetes que hacen uso de imágenes de alienígenas o que tienen a éstos como protagonistas. Incluso una conocida marca de alimentos precocinados comercializó hace tiempo un postre con forma de platillo volante bautizado como "ovni". Prendas de vestir, colecciones filatélicas, bebidas refrescantes…: los ET son imágenes que sorprenden y atraen la atención, objetivo principal de los publicitarios y las marcas que los contratan.

Pero no sólo en esta faceta de la vida están presentes estos amigos imaginarios del ser humano. También es posible descubrirlos en la cultura popular, literaria y científica. Pero, ¿cuándo "inventamos" a los extraterrestres? En realidad se hallan en nuestra imaginación desde el principio de nuestra historia. Y, por supuesto, no me refiero a esas absurdas y disparatadas especulaciones englobadas en la "arqueoastrología". No existe ni una sola prueba científica de que un solo alienígena pisara nuestro planeta en la Antigüedad, y mucho menos de que ayudara a los pueblos antiguos a erigir algunas de las construcciones arquitectónicas que aún hoy podemos admirar. Se sabe perfectamente cómo se construyeron las pirámides de Egipto, los moais de la isla de Pascua, las lápidas ceremoniales y funerarias de los pueblos meso y sudamericanos y el simbolismo que encierran. En ningún caso es necesaria la presencia de ningún tipo de ayuda o inspiración externa para explicarlo. De alguna forma, pensamos que esos pueblos primitivos no podían tener la capacidad arquitectónica y artística que los occidentales contemporáneos nos atribuimos, lo cual no deja de ser una cierta forma de racismo.

Esas especulaciones pseudocientíficas proceden de la religión teosófica del siglo XIX, un conjunto de imaginaciones místericas y corrupciones científicas combinadas por un pernicioso personaje llamado Helena Blavatsky y por sus discípulos. En el pasado siglo fue un hostelero suizo llamado Erich von Dániken quien se dedicó a pervertir a varias generaciones de lectores con sus disparatados libros, más vendidos cuanto más se alejaran de lo que generaciones de

arqueólogos e historiadores habían establecido como consenso científico digno de crédito después de infinitas horas de trabajo riguroso.

En España, el conocido periodista Juan José Benítez continuó su senda, y en 2004 Televisión Española emitió una antología del disparate llamada *Planeta encantado,* en la que los moais de la isla de Pascua volaban por los aires y Jesucristo se sentó en el Coliseo romano 70 años antes de su construcción: todo un compendio de ridículos absurdos que hizo enrojecer de vergüenza ajena a televidentes con la cabeza bien amueblada. Puedes encontrar la necesaria crítica de estas y otras muchas barbaridades, realizada pacientemente por el periodista científico Luis Alfonso Gámez, en: www.circuloesceptico.org/Documentos/critica-pseudociencia-medios/planeta-encantado.php. Como ves, son muchas las especulaciones nacidas en torno a los extraterrestres.

Lo que atrae a quienes creen que el juicio crítico es algún tipo de maligna excrecencia de nuestro cerebro que incapacita para captar las realidades ocultas es lo facilón. En mi opinión, es un sentimiento similar al que debemos sentir cuando de niños nos quitan definitivamente el consolador chupete. Algunas personas se pasan la vida comprando chupetes intelectuales. "No quiero pensar ni cuestionar, sólo quiero soluciones sencillas y atractivas aunque me engañen miserablemente": éste es el lema no declarado de los consumidores de enigmas editoriales.

Los extraterrestres no han estado siempre asociados a personajes deleznables y a charlatanes sin escrúpulos. Son parte, aun secundaria, de nuestra tradición occidental de pensamiento especulativo. Desde la Antigüedad griega, algunos filósofos (como Aristóteles) nos han contado por qué no podían existir, y otros (como Demócrito) por qué debían necesariamente existir. Una vez que el cristianismo se impuso como religión exclusiva y excluyente, la posibilidad de la existencia de otros mundos y otros habitantes quedó eliminada, ya que el ser humano y la Tierra eran considerados como elegidos por Dios y centrales en la creación. Por tanto, no podía haber otros seres y otras Tierras, ya que, en tal caso, dejábamos de ser únicos y especiales.

El avance de los conocimientos científicos desembocó en el abandono de estas ideas y fomentó la creciente especulación sobre otros seres vivientes originarios de otros planetas. Las leyes de la naturaleza son las mismas en todo el universo, así que nada impide esta posibilidad. Quiero remarcar esta palabra: *posibilidad,* que es bien distinta de *necesidad.* Lo necesario no puede dejar de ser o existir: está obligado a ello; lo posible es simplemente aquello que puede darse, pero que no sabemos si se ha dado o se da. Esta es la situación de la vida en el universo (excepto la nuestra, claro está, y la del resto de los

seres de nuestro planeta). Es posible que exista: es una cuestión de probabilidades. Quien argumente que ha visto ex-traterrestres, que ha hablado con ellos o que tiene confirmación de su existencia por medios desconocidos, y se permita ilustrarnos sobre sus rasgos físicos y su temperamento, como si de perros o gatos se tratara, es un desvergonzado, un alucinado con afán propagandista o un engañabobos acostumbrado a aprovecharse de los necios.

Más tarde, en el siglo XIV, fue Guillermo de Ockham (el mismo descubridor del *principio de economía,* que recomendaba para explicar los fenómenos de la naturaleza, convertido en *principio de derroche* por todos los paranormalistas y "misteriólogos" del mundo) quien continuó la senda de la pluralidad al afirmar que Dios no podía estar limitado en su capacidad de creación, situación que se producía al negar la posibilidad de que hubiese otros planetas semejantes al nuestro y otros seres en ellos. Giordano Bruno en el siglo XVI parecía tenerlo más claro: infinitos sistemas planetarios e innumerables habitantes pueblan todo el universo.

Del siglo XVII en adelante, los seres del espacio -un espacio progresivamente más grande, a medida que avanzaban los conocimientos astronómicos- frecuentaron las obras literarias y el equivalente de lo que hoy llamamos divulgación científica. Bernard de Fontenelle dialogó con una condesa en *Conversaciones sobre la pluralidad de mundos,* acerca de los habitantes de las estrellas, y los escritores científicos Camille Flammarion y Richard Proctor argumentaron que la evolución natural de los planetas puede haber hecho surgir la vida, y quién sabe si de tipo inteligente. Flammarion estaba influenciado por doctrinas ocultistas como el espiritismo, una amalgama especulativa que también se mostró interesada por las "almas" evolucionadas de las entidades del cosmos, y que en el siglo XX desembocó en las desaforadas imaginaciones de los *contactados.*

En el siglo pasado, la posibilidad de vida extraterrestre fue contemplada como una atractiva idea incluso desde el campo de la investigación científica. El astrónomo y escéptico Cari Sagan estaba convencido de su existencia (aunque, ante la ausencia total de pruebas, se cuidaba mucho de confundir su deseo con la realidad, trampa en la que caen tantos creyentes y charlatanes) y el proyecto SE-TI *(Search for Extraterrestrial Intelligence)* se puso en marcha con la callada por respuesta por parte de esos inteligentes amiguitos del espacio que, según algunos, están ahí…

¿Y qué decir de los escritores y novelistas? Los alienígenas siempre han sido protagonistas destacados de la producción literaria, desde los relatos de crítica social del satírico Luciano de Samosata en el siglo II hasta las complejas novelas de ciencia ficción contemporáneas de Stanislaw Lem, pasando por los selenitas del protagonista español del

cuento *El hombre de la luna* del clérigo inglés Francis Godwin, que en el siglo XVII despega desde el Teide, en Tenerife, arrastrado por un tiro de gansos rumbo a la Luna.

Pero los extraterrestres no siempre han sido personajes recomendables por su sabiduría y natural *buen rollo*… Quizá el ejemplo más destacado sea el de los malvados marcianos de *La guerra de los mundos,* de H. G. Wells, novela de la que Steven Spielberg realizó una nueva versión cinematográfica en 2005. De hecho, en el mundo paranoico de las abducciones, de tanta actualidad en las últimas décadas del siglo XX, malvadas entidades de grandes cabezas, ojos almendrados y cuerpos enflaquecidos raptan a seres humanos en carreteras solitarias y bosques -¡e incluso en el dormitorio de su casa!– para someterlos a exploraciones médicas o algo parecido. No, tampoco hay pruebas independientes e irrebatibles de todo esto. Pero gente mala del espacio, mala de verdad, es la que aparece en los cuentos de H. P. Lovecraft y en los del círculo de amigos y colaboradores formado en torno a los imaginarios mitos de Cthulhu. En *El horror de Dunwich* (1928), uno de los protagonistas nos previene con desesperados llamamientos para que se destruyera algo que, según decía, se encontraba en una casa herméticamente cerrada con tablones, al tiempo que hacía terribles alusiones a un plan para eliminar de la faz de la tierra a toda la especie humana y a toda la vida vegetal y animal, que se proponía llevar a cabo una antiquísima raza de seres procedentes de otras dimensiones siderales. En sus gritos decía cosas tales como que el mundo estaba en peligro, pues los Seres Ancianos se habían propuesto desmantelarlo y barrerlo del sistema solar y del cosmos de la materia para sumirlo en otro nivel, o fase incorpórea, del que había salido hacía billones y billones de milenios.

En la mayoría de las ocasiones, esas leyendas literarias aparecían mezcladas con invocaciones supersticiosas de tipo astrológico, como en *La llamada de Cthulhu* (1926):

Todos los Seres murieron eras antes de que el hombre apareciera sobre la tierra, pero podría resucitárseles por medio de ciertas artes cuando las estrellas volviesen a ocupar posiciones favorables en el ciclo infinito de la eternidad. Naturalmente habían venido de las estrellas y habían traído consigo sus imágenes.

Como puedes ver, Arturo, ni siquiera el citado Von Däniken fue demasiado original en sus disparatadas interpretaciones de la arqueología mundial, y tampoco sus muchos imitadores, plagia-dores y continuadores. Si acaso, la explotación comercial de estas historias y mitologías por la astroarqueología supone un lavado de imagen de las fábulas de Lovecraft al eliminar sus rasgos más terroríficos y horrendos.

Con un sentido más positivo que las escalofriantes historias de

Lovecraft debo citar al matemático Arthur C. Clarke, brillante autor de ciencia ficción que escribió, entre otros muchos cuentos, **El** *final de la infancia* y *El centinela,* dos obras que relatan el contacto con inteligencias alienígenas. En la segunda nos encontramos con el famoso "mojón espacial" o monolito que más tarde el cineasta Stanley Kubrik llevó al cine en *2001, una odisea del espacio,* película compleja y de variadas significaciones, como corresponde a toda especulación atrevida e inteligente, lejos de la quincalla ufológica a la que tan (mal) acostumbrados estamos por obra y gracia de la falta de criterio de la mayor parte de los medios de comunicación.

En la segunda mitad de siglo XX, los extraterrestres desembarcan en el cine (aunque ya existía el precedente de 1902 de George Méliés y sus selenitas). Algunos son buenos o casi infantilmente angelicales *(Ultimátum a la tierra, ET, Encuentros en la tercera fase),* pero la mayoría han manifestado cierta tendencia a devorar a los seres humanos o a destruir el planeta sin mayores dilaciones *(Alien, Independence Day, Depredador).* Es interesante descubrir intenciones humanas en todos estos seres, como parodia o crítica de los comportamientos agresivos de nuestra propia especie.

Breve historia
de los platillos volantes

Todas las historias de los platillos volantes suelen empezar con la observación de Kenneth Arnoldo, realizada el 24 de junio de 1947 en el Estado norteamericano de Washington. Pero a mí, como a otros, me gusta iniciar esta historia remontándome a finales del siglo XIX, a 1896 y 1897, cuando en varios Estados norteamericanos se produjeron numerosas observaciones de extrañas naves, que podemos considerar un antecedente de la epidemia de observaciones que se desataría a mediados del siglo XX. La ambigüedad del cielo nocturno, la emoción del público por los logros aeronáuticos y los fraudes de la prensa contribuyeron a que el norteamericano que quería ver naves, las viera. Como puedes observar, los actuales publicistas de misterios y paparruchas celestes no se caracterizan por su gran imaginación.

Significativas también son ciertas publicaciones similares a los comics editadas en Estados Unidos en los años 30, los *pulp magazines,* con nombres como *Amazing Stories {Historias asombrosas).* Multitud de marcianos y platillos volantes poblaban esa literatura de ciencia ficción sin demasiadas pretensiones. El director de la revista mencionada era Raymond A. Palmer, considerado por Curtis Peebles, historiador norteamericano del mito de los ovnis, como "el hombre que inventó los platillos volantes", apreciación un tanto exagerada pero que da una idea de su importancia. Resulta que Palmer mantuvo una estrecha relación comercial con el ya citado Arnoldo, el primer testigo, quien firmó un artículo sobre su observación (escrito

realmente por Palmer), y luego un libro, en su nueva revista de misterios, *Fate.* Estos relatos carecían del menor rigor científico y no eran más que versiones edulcoradas y manipuladas de los hechos, algo que luego se convirtió en práctica habitual por los ufólogos de feria. Todo ello contribuyó a propagar las visiones de misteriosos objetos en los cielos.

¿Qué vio Kenneth Arnoldo aquella tarde de 1947? Desde el principio, Arturo, la cosa se torció… Resulta que, mientras volaba en su avioneta buscando un avión accidentado, Arnoldo observó nueve objetos con forma de luna creciente (o menguante) que se movían a gran velocidad "como si fueran platos lanzados contra el agua", como cuando arrojamos una piedra a un estanque con fuerza y con cierto ángulo. Se armó un buen revuelo porque, de entrada, se creyó que podía tratarse de armas secretas de los soviéticos o diseñadas por ingenieros aeronáuticos alemanes huidos tras acabar la Segunda Guerra Mundial. Ni siquiera se pensaba entonces que pudieran ser naves extraterrestres (se hablaba de naves secretas soviéticas): ése fue un añadido posterior, una vez que las observaciones se multiplicaron. Un periodista interpretó erróneamente la descripción del testigo y confundió el vuelo de los objetos con su forma, y por ello los bautizó como "platillos volantes". Así empezó todo. Un error dio paso a una epidemia planetaria de observaciones extrañas en los cielos, y a extraterrestres que durante décadas se paseaban por la Tierra como si se tratara de una calle peatonal, y sin dejar para llevarnos a la boca un solo rastro que probara su existencia. ¿A que es sorprendente?

Esta divertida confusión llevó al escéptico norteamericano Martin Kottmeyer a preguntarse con ironía por qué los extraterrestres rediseñaron sus naves para adaptarse al error de un reportero de un periódico local de Estados Unidos… Mal empieza la historia de los extraterrestres en nuestro planeta. Más bien parece una escena surrealista que nos deja con la boca abierta. Los motivos de risa son abundantes en la historia de lo que para algún fatuo pasaba por ser el problema número uno de la ciencia contemporánea.

Meses después, el 7 de enero de 1948, el capitán de la Fuerza Aérea norteamericana Thomas F. Mantell sufrió un accidente de aviación cuando creía perseguir un platillo volante sobre la base aérea de Godman, en Kentucky. El piloto militar, que mandaba una escuadrilla de P-51, perdió el conocimiento tras ascender sin mascarilla de oxígeno a una altura superior a la tolerada por su organismo. El caza se estrelló y el piloto pasó a la historia como la primera "víctima" de los ovnis. Desgraciadamente, lo que Mantell perseguía fue un enorme globo Skyhook utilizado para estudiar los rayos cósmicos y visible a más de 20 kilómetros. Desde tierra tenía el aspecto de "un helado de cucurucho con la parte superior de color

rojo", según el investigador escéptico Philip J. Klass. Años después, una vez que el proyecto Skyhook dejó de ser secreto, se supo que aquella semana se habían lanzado varios globos desde la base aérea de Clinton, situada al sur de Ohio, y que el viento reinante llevó alguno hasta las cercanías de la base desde la que despegó Mantell.

La prensa especulaba con frecuencia y apasionamiento en torno a los cada vez más notorios platillos volantes. Donald F. Keyhoe, un militar retirado por problemas de salud, que ocupaba su tiempo libre investigando esas observaciones, representó un importante papel en la expansión de esta creencia y, en particular, en el rumor del secretismo gubernamental. Tal ocultación era cierta, pero no por los motivos que la mayoría sospechaba. En un artículo publicado en 1950 en la revista *True,* Keyhoe aseguraba que la Tierra había estado bajo observación por parte de otros planetas al menos durante los dos últimos siglos; que aquellas observaciones ˆ incrementaron súbitamente en 1947 como respuesta a las explosiones atómicas de 1945, y que las observaciones podrían continuar por un período de tiempo indefinido, sin indicios de que los extraterrestres desearan contactar con nuestro planeta de forma abierta.

Lo único en lo que el tiempo ha dado la razón al mayor Keyhoe ha sido la tercera de sus afirmaciones, porque hasta el día de hoy, en 2006, seguimos sin la más mínima prueba de la presencia de ET en la Tierra. Ni siquiera sabemos si hay alguien que no desea contactar con nuestro planeta. La segunda afirmación es plausible, aunque no debemos achacar a una causa única el surgimiento y expansión de una creencia universal como los platillos volantes.

Las abducciones se incorporaron a la mitología de los platillos volantes años después, de tal forma que en los años 70 y 80 se convirtieron en una epidemia. El primer relato de este tipo, que hace referencia al rapto de seres humanos por parte de otros de origen desconocido, que los someten a diversas exploraciones médicas a bordo de una extraña nave, fue el del matrimonio Barney y Betty Hill. Según cuenta la leyenda, la noche del 19 de septiembre de 1961 regresaban en automóvil de unas vacaciones en Canadá, cuando la mujer se dio cuenta de que les perseguía una luz misteriosa. Barney pensó que era un avión, pero ella no estuvo de acuerdo. Detuvieron el coche y Barney quedó aterrorizado al observar la luz a través de los prismáticos y creer que iban a ser secuestrados por los tripulantes de un ovni. Tras tomar varios desvíos, el matrimonio llegó a su casa dos horas más tarde de lo previsto.

Tras hablar con su hermana Janet, aficionada a los platillos volantes, Betty compró un libro de Donald E Keyhoe, *La conspiración de los platillos volantes,* y se puso en contacto con él. En el informe oficial de la Fuerza Aérea y en la carta al ufólogo, el matrimonio sólo

habló de una luz nocturna, similar a una estrella, pero la luz se convirtió más tarde en una "torta, rodeada de ventanas en la parte delantera, a través de las cuales se veían luces azules y blancas". Tiempo después acudieron al doctor Benjamín Simón y recordaron bajo hipnosis que habían sido secuestrados y sometidos a exploración médica a bordo del platillo volante. El doctor Simón sospechó desde un principio que todo era una fabulación de la mujer, quien había contagiado al marido. Según Simón, los Hill no mentían, pero su experiencia estaba basada en los sueños de la mujer y no en un hecho real.

En los años 80 las abducciones se pusieron de moda, sobre todo en Estados Unidos, gracias en parte a los libros de un pintor metido a investigador e hipnólogo, Budd Hopkins. *Tiempo perdido* e *Intrusos* dan por ciertas todas las historias de raptos cuya finalidad, en opinión de este propagandista, es servir a los extraterrestres para realizar experimentos genéticos. Según otros, en cambio, suponen un motivo de cambio mental y cósmico para quien experimentó la abducción. Se trata de una auténtica moda que en los años 90 añadió cada vez más motivos y elementos a la versión inicial, de tal forma que comenzó a hablarse de seres híbridos, fetos alienígenas, acuerdos secretos entre los militares y estos seres, etc.

Como ya imaginarás, no existe la menor prueba de que dichos episodios ocurrieran en otro lugar que en el interior de la cabeza de quienes los cuentan.

Existen variadas explicaciones al respecto. Para algunos se trata de fraudes y fabulaciones más o menos conscientes, como en el caso del matrimonio Hill. Para otros, el misterio reside en los estados alterados de conciencia y en las alucinaciones del sueño, ya que se conserva una amplia tradición de seres que "poseen" y aterrorizan a los humanos mientras duermen. Tampoco hay que desdeñar, sino todo lo contrario, un rasgo psicológico conocido como personalidad con tendencia a la fantasía, típico de las personas a quienes resulta difícil distinguir entre su imaginación y la realidad exterior. Las posibilidades son muchas, y en ningún caso es necesario recurrir a seres ajenos a este planeta para explicar visiones y experiencias exclusivamente subjetivas.

Como señaló Cari Sagan en *El mundo y sus demonios,* las supuestas capacidades tecnológicas de los extraterrestres -que llegan a nuestro planeta desde distancias enormes a bordo de complejas naves interplanetarias- no encajan demasiado bien en los rudimentarios conocimientos de biología e ingeniería genética que demuestran, ya que necesitan obtenerlos de una raza para ellos escasamente desarrollada, tanto que pueden capturar una multitud de ejemplares sin que nadie se entere. ¿Y por qué no borran los recuerdos de los abducidos para mayor seguridad, con el fin de evitar que puedan dar

pistas de sus actividades? Ah, pero, ¡no pidamos que la lógica impere donde es particular, como el patio de la canción!

A medida que transcurría la segunda mitad de siglo XX, los ovnis se asentaron cada vez más en la cultura popular. Los medios de comunicación recogían observaciones con cierta frecuencia, y en determinadas épocas, aumentaba rápidamente su número para desaparecer una vez que el proceso se saturaba: se trataba de las oleadas, que ya cité anteriormente al referirme a la que se produjo en Bélgica al final de la década de 1980. Hubo varios brotes de este tipo, en 1950, en 1954 en Francia, en 1973 en Estados Unidos, en 1968 y 1969 en todo el mundo, al igual que en 1974 y 1975 (los años más destacados en España), y pequeños amagos en la de 1990, más como una fabricación de medios especializados sensacionalistas que como un fenómeno de apariencia espontánea.

También algunos científicos dedicaron su tiempo a ver qué había de cierto en aquellas leyendas. Entre ellos destaca el astrónomo Joseph Alien Hynek, asesor científico de la Fuerza Aérea de EE UU cuando ésta puso en marcha el proyecto Libro Azul, y al que los devotos de los ovnis tienen por una especie de patrón. Hynek comenzó su andadura como escéptico y acabó convencido de que los ovnis eran un fenómeno extraño. Los comentaristas suelen destacar su figura, pero se olvidan de los innumerables investigadores y científicos que comenzaron siendo creyentes y acabaron engrosando las filas del escepticismo ante la falta de pruebas contrastables.

En la actualidad, los platillos volantes no son más que otro elemento en el gran bazar de las pseudociencias y las creencias irracionales. Pasada la moda de la visita inminente, se han convertido, después de que la serie televisiva *Expediente X* exprimiera las últipias formas del mito, en un pequeño adorno para publicistas y maniáticos de las rarezas. La "historia alternativa" es la moda actual en el mundo de la divulgación de desperdicios culturales procedentes del siglo XIX y de sus derivados en el XX.

¿Y en nuestro país? ¿Hubo y hay personas interesadas en los ovnis o platillos volantes? Sí, y, con unas pocas excepciones, su contribución a esta materia es la misma que la de Paco Porras o la bruja Lola: un enorme volumen de disparates e insensateces. Desde los años 50 empezaron a surgir algunos interesados, totalmente olvidados en la actualidad, que aseguraban que los ovnis procedían de Marte o de otros planetas más lejanos. Algunos formaron centros de "investigación" en los que el origen extraterrestre de los ovnis no se ponía en discusión. En los años 70 -los años de la transición a la democracia-, lo extraño y lo paranormal invadió nuestros medios de comunicación. Las alertas ovni se pusieron de moda (más adelante veremos un par de ejemplos, pues incluso en la actualidad se

convocan de vez en cuando) y personajes como Jiménez del Oso y Juan José Benítez, paranormalistas todoterreno, nos vendían en la tele y en la prensa, respectivamente, toda la fantasiosa metralla ocultista y platillista de creación propia y refritos variados. Puedes encontrar una historia resumida de todo este panorama en http://ovnis.arp-sapc.org/ovnis2.htm y en el libro de Ignacio Cabria *Entre ufólogos creyentes y contactados.* Échales un vistazo.

Al margen de esta farándula, otros interesados con curiosidad científica intentaron desentrañar el aparente enigma de esas apariciones, algunas a escasa distancia de los testigos. Entre ellos destaca Vicente Juan Ballester Olmos, responsable también de la caída de uno de los bulos más asentados en Ovnilandia: el secreto oficial en lo que respecta a los ovnis. La desclasificación de la información que el Ejército del Aire almacenaba sobre este asunto no aportó nada de importancia, más allá de lo que los interesados civiles y ufólogos escépticos conocían, pero acabó con la interesada acusación por parte de Benítez de ocultamiento gubernamental (volveremos sobre este asunto). Curiosamente, en los años 70, el Ejército del Aire entregó unos cuantos informes al citado escritor fantástico, que no sólo no pregonó censura ni ocultamiento alguno sino que se apresuró a publicarlos en forma de libro, con el consiguiente malestar por parte de los militares.

Pero, ¿qué se puede esperar de un personaje que en 2001 declaró que "la mayoría de los extraterrestres tienen aspecto humano, aunque algunos parecen una manta, poseen un solo ojo o cuatro brazos, y sus naves tienen formas diversas, como de sombrero o cazuela", y que tiene catalogados "3.000 tipos distintos de seres extraterrestres"? ¿O que aseguró, ni corto ni perezoso, que la reentrada de chatarra espacial el 31 de marzo de 1993, debida a la caída de un cohete Cyclone, impulsor del satélite Cosmos 2238 puesto en órbita un día antes desde la por entonces Comunidad de Estados Independientes (CEI), coincidió con toda una colección de naves no humanas, de los más dispares modelos, que se precipitó sobre buena parte de Europa, de forma que coincidiera con la reentrada de los restos de un cohete humano *{Materia reservada,* Planeta, Barcelona, 1993)?

A veces, al leer a este novelista, da la impresión de estar hojeando una aventura de *Star Trek* o algo parecido. Esta es su principal habilidad: soltar delirios tales que harían avergonzarse a un muchacho de 12 años.

En 1997 vio la luz la Fundación Anomalía (www.anomalia.org), que hizo suya la publicación crítica de referencia en España *Cuadernos de ufología,* gracias al esfuerzo de varios interesados procedentes de diversas agrupaciones históricas desaparecidas. Es una entidad que pretende realizar una labor de recopilación e investigación de todas

las manifestaciones del mito de los ovnis en nuestra sociedad, de la propia idea de lo extraterrestre en la cultura popular y de otros fenómenos relacionados.

Por otro lado, los escépticos fueron dejando de lado su implicación directa en esta vapuleada materia. Después de publicar un par de volúmenes de análisis estadísticos fundamentales para la compresión de esta leyenda en España, Félix Ares se encargó de impulsar, junto con Luis Alfonso Gámez, ARP-Sociedad para el Avance del Pensamiento Crítico (http://www.escepticos.org), lejos de las tradicionales majaderías indemostrables para simples en que consistía el 90% de la ufología patria. Y Gámez continuó fustigando la irracionalidad y el descaro de que hacía gala la que con todo acierto bautizó como "ufología de feria", es decir, a J. J. Benítez y su discipulado. En 2005 fundó, junto con otros críticos del mercadeo paranomalista, el Círculo escéptico (www.circulo-esceptico.org).

Los investigadores

En este capítulo te hablaré, Arturo, de las "voces autorizadas" en el mundo de los ovnis. Bueno, más bien de las voces que se autorizaron a sí mismas, ya que no existen estudios regulados y académicos que se ocupen de esta leyenda, al margen de que los estudiosos de las creencias contemporáneas se han acercado en numerosas ocasiones a estas escurridizas visiones, lo cual causa probablemente malestar entre esos periodistas transmutados en falsos investigadores científicos, pues perciben que ellos mismos son también materia de estudio dentro del campo de los ovnis. ¿Cómo es esto?

Imagina que se te ocurre una teoría totalmente inverosímil sobre el origen del sistema solar, un absurdo completo en el que tú crees firmemente a pesar de las numerosas pruebas en contra. Como es lógico, nadie te hará caso, al margen de unos pocos ignorantes o despistados a los que tomarás el pelo aprovechándote de su credulidad y su desordenado e improductivo instinto de rebeldía contra el conocimiento científico. Sin embargo, habrá que explicar de alguna forma por qué crees lo que crees, a pesar de todas esas abrumadoras pruebas en contra. ¿Cómo te has convertido en un sujeto que niega lo evidente, alguien irracional y alejado del sentido común?

Esto forma parte del campo de interés de los psicólogos clínicos y los folcloristas, estudiosos a los que interesa saber cómo se originan las creencias, cómo evolucionan, de dónde toman nuevos elementos y por qué precisamente ésos y no otros. Ello nos ayuda a entender mejor la sociedad en que vivimos, a penetrar en la relación existente entre la ciencia y las creencias más o menos absurdas. Por ello, en cierto sentido, las afirmaciones más disparatadas que te puedas encontrar en el mundillo de los ovnis son parte del mismo fenómeno ovni, y debemos analizarlas con todo detalle para comprender por qué

circulan en la plaza pública de las creencias maravillosas.

La farsa vestida de seda (científica), farsa se queda

Palabras ordenadas en frases y afirmaciones con un sentido concreto: ése es el material del que están hechos los ovnis, y prácticamente todo lo que en los medios paranormalistas se nos presenta como enigmático o asombroso. Así que debemos prestar atención a los constructores de esas oraciones y frases, para ver de qué están compuestas y tratar de descubrir los intereses que albergan.

La mayor parte del público interesado en los ovnis desconoce los requisitos mínimos que cualquier persona formada debe exigir ante una afirmación extraña que se refiera a hipotéticos hechos reales. Si no tenemos acceso directo a ellos, pediremos confirmarlos. No se trata de ser desconfiados en sentido vulgar, pero sí, y mucho, respecto a lo que una fuente informativa sospechosa intenta que aceptemos aprovechando su popularidad y su aureola como perseguidor infatigable de los misterios del mundo.

Los ovnis siempre han sido percibidos popularmente como un enigma o misterio. Por ello, pronto aparecieron personajes que decían investigar esas observaciones. Pero, en su inmensa mayoría, tenían realmente poco de auténtico investigador; eran más bien creadores y divulgadores de una leyenda, cuando no simples aprovechados de una extendida creencia. La mentira absurda y descarada acompaña históricamente a la gran mayoría de publicistas pseudocientíficos de la leyenda de los platillos volantes: tergiversan los datos, los interpretan fantasiosamente, los sacan de la manga, hacen uso de manera interesada de conocimientos constados, acumulan relatos como si fueran en sí mismos pruebas irrefutables, como si mil relatos dudosos probaran la idea que los conecta. En suma, adulteran la realidad y engañan al lector o consumidor de programas radiotelevisivos especializados en el "misterio".

Basta revisar las principales publicaciones ocultistas en las que la materia urológica cuenta o contaba con espacio para advertir que sus divulgadores han utilizado un año tras otro los mismos elementos en un continuo proceso de reciclado. Los moais de la isla de Pascua y los bloques con que están construidas las pirámides de Egipto siguen volando por los aires gracias a la fuerza psicoquinética de los astronautas extraterrestres de la Antigüedad. Y los platillos volantes clásicos (como la abducción de los Hill, el capitán Mantell cuyo desgraciado final te recordé más arriba, las historias del contactado Adamsky y las de todos sus imitadores, el caso español de Manises, las ya citadas cartas que unos inexistentes extraterrestres del planeta Ummo remitían en los años 60 y 70 a los investigadores urológicos, etc.) siguen dando vida a la leyenda con cada generación de nuevos lectores atraídos por estos productos. No es de extrañar: las leyendas y

los mitos deben conservarse en una versión que no se separe demasiado de la que se consolidó con éxito. Si no, desaparecerían.

En muchas otras ocasiones se han producido fraudes científicos. Lo que ocurre es que los fraudes científicos acaban descubriéndose: buena parte de la labor científica consiste en contrastar las ideas y las hipótesis de los demás, ponerlas a prueba y derribarlas, tanto en el caso de los errores no intencionados como en el de las falsificaciones. Pero, ¿has observado algo similar en el mundo de los "misterios de la ciencia" del papel cuché? ¿Cuándo has visto que alguno de los líderes de opinión declare públicamente que tal afirmación de menganito o tal investigación de fulanito es un fraude, que es manifiestamente débil en sus conclusiones o un sinsentido completo? Nunca, ya que esto no puede darse, porque, en el nicho ecológico de los "grandes misterios", los fabricantes de paradojas se tienen consideración, igual que los tenderos de una calle se respetan mutuamente. Hay presas (consumidores) y cebo (misterios del cielo) para todos. Se trata de un mercado amplio, y el objetivo fundamental es hacer caja, o crearse una posición social de intrépido investigador entre quienes confunden la investigación científica con una representación bufa de ella.

Este procedimiento de reciclado es, como te digo, el que mantiene la leyenda. Y al mismo tiempo, esta divulgación de historias momificadas es la que otorga credibilidad a los expertos. Se produce una curiosa (y vergonzosa) circunstancia: cuantos menos casos hayas explicado, mayor mérito tendrás entre tus adeptos. Así se comprende que los más afamados publicistas y novelistas del ramo paranormal no cuenten en su curriculum con sucesos explicados en una proporción natural. Al contrario, se caracterizan por la abundancia de historias extrañas e imposibles de contrastar y de rumores presentados como si se tratara de la fuerza de la gravedad, obvios e irrefutables.

El investigador ufológico ha dado por sentado, porque sí, que los ovnis son algo positivo, existente, real y empíricamente comprobable. Y eso es, precisamente, lo que hay que probar, cosa que hasta ahora, desde 1947, nadie ha conseguido. Los testimonios no son prueba: son sólo testimonios. Lo que para el investigador racional no son más que ovnis, es decir, objetos voladores no identificados, para otros son naves extraterrestres o fenómenos misteriosos.

Pero un ovni no es algo positivo, como una piedra, una zanahoria o el planeta Saturno, sino algo *no identificado.* ¿Significa esto que sea algo extraterrestre, anómalo en sí mismo o un fenómeno nuevo y desconocido? Pues no. Se trata de un remanente, un resto de una gran muestra de casos ya explicados (de testimonios humanos, nunca lo olvides). La ufología escéptica busca explicar absolutamente todos los casos ovni, como es natural, pero esto es imposible: siempre habrá un remanente de casos no resueltos. Esto no implica nada extraño, de la

misma manera que la existencia de una proporción de asesinatos y robos no aclarados por la policía no presupone que haya ocurrido en ellos nada fuera de lo normal, sino sólo que los autores de esos delitos fueron especialmente hábiles para no dejar pistas, o los policías poco expertos para dar con la clave del caso. En los casos no explicados y aparentemente explicables pueden haber concurrido circunstancias que hagan reconocible la causa inicial.

Una observación sorprendente no se reduce únicamente al propio estímulo extraño; la integran también el testigo, su estado de ánimo, sus creencias, lo que queda en su recuerdo, lo que lee a continuación, lo que le cuenta un periodista metido a ufólogo, las noticias que aparecen en la tele… Todo ello entra a formar parte de la observación, que queda convertida en un complejo cóctel en la mente de la persona. A este dudoso remanente de casos es al que se agarran los creyentes para argumentar que "algo raro está pasando en nuestro cielos", o que "hay un fenómeno inexplicable" y "la ciencia no puede dar razón de todos los casos".

Primero, los ufólogos suelen echar mano del argumento acumulativo: un montón de historias en bruto con las que pretenden apabullar a los indecisos. Pero cuando ese gran volumen comienza a decrecer, y las sospechas aumentan entre los casos que van quedando, la atención se centra en ese remanente o residuo, el último bastión de la creencia.

¿Se ocultan los marcianos en este porcentaje? ¿Tal vez alguna maravilla de la naturaleza ignorada? No parece probable, y mucho menos lo primero que lo segundo. Jamás podremos afirmar que algo no explicado es inexplicable. Lo que un investigador haya sido incapaz de explicar, tal vez lo resuelva otro más hábil o experimentado. Y nunca nos veremos libres -si mantenemos cierta decencia intelectual, lo cual es mucho pedir en este terreno, lo sé- de sospechar que el testigo nos ofrece una versión tan distinta de lo que pudo observar, tan distorsionada por sus creencias, por su posible dificultad para rememorar acontecimientos, o por la influencia negativa de periodistas sin escrúpulos (como ha ocurrido probablemente con bastante frecuencia) que sea prácticamente imposible descubrir la causa real de lo visto. ¿Cuántos sucesos triviales se ocultan tras un testimonio extrañísimo, tras un relato "inexplicable" de misterios celestes?

Por otra parte, ese porcentaje (¿un 10%?) es sólo un valor aproximado pues no existe consenso general al respecto. Casi cada urólogo tiene una cifra favorita. ¿Cómo podemos confiar entonces en esas fuentes de información, si no se han puesto de acuerdo previamente sobre el método para llegar a ese resultado y si éste es tan dispar?

Si extraes de una bolsa bolitas marcadas con ceros y unos, te podrás encontrar con series de cinco o seis ceros o de siete unos, pero eso no significa que haya nada extraño en esa circunstancia, aunque te pueda sorprender una serie tan larga de cualquiera de las dos cifras. A la larga habrá un número equivalente de ceros y unos extraídos, y te darás cuenta de que esa larga serie de ocho unos no encierra misterio ni mensaje alguno. De igual manera, lo normal es que los casos de ovnis se puedan explicar y que quede una pequeña proporción de no explicados, que no necesariamente ocultan un fenómeno desconocido para la ciencia ni en ellos se esconden los alienígenas de la doctora Arroway en *Contact*.

Por si fuera poco la razón estadística, hay otro motivo por el que ese residuo es en sí mismo despreciable: la indistinción entre casos *explicados* y *no explicados*. No hay características distintivas en los casos no explicados. Lo único que distingue a unos de otros es que para unos se ha hallado una explicación racional y sencilla y para otros no. Esto depende de nuestra competencia como investigadores o de la suerte, propiciada por el empeño, pero no de algo que resida en los propios fenómenos como característico suyo (más allá de las circunstancias concretas de cada caso, hora, día de la semana, edad del testigo y aficiones, número de personas que contemplaron el ovni, duración de la observación, etc., todo ello secundario respecto al mismo y supuesto fenómeno, como es secundario respecto a la composición química de un diamante frente a la de un topacio la edad de los estudiantes que están comprobando esa composición, o si éstos son aficionados a la ciencia ficción). No hay forma de establecer unas características que diferencien claramente a un grupo de casos de otros: si miramos con detalle vemos que se trata siempre de un fenómeno que el testigo no pudo identificar: sólo eso.

Cómo engatusar al creyente

Las herramientas lingüísticas del que imita a los investigadores no s0n muy complejas, aunque sí efectivas. Te comentaré las más destacadas.

La *apertura mental* es la más extendida, y no debe llevarte a asentir ante la primera estupidez que alguien diga, como si fuera merecedor del premio Nobel. Muchos de quienes estaban convencidos de la existencia de mujeres que volaban en escobas reclamaban también, seguramente, "apertura mental". Este tópico es una tontería retórica de charlatanes que tratan de dar credibilidad a lo que no es más que una creencia sin fundamento científico alguno. Normalmente, esta simpleza de la "apertura mental", recomendable en otros terrenos -y ejercida constantemente por los científicos, aunque se difunda la imagen interesada de la ciencia como dura de mollera o de ortodoxia inviolable-, es esgrimida en el campo de las pseudociencias como una

forma de camuflaje de ausencia de razones, pruebas y demostraciones, un encubrimiento del derecho a decir lo que a uno se le pasa por la cabeza, pretendiendo hacerlo pasar por una verdad obvia.

La cantilena más repetida en el mundillo de los ufólogos es la *investigación de campo,* que se refiere a la necesaria implicación práctica del investigador sobre el terreno. Como puedes imaginar, esta práctica dista bastante de la auténtica investigación sobre el terreno que se realiza en diversas ciencias (arqueología, botánica, etc.). Se trata, más bien, de lo que se ha denominado "método anecdótico", como el que practicaban los antropólogos a finales del siglo XIX y principios del XX, consistente en recopilar numerosos casos para ilustrar una idea general: la del propio investigador que lleva a cabo la recolección. En el caso de los ufólogos, esta recopilación de testimonios se ha convertido en una compulsión irreflexiva y en un fin en sí mismo, cuando en realidad, en caso de ser necesaria, no es más que una etapa del auténtico proceso de investigación que ha de conducir a la explicación racional.

La preocupación por el método ha sido realmente inexistente en la inmensa mayoría de los ufólogos -para causar asombro y tener éxito en los medios de comunicación no hace falta ser un paciente analista, sino saber vender un producto-, así que esta manía por la investigación *in situ* debe tener otro origen. A tal punto ha llegado esta tontería mil veces repetida que se ha convertido en una de las acusaciones típicas dirigidas por los ufólogos irracionales contra los escépticos y críticos, incluso siendo falsa, como era fácil de comprobar revisando la trayectoria vital del acusado. Esta especie de estigma ha sido útil para segregar a quien posee un interés racional o escéptico por los ovnis del mundillo de los ufólogos y su cerrado universo de creencias irrefutables. Bien es cierto que los escépticos nunca se han sentido desplazados por ello (al menos no en mi caso); al contrario, he contemplado esta maniobra malintencionada de la farándula platillista con cierta diversión, como quien se asoma a un circo en el que varios personajes pugnan por adjudicarse un premio ridículo mientras el público aplaude convencido.

En España, el principal valedor de la investigación campestre, tal como ha quedado definida aquí, es J. J. Benítez, quien durante el último tercio del pasado siglo compaginó la ufología con otras líneas de difusión del *pensamiento mágico* y de diversos disparates pseudocientíficos, asimilados de forma ingenua por sus numerosos seguidores y lectores.

Cualquier pequeño detalle de una explicación racional que queda pendiente puede ser utilizado por quien crea en las realidades ocultas o en secretos de Estado para seguir manteniendo su visión de la realidad. Es habitual que sólo se refieran las circunstancias favorables

a determinada tesis, y que sólo éstas sean valoradas. De hecho, cualquier atisbo de crítica es considerado improcedente. Entramos así en un juego en el que los creyentes con afán predicador marcan las reglas, hacen trampas y deciden cuándo termina el juego. Tienen el poder absoluto. Te explicaré un poco qué quiero decir con esto, porque me parece importante.

Los partidarios de un mundo encantado y dominado por fuerzas extrañas serían unos pésimos policías criminalistas. Me viene a la memoria la serie de televisión *CSI.* Más allá de la estética televisiva norteamericana, de los gustos personales de cada espectador, *y* de que los expertos criminalistas del mundo real no actúen corno lo hacen los protagonistas de la serie ni hagan ingeniosos juegos de palabras tan a menudo como los jefes de equipo de Miami *y* Las Vegas, me llama la atención el impulso que mueve a los personajes, su capacidad para peinar exhaustivamente el lugar del crimen, la atención a los mínimos detalles, la perseverancia, la paciencia para recorrer una misma línea de trabajo en busca de fallos que den con la explicación de un hecho misterioso paralelo y posiblemente conectado con el delito, incansablemente, recomponiendo poco a poco las piezas de un auténtico rompecabezas. Y ni se les pasa por la cabeza acudir a explicaciones sobrenaturales, místicas o paranormales. Siempre hay un asesino que comete un error, y casi siempre es posible dar con él. De igual manera, casi siempre es posible encontrar una explicación natural para el relato de una observación de apariencia anómala.

La oratoria publicitaria
de los periodistas ufológicos

¿Qué más tenemos en el arsenal de la palabrería ufológica? A menudo, ante una crítica elemental se suele mirar para arriba y silbar, esperando que pase la borrasca. Así, cuando el crítico cita la abundante literatura científica que demuestra la escasa confianza que podemos otorgar a ciertos testimonios -por ejemplo, los famosos casos canarios de los años 70, producidos en realidad por misiles balísticos norteamericanos-, el club de *fans* platillista se queda como quien oye llover: ignora lo dicho y vuelve a la carga con la "verdad" revelada por los testigos.

En otras ocasiones, se acude simplemente a la ignorancia: no sabemos qué capacidades tecnológicas pueden tener los extraterrestres, quizá puedan viajar más rápido que la luz u ocultarse de la red internacional de radares que vigilan nuestros cielos… Hace poco, una defensora de la homeopatía, ese gran timo sanitario mediante el cual venden agua a precio de oro, argumentaba que no podemos descartar su efecto real porque, tal vez, algún día se descubran nuevas propiedades del agua que expliquen la pretendida memoria de ésta. Bueno, quizá también deberíamos tener nuestra mente abierta y

esperar a que se descubran extraordinarias propiedades cosméticas y rejuvenecedoras en la caca de vaca, y comencemos a ver por la calle a personas de cierta edad bien untadas…

El disfraz de investigador no se limita a la locuacidad paranormalista. Se complementa con detalles como un buen equipaje de campo, cuaderno de notas, cámara de fotos, brújula y el imprescindible chaleco sin mangas de dos mil bolsillos. No hay periodista ufológico o investigador paranormal que no se haya hecho una foto con él. Quien lo lleva parece un arqueólogo, aunque el universo intelectual de uno y otros se sitúe a años luz de distancia. También es conveniente adoptar un estilo de escritura ampuloso, poetizante, cursi hasta resultar repelente, para detallar un día de correrías por montes, cementerios e iglesias abandonadas, rellenar con invenciones lo que se ignora, mezclar diversas historias o directamente plagiar fuentes que están como un cencerro.

Los ufólogos se han pasado la vida huyendo hacia adelante. Han dado por sentado o probado lo que en todo momento sigue siendo una simple suposición. Sus declaraciones, salvo excepciones, no van dirigidas a manifestar la necesidad de que los científicos investiguen el presunto fenómeno extraño que se oculta tras los testimonios, sino a convencer a los aficionados o fortalecer su fe: la creencia en la presencia de astronaves extraterrestres en nuestros cielos. Su razonamiento es emotivo, plagado de sobrentendidos, carente de sutileza racional y enemigo de lo que suponga explicación razonada y debate lejos del calor de los medios de comunicación, siempre afectos a las maravillas más absurdas. En la religión *platillista* -de la que no forman parte exclusivamente los contactados-, hay unos cuantos dogmas intocables: la extrañeza insoluble, la credibilidad de quien dice haber visto algo raro a lo que aplicó el término ovni cuando habló con un periodista, la existencia de poderes e influencias que pretenden ocultar la verdad, etc.

Emocionalmente, muchos ufólogos muestran un exagerado sentimiento de propiedad ante una investigación personal. Recuerdo el

breve contacto que mantuve con un miembro de un grupo tinerfeño que había investigado la popular observación del 5 de mar-20 de 1979 (uno de esos episodios de los que realicé una amplia recogida de datos *de campo* entrevistando a más de diez testigos, revisé toda la prensa de la época, hablé con el juez instructor militar encargado del caso y me apoyé en las ideas y análisis previos de otros interesados, etc.). Para él el caso era "suyo", es decir, no admitía crítica alguna a su visión del asunto ni explicación posible, porque se había tomado la molestia de investigarlo personalmente y había llegado a la conclusión de que se trataba de una especie de capricho de la naturaleza, vete tú a saber si terrestre o de más allá de este

planeta. Esta desviación intelectual en el ejercicio público de la investigación y de su comunicación a los interesados da lugar a ese latiguillo de la ufología irracional: la investigación de campo frente a la investigación de gabinete. Irónicamente, el ufólogo escéptico Manuel Borraz la definió así: "la ufología, para quien la trabaja".

En realidad, no es más que una de esas invenciones terminológicas que nos pone sobre la pista de la verdadera esencia de la ufología: una especie de doctrina de la que participan los convencidos de antemano, los que asumen un estado de cosas que no debe ser cambiado porque así lo han dicho voces autorizadas (que son quienes venden un montón de ejemplares de sus libros). Los colectivos poco aireados, donde la circulación libre de ideas es escasa o dificultosa, no ven con buenos ojos que haya personas decididas a ejercer la libre crítica, que ponen en duda los fundamentos de la creencia a la que algunos han hipotecado su ser público o su cuenta corriente. Y esto es válido para todo el amplísimo espectro de las pseudociencias y creencias mágicas con fuerte implantación comercial, desde los cazafantasmas de las psicofonías a los vendedores de pirámides energetizantes y afiladoras de hojillas, pasando por los terapeutas que practican la regresión hipnótica jugando con la desesperación de personas gravemente enfermas.

Por todo ello, una estrategia elemental es la señalización del crítico como enemigo de su visión, como el que manifiesta alguna complicidad con los poderes que se niegan a reconocer nuestros hallazgos, que harán que la historia de la ciencia se divida en dos. Y esos críticos son los que se permiten opinar sin haber bajado al terreno, sin haber pateado el territorio como hicimos nosotros, sin haber recogido la verdad de manos de sus protagonistas, los testigos. Esta caricatura de investigación tiene la habilidad de presentar como víctimas a los culpables, de engañar al inocente que desconoce lo que es investigar y de pervertir la curiosidad, que queda reducida a un consumo compulsivo de chucherías mágico-paranormalistas.

"Los críticos no son de los nuestros", piensa el líder de la investigación paranormal, especie de gurú de lo alternativo, "por eso es natural que no procedan como lo hacemos nosotros, que mantenemos un contacto habitual con la fuente del misterio". El crítico escéptico es visto como un aguafiestas, un *explicacionista,* un vendido a la ciencia "oficial" que imagina el mundo sin misterio y enigma, o un ejecutor pagado por los servicios de inteligencia. Estas paparruchas para adeptos suelen ir acompañadas de la última majadería pseudocientífica que alguna emisora de radio consiente al ramo periodístico de lo *para,* algún descubrimiento o acontecimiento revolucionario que quedará olvidado en una semana.

Otro razonamiento cojo del mismo tipo es el que recurre a los

avances de la ciencia para justificar que ciertas tonterías no tienen por qué serlo siempre. El ejemplo más utilizado es el de los meteoritos, cuya caída se daba por imposible hasta que se hallaron restos de materia de procedencia inequívocamente no terrestre en la superficie de nuestro planeta. Así, no debemos "cerrarnos" ante la posibilidad de que la ciencia del mañana conozca la realidad que se oculta tras los ovnis, o que los extraterrestres hayan superado las barreras que se alzan ante nosotros para emprender el viaje interplanetario. Algo de sentido común hay en esta línea de razonamiento, pero lo habitual es que se desboque rápidamente y que el investigador de maravillas se ponga a decir barbaridades sobre la marcha. También ayuda una dosis generosa de ignorancia. Se llega al extremo de saltarse a la torera cualquier barrera, ya sea de tipo lógico o de las que imponen, queramos o no, las leyes científicas más consolidadas: la velocidad de la luz, las enormes distancias cósmicas, las probabilidades de existencia de vida inteligente en otros planetas, el hecho de que ésta no sea necesaria, la ausencia de un plan universal que conduzca a la *creación* de seres en otros lugares, etc.

Al final, las especulaciones creyentes sobre los extraterrestres se parecen a esas células madre que pueden convertirse en cualquier órgano de nuestro cuerpo: son omnipotentes, capaces de salvar cualquier obstáculo, cualquier llamada a la moderación. Todo lo pueden porque los alienígenas son sabios y nada se interpone ante su capacidad infinita. La realmente infinita es nuestra imaginación, que, de la mano de nuestras creencias y prejuicios, entorpece el análisis imparcial y objetivo de un fenómeno, o la valoración ajustada de una simple posibilidad.

Vemos el universo como nos gustaría que fuera, y esto nos aleja del pensamiento racional. Por ejemplo, buena parte de los pretendidos extraterrestres o seres observados tienen formas humanas: son antropomorfos. A mí esto me da muy mala espina, porque sólo demuestra que nuestros sueños y alucinaciones tienen un origen muy terrestre, humano, demasiado humano… Se trata de proyecciones de nuestras virtudes y defectos en las criaturas míticas del espacio.

Entre la panoplia de artimañas, los periodistas urológicos no dudan en aprovechar y utilizar como justificación de sus posiciones la opinión de algunos científicos interesados en la vida extrate-rrestre, o en servirse de espacios de divulgación científica para avalar sus creaciones e imaginaciones (como en la alerta ovni del 25 de junio de 2004, sobre la que volveré más adelante). Pero, ante todo, hace falta ser un descarado. Y nada de descaro maquillado bajo la retórica, ni oculto bajo una interpretación de los hechos traída por los pelos. El descaro de los *platillistas* es habitualmente directo y franco:

Se puede pasar a dar miles, cientos de miles de pruebas de la

existencia de seres extraterrestres desde hace muchos siglos en la Tierra. Como aún no se ha descubierto el origen de la vida, se habla de un "eslabón perdido", que descendemos del mono, que descendemos de la ballena, etc. Puede ser cierto que la Tierra era un planeta deshabitado, que pudo haber sido habitado o poblado por los hijos de los visitantes extraterrestres de otros planetas. Lo cierto es que, a falta de otra teoría, ésta es mucho más lógica y creíble que las palabras sin probar, sin base científica y sin el tal "eslabón perdido".

Así se expresaba en uno de sus libros Fernando Jiménez del Oso. Para él, la teoría de los extraterrestres que nos crearon es más verosímil que la teoría de la evolución, "palabras sin probar, sin base científica".

Otro ejemplo:

Un solo objetivo me propuse al ordenar estos apuntes: mostrar a cuantos todavía dudan que los ovnis existen y que son astronaves extraterrestres.

Con esta presuntuosa declaración se inicia *100.000 kilómetros…* de J. J. Benítez. Evidentemente, no consiguió probar ni mostrar nada, más allá de unas tragaderas impresionantes, así como difundir la absurda especie de que la calidad de la investigación se mide por el número de kilómetros recorridos. Sus numerosos discípulos acogieron como palabra revelada camelos como ése, contribuyendo a asentar en España el mito ufológico y a difundir una idea completamente falseada y ridícula de lo que es una investigación acorde con los requisitos mínimos de cualquier empresa científica.

Arturo, te pondré un ejemplo de primera mano de cómo se pasea la urología cuando sale a la calle y de cómo algunos de sus representantes son invitados a una universidad por una asociación de alumnos.

El 29 de octubre de 1999 fui invitado a una mesa redonda organizada por un grupo de estudiantes de la Facultad de Informática de la Universidad Politécnica de Madrid. El objetivo era debatir sobre el enigma de los ovnis. La composición de la mesa redonda era llamativa: junto a mí -el raro, el hereje, el escéptico comeniños-, cuatro periodistas especializados en temas misteriosos un piloto aeronáutico comercial testigo de la observación de un ovni en 1968. Me convertí, en cierta medida, en el centro del acto a causa de mi escepticismo, precisamente por poner en duda el testimonio de ese piloto que había sido invitado para que relatara su encuentro con el misterio.

La situación era casi ideal para una representación de este tipo, más cuando se celebraba en un aula universitaria, lo que siempre podía ser utilizado como un aval. Pero yo allí creaba fricción. Y es que nuestro piloto no era otro que el comandante Lorenzo Torres, el del

episodio del 4 de noviembre de 1968 al que ya me referí en la parte dedicada a las confusiones con el planeta Venus. Así lo hice notar durante mis intervenciones, cosa que no fue del agrado de los otros invitados ni del numeroso y joven público que acudió a la llamada del misterio. Además, leí en voz alta las declaraciones del comandante al año siguiente de su observación, publicadas en *La actualidad española,* en las que no hacía mención en absoluto de los fabulosos detalles que recordaba allí, 31 años después, y que también había publicado J. J. Benítez en uno de sus libros de cromos literarios. Al contrario, sus declaraciones al año siguiente restaban importancia al episodio. Esto sí que es un *misterio.* Y de los gordos.

El crítico es tratado de escéptico -como si fuera casi una condición vergonzosa- y posee unas connotaciones similares a las del incrédulo en un contexto religioso. El escéptico se convierte en una especie de indeseable que causa malestar innecesario en el bien conjuntado repertorio de ideas sencillas y firmemente asentadas en la mente. Las teorías y las creencias que bordean la ciencia ortodoxa sólo admiten ser sometidas a examen hasta un límite; no está permitido poner en duda su esencia en un acto que quería ser una celebración de lo oculto. Otros temas con los que los participantes trataron de encandilar a los asistentes, jóvenes universitarios, fue-fon la desclasificación de los archivos del Ejército del Aire sobre ovnis (que había finalizado el año anterior), la credibilidad de los testigos de ovnis y el caso Manises. Nada del otro mundo, y nunca mejor dicho.

En el ámbito universitario había un antecedente: los cursos de verano de El Escorial de 1992, donde J. J. Benítez organizó una velada de misterio platillista. La protesta de escépticos como Félix Ares (director del Kutxaespacio o Museo de la Ciencia de San Sebastián) y Javier Armentia (director del Planetario de Pamplona) no pudo evitar que el novelista administrara los sacramentos ufo-lógicos correspondientes, pero al menos sirvió para organizar una mesa redonda paralela en la que estuvo presente, además de los citados, Philip Klass, el ufólogo escéptico norteamericano más conocido, fallecido en 2005. Por mi parte, desde 2000 ofrezco ininterrumpidamente a los alumnos matriculados en el curso de extensión sobre ciencia y pseudociencias de la Universidad de La Laguna (http://webpages.ull.es/users/esceptic) una lección sobre la historia de los platillos volantes.

Estos son los mecanismos de defensa más usados por los urólogos: expresiones hechas y trilladas que tienen la función de salvaguardar las ideas ya existentes y ponerlas a resguardo de la crítica y de la falta de datos contrastables. Cuanto más estudies y leas buena literatura, de la que ha superado la crítica y los gustos variables de generaciones, mayor facilidad tendrás para descubrir estos fuegos de artificio con los

que se pretende sustentar un rumor sin fundamento.

Los ovnis fueron un potente elemento imaginario en la cultura popular, y en parte mantienen su atractivo. Casi siempre que un medio de comunicación entrevista a un astrónomo, se le pregunta en algún momento por la vida extraterrestre o por los ovnis, como si fuesen temas relacionados, y como si el científico debiese estar familiarizado con esas cuestiones. Esto es más un error que un acierto del entrevistador y se debe, como te puedes imaginar, a ideas preconcebidas, pequeños caramelos no digeribles que nos tragamos de niños y se quedan en nuestro estómago para siempre. Todos tenemos "caramelos" de éstos, pero no en el estómago, sino en la cabeza. No nos damos cuenta de que los llevamos encima, m siquiera de su peso. Pero pesan, y pesan mucho en ocasiones; y lo notan las personas que a nuestro alrededor saben interpretar lo que otras dicen, sienten o desean. Espero que tú, Arturo, después de leer este libro, sepas separar el grano de la paja cuando te hablen de los seres del espacio, esos habitantes de nuestra imaginación que de pequeños nos tragamos sin querer, por el hecho de vivir en sociedad, es decir, mediante la televisión, la radio, los libros y todas las historias asombrosas que llegan a nuestro conocimiento por cualquier medio.

Ovnilandia

En Ovnilandia no gobierna la lógica habitual, la que usamos para buscar un objeto perdido, comprar un coche de segunda mano o mantener una conversación sin que a la persona que tenemos enfrente le apetezca mandarnos a freír espárragos al escuchar una colección de incongruencias, adobada con la cerrazón típica del pensamiento mágico. Aquí estamos rodeados por una lógica particular, que además no es esa extraña lógica que impera en el sub-mundo de los objetos (o fenómenos) de que se compone el átomo, muy pequeñitos, como los electrones y otras modestas partículas. Estamos ante un tipo de razonamiento viciado o corrompido, que se siente satisfecho con poco, con las primeras migajas predigeridas que le suministran los fabricantes de *hechos* ufológico-paranormales, como esas crías de aves que se alimentan de lo que sus padres regurgitan.

Esta particular lógica nace, en primer lugar, de la simple ignorancia, como la que lleva a pensar que obligatoriamente deben existir otros seres en planetas de nuestra galaxia por el simple hecho de que ésta es muy grande, y que ese espacio no puede estar tan desaprovechado, vacío de vida, plantas, aves y seres inteligentes. Quien así razona ignora que ese aparente espacio "desaprovechado" no es tal, puesto que no hay ninguna ley ni necesidad de que esté ocupado por seres u objetos de ningún tipo. Es erróneo aplicar conceptos que tienen su origen en nuestra percepción humana de la realidad inmediata para hacernos una idea de cómo son las cosas en otros lugares del cosmos. Podríamos pensar también que los cientos de miles de kilómetros cuadrados del desierto de Sahara son territorio "desaprovechado", pero no dejaría de ser una simpleza pensarlo.

Los testigos

Las personas nos confundimos con frecuencia a la hora de recordar y contar algo que nos ha ocurrido, incluso en el caso de pequeños detalles en el trato con nuestros semejantes. No son pocas las ocasiones en que nos es difícil recordar con exactitud un pormenor de nuestra vida, que para otra persona con quien coincidimos no presenta dudas, y además puede probarlo. Esto resulta sorprendente porque nos demuestra que nuestra memoria no es un espejo, y que su fiabilidad es limitada. Ni siquiera en el caso de los accidentes de tráfico es habitual que exista una sola versión de lo ocurrido: a menudo hay tantas como involucrados en el siniestro. Numerosos experimentos en el campo de la psicología social muestran cómo el relato de varias personas puede diferir hasta extremos difícilmente comprensibles para el lego. Algunas personas hacen referencia a cosas que, según se demuestra luego, no existían en el lugar, por ejemplo, o describen detalles imposibles de percibir desde el punto en que se encontraban. Un

ejemplo reciente es especialmente significativo.

El 22 de julio de 2005 fue asesinado el joven brasileño Jean Charles de Menezes en la estación de metro londinense de Stock-well al ser confundido por la policía con un presunto terrorista suicida que pretendía repetir las matanzas del 7 de julio en el metro y en un autobús de la capital inglesa. Según un testigo que se fijó en el joven, éste iba vestido con una abultada chaqueta oscura, donde podría haber escondido explosivos, saltó la barrera del metro y escapó de la policía. Sin embargo, los documentos filtrados por Scotland Yard indican que Menezes vestía una chaqueta vaquera, entró tranquilamente en la estación, compró un periódico y sólo corrió cuando vio al tren acercarse al andén. Al parecer, en ningún momento supo que le estaban persiguiendo. La noticia de la BBC donde se divulgaron estos detalles incluía la declaración de un experto en testimonios de la Universidad de Leeds, Andrew Roberts, quien aseguró que, desde hace varios años, los tribunales consideran "intrínsecamente poco fiables" las identificaciones de testigos oculares, y que sus palabras pueden verse afectadas por lo que perciben a su alrededor. De hecho, "la gente que se encontraba en el metro esa mañana tuvo acceso a las declaraciones de otros testigos, a la versión oficial y a la información que luego fue hecha pública a través de los documentos filtrados", dijo el experto británico. El resultado de toda esa información en la mente de los testigos es que cada uno ve la fiesta según le va. Imaginemos qué puede ocurrir tratándose de un presunto fenómeno extrañísimo, que causa una enorme impresión o temor, y del que luego suele ser habitual que los medios de comunicación den cuenta con una dosis de creatividad informativa añadida.

Este es uno de los grandes engaños de la ufología: un engaño sistemático de décadas, cultivado y recolectado en libros sensacionalistas, manipuladores y dirigidos únicamente a un público manso, que consume esta literatura con el único interés de fortalecer una fe previa en los misterios del más allá.

Los criterios que suele manejar el aficionado y el creyente están tomados directamente del mundo de la experiencia cotidiana. La experiencia personal se halla totalmente sobrevalorada: "lo he visto con mis propios ojos", se dice a menudo. Pero ya sabemos que la vista engaña a menudo. "A mí me pasó": pero no hay versiones coincidentes, ni siquiera tratándose de hechos triviales. Otros, en fin, se fían de cualquier fuente: nada hay más dudoso, debido a los intereses particulares.

Los testigos son el débil hilo que une a los hipotéticos fenómenos extraños en general, y también a los ovnis y a los extraterres-tres, con la comprobación de su existencia por parte de los expertos. Ese hilo es

tan flojo que la mayoría de las ocasiones se rompe, y nos quedamos con algo normal que ha sido malinterpretado, con una confusión, con una afirmación apresurada. ¿Acaso has visto que una comisión internacional de científicos haya examinado directamente un ovni o a un extraterrestre? En ese caso no sería necesario que alguien nos lo contara de palabra o por escrito: daríamos sin duda mucho mayor crédito a las investigaciones públicas de un grupo de expertos.

Es muy fácil realizar un experimento de transmisión de información a través de varias fuentes. Uno de los más sencillos necesita de la participación de ocho o nueve personas. Una novena o décima lee una historia en privado a la primera de ellas, y ésta tiene que contársela a la segunda, y así sucesivamente. La versión que llega a la última suele parecerse al cuento escrito lo que un huevo a una castaña. Así que, Arturo, esas versiones de pretendidos acontecimientos asombrosos que nos transmite la prensa especializada o los medios audiovisuales no merecen la más mínima confianza.

Es muy fácil realizar otro modesto experimento relacionado directamente con las percepciones visuales. Consiste en llevar a un grupo de personas de cualquier edad a una zona aislada una noche que sepamos que se va a producir una lluvia de estrellas (una lluvia periódica anual, como las Leónidas en noviembre), pero sin decírselo. ¿Por qué no lo intentas? Vale la pena estudiar las reacciones de los asistentes y las explicaciones que dan a las observaciones. El mismo experimento se puede realizar una noche en que sepamos que Venus va a ser visible con gran brillo (en torno a -5, por ejemplo) desde cierto lugar y a partir de determinado momento fingir que has descubierto una luz extraña, que hace movimientos inverosímiles y cambia de color, etc. Si alguien te lleva la contraria y sabe que se trata de Venus, tú sigue insistiendo. Verás cómo convences a muchos y ven lo que no están viendo. Este experimento se puede realizar sin preparativos, sobre la marcha, durante una alerta ovni, ¡Imagínate los resultados que se pueden obtener! Sería como recoger setas en el bosque después de unos días de lluvia. ¡Auténtica *investigación de campo!*

¿Dónde queda el supuesto fenómeno ovni tras comprobar que todas las observaciones son explicables, aunque el éxito final no con todas se logre? No resulta muy bien parado. No tenemos un fenómeno ahí, a nuestra disposición, para analizarlo científicamente. No podemos ir en su busca, localizarlo y controlarlo para su estudio. Sólo disponemos de relatos, y ya hemos visto el valor relativo del relato testimonial -en este caso, prácticamente nulo- no sólo como prueba policial o judicial sino como prueba científica.

Los periodistas especializados en el misterio exageran el valor del testimonio, puesto que sólo disponen de colecciones de historias y

rumores para justificar su actividad y defender la realidad del fenómeno, tras el que corren como si fueran los Indiana Jones de los arcanos celestes. El testigo es el eje en torno al cual gira esta noria de los misterios: él es la fuente inagotable de la que mana lo oculto, que se ha dejado vislumbrar por unos instantes.

Pero, al margen de los testimonios, ¿cuántas pruebas y demostraciones has tenido oportunidad de leer o ver en televisión relacionadas con los supuestos seres del espacio y su presencia en la Tierra? Una creencia mantenida sin pruebas al alcance de cualquier persona que desee analizarlas en todo momento carece de base, aunque se arrope con palabras propias del procedimiento práctico de la ciencia. En este momento de la discusión con un imaginario aficionado a los misterios espaciales llegamos a un callejón sin salida, porque es prácticamente imposible que el creyente reconsidere su postura.

Como ya te he dicho, Arturo, la urología se basa en una fuente a la que sólo podemos otorgar una confianza limitada, siendo generosos: los testigos. Los numerosos fraudes descubiertos, además de la equivocaciones y malas interpretaciones (de las que no se libra nadie), nos deben llevar a ser extremadamente desconfiados cuanto más sorprendente o extraño sea el relato que se nos trasmite. Los niños, a los que a veces se tiene por incapaces de urdir historias fantasiosas, han sido protagonistas de algunos divertidos episodios de "visitas" alienígenas a la Tierra. Son casos de lo que en la jerga ufológica se llama *encuentros cercanos,* que, como ya señalé más arriba, son objetos o fenómenos de los que, según asegura el testigo, se encontraban en un radio aproximado de unos 150 metros y a escasa altura sobre el terreno, o incluso posado en él.

El 11 de abril de 1978, tres niños del barrio de Tamaraceite, en Las Palmas de Gran Canaria, contaron a la prensa que habían visto un objeto de forma alargada. Como un puro. Despedía una luz incandescente y hacía un ruido muy fuerte. Según uno de los chicos, tenía unas inscripciones en el fuselaje. Al despegar el objeto, pudieron ver una mano gigantesca, como de un metro y medio, que mostraba en la palma las mismas inscripciones que la nave. Al parecer, habían quedado huellas en el lugar.

Después de varias gestiones, en 1994 hablé telefónicamente con uno de los protagonistas, que confesó que todo había sido una invención para gastarle una broma a un profesor del colegio en el que estudiaban los tres, que, al parecer, "veía ovnis todos los días". Lo más curioso es que la prensa dedicó varias páginas al suceso y que en ningún momento se dudó de la palabra de los niños. "Asombrosa aparición en Tamaraceite, a pleno día, de un misterioso objeto volador", decía un titular periodístico. Los chicos, muy metidos en su

papel, comentaban: "No importa que no nos crean, nosotros lo vimos…" ¡Ah, Ovnilandia!

En la ciudad rusa de Voronezh aterrizaron unos extraños personajes el 29 de septiembre de 1989. Los testigos fueron un grupo de niños que aseguraron que un objeto esférico de color rojo descendió en el parque donde estaban jugando. Tres seres gigantescos, así como una especie de robot, bajaron por una escalerilla. Los seres tenían tres ojos y una cabeza muy pequeña en comparación con su altura. Uno de ellos disparó una pistola de rayos contra un niño y éste desapareció unos instantes. Luego el objeto despegó, tomando seguramente alguna autopista galáctica… En la zona se hallaron huellas producidas por el objeto y una piedra de color rojo de extraña composición.

Como en Gran Canaria once años antes, los chicos lo inventaron todo, influenciados posiblemente por otras historias similares que se habían divulgado meses atrás en Rusia. Luego aparecieron algunos ufólogos que descubrieron niveles de radiación elevados… No hubo, lógicamente, ningún otro testigo, ni prueba alguna que llevarse a la boca (la pared con la que tropiezan una y otra vez los paranormalistas y ufólogos disfrazados de exploradores). Todo se debió a un cuento infantil y a la exagerada repercusión de la historia en Occidente, pues parecía el reconocimiento oficial de las visitas de alienígenas por parte de la dictadura soviética, un síntoma inicial de aperturismo.

La lógica en el país de los platillos

A menudo nos encontramos con una declaración de fe ante las objeciones escépticas: cuando éstas son demasiado potentes, o llegan hasta las raíces de la creencia, existe la posibilidad de hacer un acto de afirmación total. De esta forma, la discusión salta de lo racional a lo emotivo e irracional, desaparecen las argumentaciones -si puede recibir tal nombre un deficiente encadenamiento de preferencias particulares- y surgen los mandamientos fundamentales de la ley ufológica, que son todos aquellos elementos sin los cuales el mito de los platillos volantes se disuelve. Te mostraré un ejemplo muy significativo.

Al buen creyente le repugna el razonamiento que hace uso de las probabilidades (de visita de alienígenas a nuestro planeta). El buen devoto, que piensa que existen "pruebas" evidentísimas del misterio, no puede andarse con probabilidades: él cree, y cree al 100%. Sería divertido ver a un líder religioso hablando de probabilidades para referirse a la existencia de un dios. Por eso, el creyente intenta reducir la crítica a negaciones absolutas, a "la negación por la negación", o a la "cerrazón mental". En realidad, no puede dar paso a las dudas en su propia cabeza, no tolera que algo en lo que ha creído tal vez desde su adolescencia sea una cuestión de probabilidades y de que éstas sean

tan escasas que resulte irracional seguir creyendo en ellas.

Hace algunos meses discutí en Internet con un creyente en el extraño cuento de Roswell. Empeñado en que hay motivos suficientes para sospechar que hubo algo raro, lo más razonable para él era pensar que intervinieron los extraterrestres y que hubo una ocultación por parte de las Fuerzas Aéreas norteamericanas. En la conversación, el partidario de Roswell exigió que le demostrara que lo de Roswell fue falso. El mundo al revés. No se puede demostrar la inexistencia de algo. Por ejemplo, no se puede demostrar la no existencia de los unicornios. Son los que creen en los unicornios, en el triángulo de las Bermudas o en las capacidades extraordinarias de la mente quienes están obligados a probar su existencia. Todo ello al margen de que la historia del platillo de Nuevo México no se sostenga, según han comprobado investigadores como Philip Klass y Kal Korff.

Lo peor de todo esto no es que se crea en el cómic de Roswell -como si quieren creer en las hadas de Cottingley o en las "caras" de Marte-, lo peor es esa sensación de repugnancia que el creyente siente ante el escepticismo. Esa repugnancia por la racionalidad es lo que mueve en gran medida todo el mercado de los misterios: el deseo de consumir lo que -a poco que se escarbe en la superficie de la historia- no son sino absurdos embutidos en el mundo real, historietas como las que publicaban las revistillas de kiosko en los años 20 y 30 del siglo XX, con sus extraterrestres y sus naves, cuando aún no existía el mito de los ovnis. La duda ni se plantea. Para mi oponente está demostrado que en Roswell se estrelló una nave interplanetaria. Algo que habría dividido la historia de la humanidad en dos.

La siguiente conclusión de mi antagonista fue que yo había pretendido demostrar la inexistencia de los extraterrestres, supongo que por extensión de lo dicho sobre Roswell. Esta es una falacia que se llama falsa atribución u "hombre de paja": consiste en acusar al contrario de cosas que él jamás ha dicho, para ver si cuelan y dejarle en mal lugar. La inexistencia de los extraterrestres no se puede demostrar, y jamás me pondría a ello. Mi opinión es que, para quienes creen que estas cosas son reales, el mundo es mucho más sencillo de lo que es en realidad. Es decir, ese tremendo secreto podríamos verlo como un elemento típico del mundo retratado en una película para un público poco exigente o en una serie de dibujos animados.

Cari Sagan recomienda en *El mundo y sus demonios* una serie de herramientas críticas que te pueden ayudar a enfrentarte a todo tipo de afirmaciones extrañas o paranormales. Como cabe imaginar, también son válidas para la urología en general, en particular a la hora de buscar explicación para un testimonio extraño sobre fenómenos misteriosos etiquetados como ovnis.

El astrofísico, divulgador científico y escéptico escribió en ese libro

lo siguiente respecto a las abducciones (observación válida para todo el mito de la ocultación):

El ministerio de Defensa, como los ministerios similares de todas las naciones, prosperan con enemigos, reales o imaginarios. No tiene ningún sentido pensar que la existencia de un adversario como éste [los extraterrestres que realizan abducciones] sea ocultada por la organización que más se beneficiaría de su presencia.

El secreto oficial se desmorona

Estas trampas son el pan de cada día de la literatura ocultista, propensa a descubrir misterios en cualquier tontería que el avispado de turno vende gustoso como "enigma científico" o conspiración en la que está implicada la CÍA o el club de bolos de Minglanilla. La ocultación es sencilla de detectar, no hay necesidad de demostrarla, se vende bien y se puede ir modificando a medida que se piden explicaciones o demostraciones y sólo se tienen palabras al viento, lo habitual en el investigador conspiracionista. Los ovnis no se entenderían sin la idea de conspiración. Ya te comenté las perlas de Donald Keyhoe: una de ellas hace referencia a la ocultación del gran secreto. Gobiernos, militares, ovnis, investigaciones y documentos *top secret,* parece el guión de una película, pero en España vivimos un auténtico culebrón en la pasada década.

Las conspiraciones ufológicas, existentes sólo en la mente de ciertos publicistas, cuentan con unos ejecutores, una especie de leyenda dentro de la gran leyenda: los hombres de negro. Aparecen en 1954 en un libro del ufólogo Albert Bender, donde cuenta la historia de unos misteriosos sujetos vestidos de ese color que le sugirieron que no divulgara lo que sabía sobre los ovnis. A veces uno se pregunta por el coeficiente intelectual medio de buena parte de los urólogos, ya que jamás se les ocurrió guardar en secreto esas pruebas hasta hacerlas públicas repentinamente, sin mediar aviso previo en los medios. Claro, así los misteriosos *men in black* iban a tiro hecho… Se lo merecían esos *platillistas,* por no saber guardar su propio secreto.

El Ejército del Aire español mantuvo cierto interés por estas historias desde los años 60. En cierto modo, era su obligación, ya que la prensa se hacía eco con frecuencia de observaciones que tenían lugar en el espacio aéreo nacional, y era posible que algunas tuvieran su origen en aeronaves extranjeras que invadían nuestro territorio. Este fue también el motivo fundamental por el cual el gobierno norteamericano impulsó proyectos de investigación oficial como los Sign, Grudge, Blue Book o el informe Condón, desarrollado por la Universidad de Colorado en 1966. Como era de esperar, no encontraron prueba alguna de lo que los ufólogos querían que hallaran: que los extraterrestres nos vigilan.

En España no hubo nunca una auténtica investigación metódica a

lo largo de las décadas. Se nombraban informadores que entrevistaban a los testigos, se almacenaba la información, y poco más.

Realmente, al Ejército del Aire español no le interesó nunca el "fenómeno ovni", ni lo mantuvo en secreto por alguna de las razones esgrimidas por los ufólogos sensacionalistas. Esas fantasiosas elucubraciones forman parte del propio mito de los ovnis, como ya he señalado. También hay que tener en cuenta la mala experiencia del Ejército con el novelista J. J. Benítez, al que le entregaron una selección de los archivos sobre ovnis en 1976 y, ni corto ni perezoso, corrió a publicarlos en forma de libro. Esto molestó mucho a los militares, que a partir de entonces cerraron cualquier posibilidad de comunicación con investigadores civiles interesados en acceder a esos archivos.

V. J. Ballester Olmos y J. Plana fueron los artífices del proceso aperturista de desclasificación, tras realizar una incómoda tarea de convencer a las autoridades responsables. Así, en 1992 el archivo sobre ovnis fue trasladado al Mando Operativo Aéreo, en la base aérea de Torrejón de Ardoz (Madrid), para poner a disposición pública los informes que obraban en poder del Ejército. El secreto de los secretos se venía abajo ante la mirada de creyentes, escépticos y correcaminos de los platillos volantes. Unos aplaudían mientras otros se arrancaban mechones de cabello al contemplar su castillo de naipes desmoronado por la primera brisa crítica.

Pero los cultivadores del misterio no podían permitir que tal iniciativa se desarrollase armoniosamente, y lanzaron desde sus inicios una campaña de desprestigio -concretada en múltiples calumnias y acusaciones de que se estaba censurando y manipulando la información antes de ser entregada- contra el proceso de desclasificación, sus responsables militares y los investigadores civiles implicados. Veamos brevemente tres ejemplos de esta patraña sensacionalista.

•El primero hace referencia a una observación que ya recordamos al hablar de las confusiones con Venus: la del 25 de febrero de 1969, cuando un avión comercial confundió este planeta con un ovni cuando volaba desde Palma de Mallorca a Madrid. En el expediente desclasificado en mayo de 1993 falta, según el novelista J. J. Benítez, parte de las informaciones relativas a este suceso que le había entregado en 1976 el Estado Mayor del Aire. Si lo normal es pensar que esa parte de la información no se había desclasificado por alguna causa explicable, los profesionales del escándalo lanzaron el infundio de que se trataba de una prueba de "manipulación". La solución al misterio surgió cuando V. J. Ballester Olmos informó de la citada falta al teniente coronel Enrique Rocamora, responsable directo del análisis de los casos previo a la desclasificación. Buscó la información y la

halló. Estaba traspapelada debido a que tiempo atrás se había archivado mal. El motivo de que existieran dos informes del mis-nao caso es que el primero fue firmado por el teniente coronel Antonio Calvo el 17 de marzo como oficial informador, mientras que el segundo, del mismo autor pero ya como juez instructor, fue fechado el 3 de abril. Ambas declaraciones de los pilotos son idénticas. Este segundo informe fue desclasificado en marzo de 1994. La ocultación no estaba más que en la imaginación de algunos.

•El 2 de enero de 1975, un objeto no identificado sobrevoló a baja altura el polígono de tiro de las Bardenas Reales (Navarra) siendo contemplado por diversos soldados y suboficiales. Desde la desclasificación del informe oficial en julio de 1994, diversos autores sensacionalistas acusaron públicamente al Mando Operativo Aéreo de manipular el documento 0023 del citado expediente, un escrito firmado el 11 de enero de 1975 por el entonces teniente general Carlos Franco, jefe de la Tercera Región Aérea, en el que éste daba su interpretación personal del caso, aclarando los hechos, aunque de forma errónea.

Las principales críticas al documento se centraron en la tipografía de su redacción. Articulistas como Javier Sierra, el perseguidor oficial de platillos volantes Juan José Benítez, Bruno Car-deñosa e Iker Jiménez -conocidos divulgadores de patrañas conspirativas o de toscos fraudes como las caras de Bélmez- aseguraron que el citado documento estaba amañado, al haber sido escrito en una moderna impresora láser o de chorro de tinta. De esta forma, el documento 0023 sería un texto ajeno al expediente original y confeccionado recientemente con un ordenador, tal y como indicaban peritajes del texto no identificados. Si así fuera, ¿por qué se incluyó este documento en el informe desclasificado?, se preguntaban los periodistas del misterio, refractarios a cualquier explicación lógica de hechos supuestamente anómalos. Según otros "expertos" informáticos consultados, en enero de 1975 no existía este tipo de máquinas en España, por lo que acusaron seguidamente al Ejército del Aire de falsificar el informe oficial.

¡Cuánta chapuza informativa y mala intención juntas, según se reveló enseguida!

Ante tales aseveraciones, Joan Plana procedió a consultar en diversas empresas especializadas en ofimática la cuestión del documento 0023. Las respuestas fueron unánimes y coincidentes: a) las máquinas de escribir eléctricas aparecieron en el mercado comercial español en los primeros años 70, por lo que en enero de **1975** su uso era ya frecuente; y b) casi con toda seguridad, el documento 0023 había sido redactado con una máquina eléctrica.

Plana solicitó explicaciones a la Tercera Región Aérea, con sede en

Zaragoza, sobre si había forma de confirmar hoy en día la existencia y uso en enero de 1975 en dicha jefatura de máquinas de escribir eléctricas con las que se hubiera podido redactar el controvertido documento 0023.

La confirmación llegó el 26 de noviembre de 1996, firmada por Eugenio Veiga Pita, general jefe del Mando Aéreo de Levante y de la Tercera Región Aérea., Quedaba así demostrado el móvil calumnioso de los articulistas *conspiranoicos.*

•Citaré, por último, las palabras del coronel Antonio Munaiz Ferro-Sastre, entrevistador de la Zona Aérea de Canarias para incidentes ufológicos en los años 70, con quien tuve la oportunidad de conversar en mayo de 1997 en Las Palmas de Gran Canaria. Algunos medios comerciales habían puesto en su boca afirmaciones que era importante contrastar. Entre ellas, las aparecidas en la revista *Más Allá* en 1995, cuando el coronel había declarado a un columnista de esta publicación, Manuel Carballal, que "saben más de lo que dicen", en alusión directa al proceso de desclasificación. Su reacción fue tajante: "Eso no lo he dicho yo". Se daba a entender que el Ejército del Aire estaba intentando ocultar pruebas importantes sobre los ovnis. Y repitió: "Eso no lo he dicho yo, ni lo creo". Lógicamente, hay más información de lo que ha desclasificado el MOA: nombres de testigos y planos de instalaciones aéreas, por ejemplo, que por razones obvias no pueden ser de dominio público. Una posterior información de otra revista del ramo del misterio, *Año Cero,* afirmaba sobre el coronel Munaiz en su número de mayo de ese ano:

Mostró cinismo y desconfianza respecto a la transparencia de la desclasificación, e incluso se permitió duras críticas contra los ufólogos españoles que han colaborado con el Ejército en la polémica desclasificación ovni.

A lo que me comentó: "Es que meten unas cosas… ¡Cómo voy a decir yo, coronel del Ejército del Aire… me voy a meter con el MOA! ¡Por Dios!" Entre gestos de indignación, el coronel Munaiz negó haber realizado tales afirmaciones. Pura invención, como comprobé de primera mano.

Toda esta literatura barata repleta de pasmosas investigaciones es pura pseudociencia y un fraude cultural, pero la cosa no queda ahí. Este cuerpo de creencias llega a manifestar rasgos de tipo paranoico. Ya los he citado: los científicos "oficiales" y los escépticos son los malos de la película; y los caballeros andantes de los temas misteriosos, los luchadores en pro de la "verdad silenciada". Esto da forma a un mundo idealizado, donde las cosas suceden por motivos muy claros y donde las etiquetas están bien asignadas, como en un cuento infantil. Como la realidad no me gusta, me fabrico otra, o adopto la que otros han construido.

A pesar de todo esto, no dejará de sorprenderme la facilidad con que la prensa ufológica española se dedicó durante más de un lustro a verter infundios contra la desclasificación. ¿Pensaban que nadie se tomaría la molestia de poner en claro esas afirmaciones? Es posible que, en buena medida, jueguen sobre seguro: la ignorancia y candidez del aficionado a los misterios es tal que saben que jamás se tomará la molestia de confirmar las versiones *misteriófilas,* y que éstas serán aceptadas como si procedieran de un oráculo. Así se comprende que aseguren que los enigmas no deben dejar de serlo porque equivaldría a romper la magia, una de esas perlas para intelectos defectuosos con que nos regalan de vez en cuando. Este libro, y toda la labor de los críticos escépticos, tiene como objetivo general denunciar ese extravío de la auténtica curiosidad natural humana.

El producto final de la desclasificación fueron 83 expedientes que contienen 122 episodios ufológicos, repartidos en unas 1.900 páginas. A ello hay que sumar una gran campaña de difamación, sensacionalismo mediático, resentimiento ante la caída del mito de la ocultación oficial y censura ejercida contra todo aquél que pusiese en cuestión la versión difundida por los medios irracionalistas dedicados a la materia.

Cuentos de la vieja majadera

En Ovnilandia los hechos se transforman, se convierten en tremendos misterios, en apariciones increíbles… hasta que aparece por el lugar un crítico que, curiosamente, recoge otra versión totalmente distinta de la divulgada por los reporteros al uso. En ocasiones, esta operación de maquillaje y embellecimiento tiene lugar incluso después de que los investigadores racionales descubrieran la explicación evidente y sencilla de la observación, con lo que se demuestra que se oculta y censura premeditadamente información pertinente a los interesados, que jamás van a preocuparse de contrastar la información por su cuenta.

Te pondré un ejemplo de ello, elegido casi al azar. Digo *casi* porque aproveché la visita a nuestra localidad de un conocido divulgador científico para entrevistarme con él y hacerme con su versión de los hechos.

El suceso quedó recogido en una historia de los ovnis en España publicada la pasada década por la revista esotérica *Enigmas* bajo la batuta de Iker Jiménez y Lorenzo Fernández. "Cegado por una luz misteriosa", fue el título dado al resumen de lo ocurrido el 28 de agosto de 1968 en la localidad soriana de Ucero. Según se nos cuenta en el resumen perpetrado por los dos autores citados *{Enigmas,* julio de 1997), el testigo, un guardia civil retirado, se encontraba merendando tras realizar las faenas del campo, momento en que unos destellos le hicieron mirar hacia un foco rojo que se desplazaba de un

lado a otro iluminando el terreno. Los reporteros afirman que era semejante a dos platos unidos en posición vertical, con una luz en su parte superior que emitía haces. El ovni giró y lanzó un chorro de luz hacia el testigo, que notó un picor y calor. De su parte superior salían numerosos chispazos que caían a tierra. Luego vio tres bultos oscuros al lado del objeto, que el testigo interpretó como seres muy pequeños y deformes. Más tarde entraron en la nave y ésta se elevó en silencio hasta desaparecer. Muchos vecinos de Ucero relacionaron el extraño suceso con los apagones eléctricos que afectaron a la localidad en ese momento.

Lo único cierto de toda esta historia es la última frase: un apagón eléctrico se produjo en el mismo momento… Espera, ahora toma la palabra mi informante.

Félix Ares de Blas es el director del Kutxaespacio o Museo de la Ciencia de San Sebastián, y presidente también de ARP-Sociedad para el Avance del Pensamiento Crítico (www.escepticos.org), la asociación escéptica española más veterana. En los años 60 y 70 del pasado siglo realizó numerosas investigaciones de casos urológicos, incluida una sobre el caso que nos ocupa en este momento. En abril de 2005 impartió varias conferencias en La Laguna, invitado por el Curso Interdisciplinar sobre ciencia y pseudociencias de la Universidad lagunera (http://webpages.ull.es/users/esceptic). Dio la casualidad (¿o fue causalidad?) de que en su charla recordó este antiguo caso soriano.

La noticia había aparecido publicada en *ABC,* y en ella podía leerse que de una nave que había aterrizado habían descendido tres humanoides. A los pocos días se presentó en el pueblo Ares de Blas en compañía de dos colegas, David López y Carmen Tamayo, y al poco de llegar se encontraron con una madre y su niño, quienes, al parecer, también habían presenciado lo ocurrido. Resultó que ellos sólo habían visto un resplandor detrás de una montaña. Fueron al bar y les dieron las señas del testigo principal, al que encontraron comiendo un bocadillo. Les dijo que había visto un resplandor y algo muy brillante que caía como caen las hojas, y luego una especie de ventanita y tres humanoides. Al preguntarle por la distancia a la que se encontraba el objeto, indicó que estaba más o menos donde podían verse una serie de postes de la luz, a unos 300 o 400 metros.

Continuaron la conversación en casa de este hombre, que tenía entre sus libros varios dedicados a los ovnis, y numerosas revistas, como *Algo,* que trataban estos temas. La siguiente pregunta de los investigadores sirvió para que la historia de la nave y los humanoides contada por la prensa y de la que se hicieron eco los informadores citados más arriba comenzara a hacer agua: si tan brillante era el objeto que le cegaba los ojos, ¿cómo pudo ver una ventana? "Bueno, a

lo mejor es que no vi una ventana", fue la curiosa respuesta. ¿Y los tres humanoides?: "A lo mejor fueron las patas de aterrizaje…" El caso se derrumbaba al mismo tiempo que el testigo, entrando en faena, se dedicaba a explicar que sabía que había tres tipos de platillos volantes, los de tipo 1 y 2, las "naves nodriza", etc. En suma: un consumidor de literatura barata ufológica.

Al día siguiente, Ares y sus acompañantes se acercaron hasta los postes de la luz indicados por el testigo. Descubrieron que uno de los cables, de media tensión, estaba totalmente quemado y había producido la típica mancha negra. Lo demás fue sencillo: bastó una consulta a Iberduero, la empresa que suministraba la corriente eléctrica en la zona, para que confirmaran si en el día y hora indicados por el testigo hubo un apagón importante que afectó a todos los pueblos de la comarca debido a una sobrecarga en la confluencia de dos líneas de tendido (con anterioridad, los técnicos habían quitado una tercera). El 28 de agosto llovió en la zona, de tal forma que se produjo un fuerte chispazo, que no fue otra cosa que el fogonazo visto por la mujer y el testigo. ¿A qué se refería con el movimiento de hojas caídas? Muy probablemente, el enorme chispazo quemó la madera del poste haciendo saltar astillas incandescentes.

¿Dos platos unidos en vertical? ¿Un foco rojo que se desplazaba de un lado a otro? ¿Otra luz en su parte superior que emitía haces de luz? ¿El ovni giró y emitió un chorro de luz? ¿Tres bultos oscuros, en realidad unos seres muy pequeños y deformes, que luego entraron en la nave, que se elevó en silencio hasta desaparecer? Aquí puedes ver, Arturo, cómo un chispazo eléctrico y el consiguiente apagón se convirtieron en la visita a la Tierra de tres ex-traterrestres a bordo de su nave… ¿En cuántas ocasiones, tras relatos de apariciones misteriosas, no habrá más que hechos tan triviales como éste? Y de la credibilidad de los informadores Jiménez y Fernández, ¿qué podemos pensar?

Se podría escribir un grueso volumen con todas las historias de ovnis en España retocadas y adornadas, cosa muy necesaria y conveniente, realizada en parte gracias a unos pocos investigadores racionales. Pero, en su mayoría estas críticas se hallan dispersas. Un excelente ejemplo es el ensayo del estudioso catalán Joan Plana, centrado en las tergiversaciones y amaños perpetrados con los informes en los que hubo algún tipo de implicación del Ejército y de los cuerpos de seguridad de nuestro país. Es accesible en la siguiente dirección: www.anomalia.org/plana.pdf. Me gustaría que todos los que hayan llegado hasta aquí anotaran esta tarea en su "agenda de trabajo urológico". Quien la tenga, claro.

Entrevista con… ET

Seguramente habrás oído disparatadas historias de *contactados,* esa

especie de gurús espaciales que aseguran haber mantenido contactos con criaturas angelicales de otros planetas. No me pidas pruebas de esos contactos, ni a ellos tampoco. No existen. Al margen de la profunda irracionalidad que conllevan, estas historias son interesantes porque ponen de manifiesto el elemento religioso que no tardó en aparecer en toda esta locura de los platillos volantes.

Nos hallamos ante una de las facetas más importantes del mito de los ovnis. La creencia ferviente se percibe tanto en el joven aficionado que argumenta que las pruebas de la presencia de extraterrestres en la Tierra son evidentes, como en quien asegura haber viajado a otros planetas para entrevistarse con el Consejo de Ancianos de la galaxia. El mito de los ovnis reconforta, ofrece un sentido a la vida de sus creyentes, toda vez que las religiones tradicionales aparecen como un conjunto monolítico con poco espacio para las imaginaciones personales de los devotos. Los contactados nos hablan del destino cósmico de nuestra especie, que compartimos con seres inteligentes originarios de otras galaxias.

Muchos estudiosos argumentan que tras la manía de los ovnis se esconde una creencia religiosa. Los contactados, individuos que aseguran haberse relacionado con seres extraterrestres o de "otros planos" -expresión usada por multitud de ocultistas y espiritistas para referirse a otras realidades, como una especie de envés de la hoja en cuyo haz vivimos; en realidad, se trata del "más allá" de las religiones tradicionales adornado y actualizado con terminología científica del siglo XIX-, se convierten en profetas de la verdad que les han transmitido los seres evolucionados de las estrellas. Muchas personas creen en ellos a pies juntillas, y jamás dudan, nunca llegan a pensar que todo pueda ser una jugarreta de unos aprovechados con el fin de hacer dinero, sentirse especiales y vivir del cuento.

En numerosas ocasiones se han producido episodios de sectarismo destructivo. Se trata de comportamientos delictivos en los que una persona llega a tener tal dependencia de alguno de esos sinvergüenzas que es incapaz de hacer frente a un trato vejatorio, ve al líder como a un ser divino infalible al que no se puede replicar en nada, abandona su familia, entrega todas sus posesiones al citado individuo o a la secta, y su vida entera gira alrededor de ella. Esa persona se ha convertido en un simple satélite que órbita en torno a una falsa estrella: ha perdido toda su capacidad de hacer preguntas, de oponerse a lo injusto, de pensar en sí mismo, y el deseo de conocer el mundo da paso a unas pocas *verdades,* cómodas, fáciles e inamovibles. Deja de ser persona y se convierte en esclavo.

La ciencia contemporánea nos informa con un detalle jamás alcanzado de la estructura del universo, nuestro planeta y nosotros mismos. En este gigantesco escenario racional no hay lugar para los

dioses -por innecesarios- ni para sentido final alguno. No hay ninguna flecha que nos indique el camino, excepto el codificado en nuestras moléculas de ADN. Esto causa angustia a muchas personas, que necesitan un pulgar que chupar, una falda a la que agarrarse, como decía Isaac Asimov. Así nacen los seres que nos tutelan, nos vigilan, nos reconfortan y nos dicen que, después de cursar el bachillerato en la Tierra, pasaremos a los estudios universitarios en otras partes del orbe.

¿Cuánto hay de imaginación infantil en todo esto y cuánto de racionalidad basada en información contrastada? Cada uno puede creer en lo que considere oportuno, pero no debe ofenderse si en la plaza pública se le piden pruebas de sus afirmaciones, más aún cuando éstas no se refieren a sus gustos personales sobre música o gastronomía, sino a unos seres radicalmente distintos de nosotros que o bien nos han creado o bien forman parte de un orden superior del que nos vienen a poner al corriente. ¿Creeríamos al primer vendedor que pretende convencernos de que debemos adquirir un automóvil que funciona con agua en lugar de gasolina? ¿Nos tragaríamos la historia de unas caras misteriosas que aparecen de la nada en las paredes de una casa de Jaén, cuando pueden ser reproducidas de manera idéntica con agua, aceite y diversos tintes?

La credulidad de los seres humanos es penosa, aunque sea comprensible, pues proporciona una sensación de seguridad, de conexión, de orientación en el mar sin costas de nuestra realidad personal, que termina naufragando sin remedio. Lo peor es que existe un mercado en el que una gran variedad de vividores, novelistas y pseudoinvestigadores se dedica a explotar esta situación lamentable. Son como las mafias que se aprovechan de los inmigrantes transportados en pateras durante muchas millas. Todos ellos parasitan y vampirizan a quienes sienten permanentemente que su vida es un naufragio constante. Prometen paraísos.

Los extraterrestres son hijos nuestros, fabricados a nuestra imagen y semejanza. Se hallan en todas partes y en todo momento. Pero, a pesar de ello, nos aconsejan, como hijos ya mayores y experimentados, pues nacieron no sólo con un pan bajo el brazo sino con una sabiduría cósmica que supera a la nuestra. Por eso son un mito.

Los contactados extendieron rápidamente sus extravagantes ideas y ganaron adeptos en todo el mundo. Uno de los más conocidos fue George Adamski, interesado, como tantos otros, en las doctrinas ocultistas del siglo XIX, a las que dieron una mano de pintura consistente en una jerga cientifista copiada de los términos que acuñaron los avances científicos genuinos -a años luz de toda esa farándula irracionalista- y extendida con éxito a la cultura popular. Palabras y expresiones como energía, cuántico, vibración y revolución

científica son habituales en los grupos contactistas y en todo el abanico de creencias y prácticas pseudocientíficas, pero, como te podrás imaginar, carecen del rigor original y no son más que pequeños trajes de seda con los que intenta vestirse la mona ocultista, aprovechando el prestigio social que tuvo la ciencia en el siglo XX y que aún conserva en buena medida.

El bueno de Adamski (aquí tenemos al hombre, esperando a e acabara este rodeo) se destapó un día asegurando que un sujeto procedente de Venus le había dicho, en noviembre de 1952 y en el desierto de California, que la energía nuclear es una cosa muy peligrosa y que corríamos el riesgo de que su raza se viera obligada a poner orden en el desbarajuste terráqueo. La escena parece calcada del argumento de una película estrenada el año anterior, *Ultimátum a la Tierra,* de Robert Wise, en la que un señor del espacio y su robot nos amonestan por el mismo motivo.

De los contactados se puede decir lo que el estudioso escéptico Héctor Chavarría afirma en una entrevista (http://patillasdeasi-mov.blogspot.com) acerca de los investigadores ufológicos empeñados en descubrir la presencia de extraterrestres en nuestro planeta y en establecer clasificaciones sobre sus tipos, altura, vestimenta y comportamiento:

La ciencia ficción -sin quererlo- nutrió a los supuestos investigadores. Ya que, por lo general, no tienen ni el más mínimo asomo de pensamiento científico. Pero si uno se fija, ocurre que difícilmente un contactado va a contar una historia de extraterrestres interviniendo en la historia humana parecida a *2001, una odisea del espacio* porque no es algo popular, no es lo que la gente común y corriente lee, la novela les parece muy dura, no la entienden, por ello se van a lo burdo. Por eso yo siempre digo que las versiones ET en ufología tienen por lo menos veinte años o más de antigüedad, y siempre son las cosas más burdas.

Luego vinieron otros muchos: los grupos Rama, la Aetherius Society, Nonsiamosoli, el periodista Claude Vorilhon, más conocido por Raël, que se pega la vidorra rodeado de atractivas mujeres mientras pretende construir una embajada en Israel para recibir a los Elohim bíblicos, en realidad inteligentes y vivarachos extraterrestres… Todos parecen competir por un grado creciente de extravagancia y esperpento. Han anunciado el fin del mundo en repetidas ocasiones. Dinero, lavado de cerebro, absoluta depen- dencia de los líderes y religiosidad espacial ocultista son el norte de estas agrupaciones. El último y criminal ejemplo de esas sectas es el de Heaven's Gate, liderada por un veterano contactado llamado Marshall Appelwhite. En 1997, 39 adeptos de su culto se suicidaron porque tenían que liberarse de sus envolturas corporales mientras esperaban la llegada de los

extraterrestres, que viajaban ocultos en la cola del cometa Hale-Bopp.

Bromas útiles

Dentro de los llamados "misterios de la ciencia", uno de los campos más propicios para las bromas y los fraudes es el de la ufolo-gía, aunque unos quedan olvidados rápidamente y no tienen trascendencia social, ni siquiera en el mundillo ufológico, mientras otros causan terremotos en esta zona de arenas movedizas. Veamos algunos.

Tal vez parezca poco apropiado que utilice como ejemplo de tomadura de pelo un suceso ocurrido en 1938, cuando no se había desatado la moda de los platillos volantes. Pero la conocida emisión radiofónica de Orson Welles demuestra que, en la mentalidad de los norteamericanos de aquel año, la existencia de extraterrestres era una posibilidad real, una creencia latente. En caso contrario, nadie habría prestado atención a la increíble ocurrencia de ese portentoso narrador cinematográfico. La intención de Welles no era gastar una broma a los ufólogos -no los había entonces- sino revitalizar un programa radiofónico falto de audiencia.

Como es sabido, la idea de hacer venir a unos malvados marcianos a la Tierra fue de Herbert George Wells, quien en 1898 había publicado en Londres *La guerra de los mundos.* Esta novela utiliza la destructiva llegada de los habitantes del planeta rojo para criticar el colonialismo de las potencias occidentales. La arrogancia de los países colonialistas se plasmaba en la administración de lejanas tierras como algo beneficioso incluso para los propios colonizados, quienes de ese modo accedían al "progreso". Wells quiso mostrar un Occidente colonizado por seres poseedores de una tecnología superior a la conocida entonces, un momentáneo cambio de rol que pareció mantenerse en estado larvado hasta que al cineasta norteamericano se le ocurrió escenificar la novela como si se tratara de una crónica periodística.

El sociólogo Hadley Cantril recogió asombrosos testimonios en su famoso estudio sobre el pánico desatado como consecuencia de la emisión radiofónica (http://faculty.luther.edu/-johnsmar/ CL46/ cantril.htm). Uno de los oyentes estaba convencido de haber olido el gas y sentido los rayos térmicos descritos por los periodistas, mientras que otro sufrió un desmayo a causa del mismo gas inexistente. No queda ahí la cosa: durante la transmisión, varios individuos informaron a la policía de las maniobras de los marcianos aterrizados en New Jersey. Otro observó el fuego descrito en la radio y algunos pudieron escuchar los disparos de las armas marcianas. Un individuo aseguró que "las llamas que circundaban la nación eran las llamas del fin del mundo".

Como es lógico, no todas las informaciones divulgadas relacionadas con extraterrestres han tenido el mismo efecto. El

episodio de Welles es un caso extremo, pero nos permite concluir que los medios de comunicación influyen en cómo vemos e interpretamos la realidad. Tanto en el caso de un brillante planeta al que la refracción atmosférica convierte en una sorprendente luminaria con movimientos erráticos, como en el de unos irreales marcianos que nos están invadiendo, nuestra mente genera visiones, y adorna y exagera otras apoyándose en nuestras creencias previas, nuestros deseos y temores.

El experimento pionero en España sobre la generación artificial de testimonios ufológicos fue el Proyecto Iván, dirigido en 1978, entre otros, por Félix Ares de Blas. El origen de esta broma fue la curiosidad de un grupo de interesados en los ovnis por probar si podía generarse una oleada, lo que supondría una nueva faceta de la indistinción ufológica comentada más arriba: si los investigadores racionales se dieron cuenta de que los casos no explicados no se pueden distinguir claramente de los explicados, ahora podríamos extender esta característica a las oleadas. A pesar de la indignación de los "urólogos de campo", el experimento fue un éxito, en particular la última fase del mismo, donde se escenificó la fantástica aparición de un imponente ovni en la localidad vasca de Irún.

La primera etapa del proyecto, en diciembre de 1978, consistió en sensibilizar a la opinión pública local irunesa mediante la inserción de ñoras en la prensa sobre presuntas observaciones de ovnis. Una vez caldeado el ambiente, la oleada surgió como una epidemia provocada por los falsos casos divulgados por el grupo: era posible inducir una oleada "verdadera" a partir de otra falsa. Primera prueba empírica, primer acierto.

A continuación, los ufólogos confeccionaron un auténtico objeto volante no identificado: un globo, un juego de luces alimentado por una batería de coche y unos focos que se encendían simultáneamente. Gorostiaga, cerca de las Peñas de Aya, fue el lugar elegido, la noche del 4 de enero de 1979, con luna nueva. ¡Ahí es nada! Para algunos testigos, el ovni aumentaba y disminuía de tamaño, e incluso ¡vieron aterrizar el aparato! Según la opinión generalizada en la localidad guipuzcoana se trató de una nave extraterrestre y, como dijo un electricista, era imposible que fuese un trucaje (en otros casos fraudulentos nos encontramos con "cualificados dictámenes" similares a éste, como el de un fotógrafo que concluyó que no había engaño alguno en las fotos de unos papelitos de forma lenticular pegados en el cristal de una ventana por un niño en Las Palmas de Gran Canaria en junio de 1978…).

Otros interesantes testimonios se refieren a la localización exacta del fenómeno, su dinámica y la coloración que presentaba. Todo ello supuso un serio desafío para la urología comercial, que prefirió

silenciar estos acontecimientos al quedar en evidencia las débiles bases arguméntales en que se apoya el sucedáneo de investigación al que suele dedicarse, pura figuración social que se aprovecha de la ignorancia de los ávidos lectores de historias de misterios.

El exitoso experimento ufológico tuvo un colofón hilarante cuando J. J. Benítez echó mano de esta historia para desprestigiar a sus autores, que habían echado por tierra completamente el caso de las falsas huellas de un ovni en Gallarta (Vizcaya) en 1977-La verdad es que uno llega a dudar de la capacidad del novelista navarro para hilar razonamientos coherentes cuando lee su réplica a los definitivos comentarios de los promotores del Proyecto Iván el número 50 de la desaparecida revista Mundo desconocido.

¿Quién me garantiza que no están tratando de manipular igualmente el caso Gallarta?,aseguraba con indudable desparpajo al ver cómo se derrumbaba su aberrante interpretación de las palabras del incalificable testigo de Gallarta. Pero parece que la implicación indirecta de Benítez en el Proyecto Iván no quedó ahí. Aunque negó haber acudido a entrevistar a los testigos de los ovnis prefabricados, al año siguiente escribió en *El mundo de los ovnis:*

Mis primeros pasos tras los ovnis en 1979 me llevaron a las tierras de Guipúzcoa. El 4 de ese mes de enero, varios de estos objetos -silenciosos, luminosos y veloces como el viento- fueron observados por los testigos de las Peñas de Aya, desde el faro de Fuenterrabía y desde la plaza de San Juan de Irún, así como desde otras zonas de la población y alrededores. Fue toda una oleada ovni [aquí acierta Benítez, sin duda]. Los objetos -según explicaron los cientos de testigos- eran circulares y despedían luces rojas, verdes, blancas y amarillas. En el caso de los cuatro jóvenes que se encontraban en Fuenterrabía, el ovni terminó por ocultarse en el Cantábrico, a la altura aproximada de Hendaya.

Que el lector extraiga sus propias conclusiones, como suelen decir estos pseudoinvestigadores.

Bases de ovnis en la Tierra

Otro divertido episodio que, con el paso de los años, dio pie a jugosas enseñanzas es el de la novela *Bases de ovnis en la Tierra,* firmada con el seudónimo Douglas O'Brien por el periodista zaragozano Javier Esteban, implacable fustigador de cuanto investigador de lo "anómalo" se pone a su alcance. Puedes encontrar los detalles en *Traficantes de misterios* (http://generacion-e.webcindario.com/archivo/ufo 1 a.html).

La obra trata de las correrías autobiográficas de un agente secreto de la CÍA que intenta evitar que se conozca la verdad sobre los platillos volantes ocultada por los gobiernos a la población. Según declaró el propio autor,

desde el momento de la publicación de la novela, hasta fechas bien recientes, tuve que aguantar el acoso de los que investigan tonterías y soportar la publicación de artículos en los que se me reclamaba que confesase la verdad.

Estamos ante una de las mayores meteduras de pata de la historia del irracionalismo sensacionalista en nuestro país: duró más de 15 años y casi todos los líderes de lo ufológico-paranormal picaron el anzuelo. Tanto lo picaron que alguno lo hizo suyo y lo regurgitó, plagiando las invenciones de Esteban.

Esteban se pasó una década y pico toreando a los periodistas ufológicos de nuestro país. En una ocasión se presentó ante J. J. Benítez como espía del gobierno norteamericano. En otra, se presentó ante Bruno Cardeñosa como escéptico, cosa que éste no creyó aun siendo cierto. La doble jugada de Esteban fue notoria: se hizo pasar por un espía presionado por sus superiores y que, al mismo tiempo, deseaba entrar en la asociación escéptica ARP (Sociedad para el Avance del Pensamiento Crítico) para "realizar la labor que tengo que hacer", todo ello para mantener vivas las enormes tragaderas de los ufólogos y perpetuar el engaño. Según señaló Cardeñosa en un artículo publicado en la revista *Más Allá,*

quizá nunca sabremos si Esteban Aller es un farsante o un verdadero topo infiltrado, y tal vez la publicación de este reportaje le motive a contar la verdad.

Pero la verdad ya la había contado Javier Esteban un año antes: todo quedó al descubierto, en 1996, en un artículo publicado en la revista *La alternativa racional* titulado "La verdad está ahí fuera… pero los ufólogos no la ven" (www.arp-sapc.org/publicacio-nes/lar39.html), así como en una entrevista televisiva en Tele5 el 27 de enero de 1997. La revista *Más Allá,* que había sido invitada, se negó a participar en el programa.

Aunque parezca increíble, los fantasiosos sucesos del libro de Esteban fueron fagocitados y digeridos sin problemas por J. J. Benítez, quien llegó a escribir que había obtenido la información de sus contactos en las esferas militares norteamericanas. Entre otras referencias plagiarías, baste recordar la que publicó *El Heraldo de Aragón* en agosto de 1983. En un disparatado artículo, el autor de *Caballo de Troya* nos informa sobre el accidente de un avión P-3 norteamericano en la isla canaria de El Hierro el 11 de diciembre de 1977 -Benítez, al igual que el canario Francisco Padrón, reproduce el error de Esteban al situar el suceso en 1978-, que, según él, fue atacado por un ovni. El suceso fue debido, por supuesto, a causas humanas, más la conjunción de una serie de factores meteorológicos y tecnológicos. Un auténtico *Expediente X* canario.

Las alertas ovni: el gran circo de los platillos volantes

En los años 70 y 80 del siglo XX, el mito de los platillos volantes estaba vivo en nuestro país. Las observaciones eran frecuentes y los medios de comunicación se hacían eco de ellas con una amplitud impensable hoy en día.

Una de las manifestaciones de la creencia en los platillos volantes eran las "alertas ovni", concentraciones multitudinarias de creyentes -y algún escéptico infiltrado con espíritu curioso- que acudían a la llamada de un *contactado* o de los anuncios de una emisora de radio. Si buena parte de las religiones celebran peregrinaciones o concentraciones multitudinarias, el movimiento surgido en el pasado siglo en torno a la venida a nuestro planeta de sabios habitantes del espacio no iba a ser menos.

Las semejanzas con las creencias religiosas no quedan ahí: ya te comenté, Arturo, lo difícil que es convencer a un creyente de que no existen pruebas de esas visitas o de que la búsqueda de explicaciones es el requisito fundamental para gozar de cierto crédito entre la gente sensata. A unos no les apetece aceptar que su creencia es un castillo de naipes, derribado ante el primer soplo de la crítica; otros se defienden frente a todo lo que suponga un peligro para sus fuentes de ingresos.

La alerta ovni más importante de las celebradas en España fue la que tuvo lugar el 24 de junio de 1989 en el Parque Nacional del Teide (Tenerife), en el mirador de La Ruleta. Yo estuve allí, así que te puedo contar de primera mano parte de lo ocurrido. No me quedé en el sillón de mi casa.

Previamente al acto, el ambiente se había caldeado adecuadamente a través de la publicidad en la prensa local, así como por medio de intervenciones radiofónicas en las que destacados personajes de la subcultura de lo paranormal, tanto canarios como peninsulares, daban su visión del acto. El promotor fue el programa de radio *Espacio en blanco.* El contacto del programa en la isla era Francisco Padrón, quien no tuvo inconveniente en afirmar en un artículo periodístico que se trataba deuna gran reunión en el Parque Nacional con el fin de aprovechar esa energía telúrica y, tras un ejercicio de relajación, emitirla con ideas positivas de paz y armonía, proyectándola hacia todo el planeta.

De paso, se aprovechará este acto para invitar a los tripulantes de las naves extraterrestres a que efectúen una aparición y que se unan a esta manifestación de "buena voluntad".

Se les invita y ni siquiera tienen el detalle de decir que no iban a aparecer. Un poco maleducados estos extraterrestres… Las Cañadas del Teide es un lugar predilecto de los aficionados a los misterios y las "energías" extrañas. Padrón informaba a sus lectores de las cosas que podían suceder en el bello paisaje:

Especialistas en cuestiones esotéricas o paranormales y en

receptividad vibracional cosmotelúrica han afirmado que en la zona existe una energía especial. Y como enclave misterioso también aquí ocurren hechos sorprendentes: luces que aparecen y desaparecen, seres gigantescos o, por el contrario, bajitos y cabezones que tiran piedras a los testigos, ruidos de potentes turbinas que se escuchan a altas horas de la madrugada, música que no se sabe de donde se emite, discos metálicos o luminosos que se detienen en lo alto de un grupo de personas o de coches, que lanzan un rayo cegador, un jeep que persigue, sin darle alcance, a una esfera luminosa que brinca ante ellos…

Así, como lo has leído, sin quitar ni poner ni una coma ni una tilde, como si de un cuento de misterio se tratara. Estos disparatados rumores, cultivados durante años en los irracionales ambientes misteriófilos canarios, son los que muchos de los asistentes a la alerta ovni querían probablemente confirmar aquella noche.

El presentador de *Espacio en blanco,* Miguel Blanco, tampoco tenía pelos en la lengua:

Contactados de todo el mundo coinciden en los mismos mensajes y todos dicen que algo está a punto de ocurrir. Es como si de repente la última parte del plan *[sic]* se hubiera despertado, y muchos coinciden que tiene algo que ver con el día de hoy. Los mensajes coinciden en que es necesario crear una concentración de personas para que den una prueba irrefutable de que están entre nosotros…

Según el periodista canario, aquella noche no se divisó ningún ovni, aunque, según otras informaciones, sí se produjeron algunas observaciones en otros puntos del archipiélago. ¡Qué cosas! Eso pasa por una mala planificación: se citan con sus amiguetes del espacio, pero no aciertan a quedar en un punto concreto. Quizá los ET no conocen bien la geografía terrestre.

Llegué al hermoso paraje alrededor de las 11 de la noche. Al parecer se habían reunido unas 10.000 personas respondiendo a la llamada de los organizadores (¿o de los ET?). Hubo, como suele ser habitual, opiniones para todos los gustos pero, para mí, la alerta fue un fracaso a pesar de los 20.000 vatios de luz y los 10.000 de sonido empleados en un montaje que pretendía recordar la fantasiosa película de Steven Spielberg *Encuentros en la tercera fase.* Yo esperaba la bajada de las naves extraterrestres, pero lo único que bajó allí fue la temperatura, que rondaba los 0 grados (ni frío ni calor, que diría un bromista) y no detecté más que una descomunal tomadura de pelo por parte de los organizadores a los miles de personas que acudieron.

Para otros, seguramente, supuso toda una experiencia de comunicación, un acto colectivo de identificación con los seres del espacio a través de los años luz que nos separan (ésta es la faceta religiosa de las alertas ovni). Algunos también debieron de ver ovnis,

aunque pudo tratarse de los aviones que sobrevolaban la isla durante la alerta y que provocaron murmullos entre los asistentes. Me atreví a apuntar esta posibilidad, cosa que me valió ser mirado como un aguafiestas. ¿Quizá propiciaron el anhelado cambio de conciencia los bromistas que, cerca del cráter del Teide, se dedicaban a apuntar con linternas a la multitud congregada? ¿O fue tal vez el astrónomo Lluis Tomás Roig, quien se encontraba junto a dos compañeros en el observatorio de Izaña contemplando la larga cola de vehículos que se dirigía a Las Cañadas, mientras se preguntaban por la poderosa razón que movía a tanta gente a pasar una noche en vela?

Para algunos -me contó el astrónomo-, se trataba de pasar el rato cenando y bebiendo con los amigos, pero para muchos otros era algo muy serio. ¡Entrar en contacto con los extraterrestres! No podían quedar defraudados. Había que hacer algo.

La experiencia de Roig y sus colegas, producto de la hilarante línea ivaniana, ha permanecido oculta hasta este momento. He tenido que recorrer muchos kilómetros de investigación de campo para que mi confidente me aportara finalmente todos los detalles. Tuve que reunirme con varios soplones del Ejército y otros pocos del CNI y la CÍA para que, todos a una, presionaran al autor que llevó a cabo esta puesta en escena.

En una reunión secreta, Lluis Tomás Roig confesó que había en el observatorio del Teide material sobrante de las prospecciones realizadas para determinar si Izaña era el lugar ideal para instalar telescopios solares. Disponían de un gran globo-sonda, una enorme cometa, botellas de hidrógeno y pintura fluorescente. "¡Ah!, y una magnífica linterna de señales rojo-naranja", agregó nuestro informante. En un abrir y cerrar de ojos planearon y confeccionaron el "ovni". Pintaron parte del globo, introdujeron en él la linterna y utilizaron el largo cable de recogida de la cometa para mantener el globo bajo control. Cargaron todo el material en un Land Rover junto con la botella de hidrógeno y se dirigieron a Las Cañadas.

Ya de noche, se ocultaron entre unas retamas y procedieron a inflar el globo. Naturalmente, entre las prisas, los nervios, el temor a ser descubiertos y la falta de experiencia, la cosa no podía funcionar bien, pero durante algunos minutos el extraño artefacto voló majestuoso por encima de la reunión cósmica. "Oíamos algunos gritos de gente extrañada. '¡Ahí están!', decían algunos", me contó Roig. En la carretera cercana, un taxista frenó en seco, lo que produjo un pequeño choque en cadena de cuatro coches… Viendo que la gente se dispersaba y que algún grupo se dirigía rápidamente hacia el lugar en el que se encontraban escondidos los astrónomos, éstos cortaron el cable de sujeción del globo, que desapareció en lo alto.

El astrónomo recuerda la experiencia como muy emocionante y

divertida. "Además, ofrecimos a algunos precisamente lo que deseaban ver: ovnis", comentó finalmente. ¿Fue ésta la respuesta a la llamada cósmica efectuada por Blanco y Padrón? Quién sabe…

La historia de los platillos volantes en España cuenta desde mediados de 2004 con un par de episodios destacados en su ya larga trayectoria de absurdos, infundios y esporádicos momentos divertidos. A los primeros pertenece la alerta ovni convocada por el programa de radio *Milenio 3* de la SER el 25 de junio de 2004, dirigida por Iker Jiménez. Al segundo grupo, el proyecto Magonia, una alternativa lúdica a la alerta que el periodista científico Luis Alfonso Gámez puso en marcha en su blog homónimo (http://blogs.elcorreodigital.com/magonia) con el apoyo de algunos escépticos.

La alerta ovni se vendió como una noche astronómica, y se recomendó el uso de telescopios caseros para ver los planetas o las nebulosas.

Magonia añadía entre sus objetivos, junto con la futura comprobación de la fiabilidad del testimonio humano, la sagacidad investigadora de los ufólogos, que se iban a ver en la tesitura de tener que discriminar entre lo que podían ser "ovnis" y los artilugios manufacturados por los "magonitas"; es decir, debían actuar como escépticos a la fuerza. Para propiciar la participación, los organizadores convocaron un concurso al mejor informe de confusión propiciado por los ingenios luminosos. Por ello, la magistral jugada del proyecto Magonia no podía contar en absoluto con el beneplácito de los organizadores de la alerta ovni ni del público asistente. De todas formas, a pesar de las acusaciones dirigidas contra los escépticos por su intromisión, de los insultos (se pudieron leer en Internet cosas como "delincuentes, fascistas, talibanes, inquisidores, payasos armados, conspiranoicos"), y de las amenazas de denuncia, el proyecto Magonia no debió de ser para Iker Jiménez sino una piedra en el camino, un impedimento pasajero, una probabilidad no muy alta de que el acto no saliera todo lo bien que cabía esperar.

Este es, en mi opinión, el mecanismo externo de la alerta: una manipulación de las creencias irracionales tras la que no hay más que el afán de lucro de una emisora radiofónica y de un pseudoinvestigador centrado en una parcela de la realidad, despreciable desde el punto de vista de las ciencias y muy interesante desde el de las humanidades: lo paranormal en general y lo *platillesco* en particular.

Días antes de la alerta arreciaron las críticas contra la propuesta de Magonia. Uno de los argumentos se dirigía contra la crítica formulada, al parecer, por Magonia a quienes

no habían perdido la costumbre de salir a mirar el cielo de vez en cuando.

Este comentario es una pequeña muestra de cómo ven a los escépticos quienes abogan por la supuesta realidad misteriosa que nos rodea: los consideran sujetos aburridos, incapaces de sentir las emociones que proporciona una vida atenta a lo extraño, a lo que tales hechos "inexplicables" enseñan sobre la naturaleza de la realidad.

Reproduzco a continuación un breve texto extraído de la convocatoria a la alerta ovni en Internet:

Misterios no resueltos, periodismo de investigación, fenómenos extraños, ciencia de vanguardia, enigmas de las antiguas civilizaciones… todo eso es *Milenio 3*. Con una visión reporteril de los hechos, enviados especiales informando desde diversos lugares del globo y una conexión permanente con las nuevas tecnologías e Internet, este espacio entrará a fondo en temas habitualmente considerados tabú y que, a pesar de la poca información que hasta ahora ofrecían los medios generalistas, atraen al gran público que afronta lleno de curiosidad este tercer milenio.

Esperemos que todo esto les siga pareciendo una auténtica payasada a esos medios de información general. Verdaderamente, el nivel cultural medio de estos programas es bajísimo: se trata de una auténtica farsa en la que un amago de investigación se intenta hacer pasar por un acercamiento válido a la realidad. Esa "visión reporteril" no es investigación científica, conviene dejarlo bien claro: es periodismo sensacionalista, un batiburrillo pseudocientífico, un género literario-radiofónico que ha sabido penetrar en las mentes ávidas de maravillas que cultiva esta sociedad del aburrimiento. Al calor de lo alternativo, del "despertar de la conciencia", de la libertad para creer en lo que se desea, los líderes de los enigmas se convierten en engañabobos consentidos.

El escrito citado terminaba con una llamada simplona:

¡Todos a Madrid el 25J en favor del misterio!

¿En favor del misterio? ¿Cómo es posible estar a favor del misterio? ¿No habrán querido decir, si hemos de confiar en la salud intelectual de estos promotores, que accedieron en su momento a una educación obligatoria de calidad mínima, que conservan ciertos escrúpulos a pesar de vivir de fabricar sinsentidos para una empresa privada, no habrán querido decir -repito- que todos debemos estar a favor de la *resolución* de los misterios? ¿Qué es lo que caracteriza a los investigadores inteligentes, a los científicos y a todos los honrados clarificadores que pretenden conocer cada vez con mayor precisión la naturaleza de este mundo y que piensan, me atrevo a asegurar, que roda labor oscurantista y en favor del misterio por sí mismo no es más que una estafa a la curiosidad intelectual y un irritante ejercicio de cinismo por parte de personajes marginales, aunque estén respaldados por 8.000 personas?

El día 24 de junio, la Asociación de la Prensa, Radio y Televisión concedió la Antena de Oro al programa *Milenio* 3, circunstancia que Iker Jiménez debió acoger, lógicamente, como una bendición, justo cuando estaba recibiendo una buena colección de críticas desde diversos lugares. Parece que los criterios del jurado para conceder del premio fueron los siguientes:

Rigor en la información y su innovación del formato radiofónico, la utilización de nuevos medios y su espectacular audiencia.

Me interesan bien poco esos criterios, excepto el primero. Demuestra que los miembros del jurado no sabían realmente qué estaban premiando, o que son una muestra típica del frecuente bajo nivel cultural de gran parte de la prensa española. Muchos premios no son, en absoluto, indicio de la calidad cultural de un programa. Precisamente en julio de 2004 la asociación norteamericana CSICOP dirigió su crítica, una vez más, al exitoso programa televisivo *Larry KingLive* de la CNN. King ha recibido muchos premios periodísticos -muchos más que Jiménez-, pero sigue haciendo una presentación irresponsable de los tópicos paranor-males más habituales. Cuando Paul Kurtz y Joe Nickell pusieron en conocimiento del productor del programa la sesgada orientación del mismo, éste les respondió que "todo el mundo sabe que es sólo entretenimiento". Al igual que los escépticos norteamericanos, lo dudo. Y también dudo que el jurado del premio Antena de Oro y los oyentes tercermilenarios sepan qué es el rigor cuando mencionan supuestos hechos confirmados o simples creencias sin fundamento. Da la impresión de que algunos confunden la popularidad con la veracidad.

¿A qué tanto revuelo con esta pamplina de la alerta ovni convocada por *Milenio* 3?, podrías preguntarte. Cada cual puede creer lo que le parezca oportuno, es cierto. Pero de la misma forma el crítico tiene derecho a que su opinión sea conocida y considerada por los aficionados. De lo contrario, estaríamos ante un sistema de creencias cerrado -de hecho, ésa es la situación- en el que un círculo externo imaginario está formado por quienes proponen iniciativas como ésta, apoyándose en las imaginaciones mistéricas e irracionales de un amplio grupo de seguidores, el núcleo de ese espacio circular.

Además, la alerta tenía trampa: disfrazarla de divulgación científica. Con el demagógico recurso a la libertad de expresión, unos pocos se aprovecharon de la ingenuidad generalizada de quienes desconocen lo que es el trabajo científico auténtico y la exigencia intelectual que éste supone. Como suele ser habitual, los periodistas del misterio critican la ciencia y a los científicos cuando éstos no dan el visto bueno a alguna de sus historias de miedo, pero se aprovechan siempre que pueden de la buena voluntad de algún astrónomo al que pescan para avalar indirectamente sus disparatadas afirmaciones y, en

general, el teatrillo de lo misterioso en versión radiofónica. En el caso de esta alerta ovni, durante la emisión del programa se emitieron dos grabaciones, una de un astronauta de la NASA y otra del director del radiotelescopio de Arecibo. Según más de un oyente, dio la impresión de que estaban hablando de la vida ET y no de ovnis, y que fueron elaborados y sacados de contexto.

Uno de los centros de divulgación científica con los que contactó la organización de la alerta fue el Planetario de Pamplona. Su director, Javier Armentia, se dirigió a todos sus colegas de la lista de correo electrónico de la Sociedad Española de Astronomía (SEA), alertándoles sobre la estafa cultural que *Milenio* 5 se aprestaba a cometer con el habitual desparpajo de todos los sofistas del misterio prefabricado. Resulta que Jiménez pretendía contar con el apoyo tácito o explícito de algunos museos de la ciencia y planetarios españoles, como el Museo de la Ciencia de Castilla-La Mancha, el Planetario de Madrid y el citado Planetario de Pamplona, y presentar como una noche de divulgación astronómica lo que no iba a ser más que una parada mediático-platillista. Los planetarios, la SEA y la Red de investigación sobre bólidos y meteoritos mostraron su desagrado y repulsa por la maniobra del periodista anómalo. En cualquier caso, lo importante es que en los foros de divulgación científica españoles quedara claro, para futuras ocasiones, quién realiza auténtica divulgación científica y quién enmascara un producto pseudocientífico con el disfraz de jornada de observación astronómica, venga ello de donde venga, de la SER o de todas las emisoras españolas juntas.

Pero, ¡ay de los científicos y críticos en general con las alertas ovni y con todo aquel ejemplo de pseudociencia susceptible de ser exprimido económicamente! Serán acusados de pertenecer a algún oscuro conciliábulo contra la libertad de expresión. En http://superiores.blogalia.com figura una respuesta intercalada a una ridícula carta de Iker Jiménez, donde se despachaba con los piropos que el periodismo del misterio suele dedicar a los escépticos: "estos fascistas censores del pensamiento…" A esto añadía que la alerta "va a ser una manifestación en favor de la libertad, de la libertad de pensamiento, de la libertad de preguntarse, de la libertad de mirar al cielo unidos porque nos da la gana". Otra divertida bobada fue calificar a sus escépticos críticos de "adalides de la ciencia de letras muertas aprendidas de memoria y sin sentimiento"… Para Iker Jiménez, la alerta ovni era mucho más quever o no ver cosas y de aprender o no del cielo. Va a ser una manifestación de miles de amigos en todo el mundo. De miles de amigos unidos en libertad. No quedaba ahí la cosa. Jiménez también se presentaba como abanderado de la lucha contra la opresión mundial:

Por fortuna, siempre en cualquier pueblo, en cualquier lugar, ante

cualquier dictadura ortodoxa, siempre habrá tercermilenarios. Y, por último, los participantes acudirán a la alerta creyendo en lo que quieran. Con la fe que quieran.

Las alertas ovni son una de las manifestaciones más irracionales que pueden darse en el terreno del mito de los platillos volantes. Según es sabido, desde el propio interior del estudio racional se ha considerado siempre a los ovnis como algo -si es que son algo- esencialmente impredecible: en cualquier momento es posible divisar un fenómeno que puede caer en ese cajón de sastre que son los ovnis. Por tanto, cualquier intento planificador, de espera premeditada del acontecimiento misterioso, carece del más mínimo sentido. Pero el creyente en lo enigmático, el participante activo en la noche de observación, ni siquiera tiene en mente esa elemental enseñanza de la ufología crítica y racional.

Imagínate, Arturo, el siguiente escenario: la noche del día X, grupos de personas se reúnen en varios lugares para esperar la aparición de luces que no van a saber identificar. No saben si van a ver algo ni a qué hora ni en qué forma, pero acuden a la llamada de un programa de radio que tampoco ha aportado jamás una sola prueba y que echa mano de unos pocos científicos a modo de vigas de sujeción de lo que no es más que un castillo de naipes. ¿Y cuál es el pegamento con el que se unen todos esos ingredientes?: el romanticismo platillista, el pensamiento conformista y gregario del creyente, la incapacidad de ciertos profesionales del medio radiofónico para aprovechar su tribuna y divulgar auténtica ciencia. Uno de los colaboradores de la alerta aseguró en un escrito quemuchos nos reuniríamos allí esa noche con la esperanza de ser testigos de una "prueba", de una demostración que no sabíamos si se nos daría. Desde lo mas profundo de nuestro corazón queríamos dar el gran salto, pasar de creer a saber con certeza que no estamos solos en el Cosmos.

Todo ello aderezado con un poco de crítica social de pacotilla sobre los males de nuestra civilización, que no nos deja tiempo para pensar en lo espiritual y fomenta el consumismo. Anteriormente cité la apelación a la libertad por parte del organizador de la alerta como criterio justificador del acto. Es frecuente encontrar tales argumentos en el ambiente en que pululan las creencias irracionales, una especie de oposición radical al mundo contemporáneo o de enfrentamiento extremo contra lo que provenga de todo lo que no sea nuestra santa voluntad, lo cual, paradójicamente, engendra también credulidad extrema; todo ello para justificar cualquier idea que a uno se le ocurra. La crítica social norteamericana Wendy Kaminer señala en su recomendable libro *Durmiendo con extraterrestres* (Alba Editorial, Barcelona, 2001) la posibilidad de que quien desconfía de manera

absoluta de políticos y periodistas crea en ángeles y ovnis.

Por todo ello, las alertas ovni no son válidas para saber más de la vida en el universo (aparte de la nuestra y de cómo nos comportamos en esas manifestaciones de corte religioso). Esta no es materia para los más conocidos periodistas del misterio. La vida extraterrestre es objeto del estudio de los astrobiólogos en general, no de novelistas sensacionalistas que jamás han aportado un dato contrastable e irrefutable.

La alerta ovni del 25 de junio de 2004 nada tuvo que ver con la ciencia, ni con la astrobiología, ni siquiera fue un producto radiofónico respetable por su calidad y afán imparcial e informativo. Fue solamente una artimaña publicitaria para captar oyentes.

Conclusiones

Quizá te haya dado la impresión, o se pueda deducir de todo lo que te he contado, que la investigación escéptica del mito de los ovnis es innecesaria, o que más vale no tener contacto alguno con quienes manipulan y aprovechan la credulidad de las gentes para difundir productos de calidad deficiente, diseñados para quien está dispuesto de antemano a aceptar cualquier absurdo.

Pues no, esa impresión no es del todo acertada. Por supuesto, ésta es sólo mi opinión: si consideras que merece la pena dedicar el tiempo a otra cosa más útil, estimulante, amena, o científicamente provechosa para nuestra sociedad, a la vista de las informaciones vistas hasta aquí, estás en tu derecho. Por mi parte, no voy a tratar de convencerte de que esta maraña de especuladores estúpidos, alucinados y charlatanes desvergonzados que se hacen pasar por investigadores de vanguardia oculta algún fenómeno cuya existencia sea clave para el desarrollo de la humanidad o para la mejor comprensión de la naturaleza.

Éste no es, desde luego, el principal enigma de la ciencia, puesto que, si así fuera, sería en la actualidad la prioridad máxima de los científicos, y tal cosa dista mucho de ser cierta, como puedes comprobar hojeando las principales publicaciones científicas y divulgativas del planeta. Por tanto, ¿qué nos queda?

Nos queda un puñado de enseñanzas interesantes sobre nuestra capacidad para idear rumores y difundirlos hasta que cobran vida propia, sujetos a partir de entonces a una especie de lucha por la existencia en el reino de las modas culturales. En este sentido, el mito de los ovnis se ha convertido en una especie exitosa: ¡más de 60 años resistiendo la crítica y la completa ausencia de pruebas! Una gran colección de anécdotas y relatos, de testigos conocidos, desconocidos o inexistentes, deriva en un alucinante muestrario de interpretaciones erróneas convertidas en documentos pseudoprobatorios: trivialidades elevadas al rango de enigmas por obra y gracia del sector *misterioso* de

la industria cultural, de escritores que huyen de la crítica y el análisis racional como el agua del aceite, y que, además, se han preocupado por construir una retórica para justificar su labor y hacerse las víctimas.

Ni los extraterrestres ni sus intermediarios, los *contactados,* han aportado conocimiento alguno distinto de lo ya sabido por la ciencia contemporánea. Al contrario, muchas de sus especulaciones se han revelado falsas y disparatadas, como las de Adamski sobre ruinas de ciudades en la cara oculta de la Luna, gracias a la exploración espacial. Sólo quedan obviedades y advertencias morales, algunas de ellas extremadamente puritanas y ridículas.

Los ovnis, aun sin la fuerza de antaño, son un ingrediente más de la cultura popular. Se han vuelto algo *normal.* Por ejemplo, no hay entrevista periodística a un astrónomo que no haga referencia en algún momento a la posibilidad de vida extraterrestre y en la que, a continuación, no aparezcan los ovnis, porque éstos y aquélla están conectados en la mentalidad popular como si fueran lo mismo. ¿Quién puede negar la probabilidad de existencia de vida en otros planetas que posean el medio ambiente adecuado? Hoy en día, nadie que esté informado científicamente lo hará. Sin embargo, hay un enorme trecho desde la mera posibilidad de vida a la presencia de alienígenas inteligentes en la Tierra.

Esto no parece importarle mucho a la mayor parte de los periodistas, y el científico entrevistado puede sentirse relajado en ese momento y dejar volar su imaginación. Los fabricantes de enigmas aprovecharán esas declaraciones para dar por buenas ante los creyentes sus absurdas especulaciones. La mente poco educada funciona así, presta a dar por bueno lo que nos agrada o confirma nuestras creencias previas -que viven calentitas y seguras en nuestra cabeza, al margen de cualquier intento aclaratorio por parte de los "negadores profesionales".

Nuestra percepción de las cosas está siendo modelada de continuo, como si fuera plastilina, por los fenómenos del exterior: lo que vemos, escuchamos y leemos. La literatura de ciencia ficción y las películas de extraterrestres han servido de propagadores de esa gran familia cósmica que al parecer nos visita. Los propios relatos de quienes aseguran haber tenido visiones maravillosas en los cielos o haber sido raptados (o abducidos) por seres de grandes cabezas, ojos almendrados y pequeños cuerpecillos -aunque hay casi tantas constituciones corporales como testigos- han cumplido también un papel importante en la pervivencia de la leyenda, gracias al enorme poder de difusión de los medios.

En el escenario ufológico nos encontramos con múltiples teorías contradictorias, todas ellas con pretensión de verdad. Para unos, son

naves de origen extraterrestre o fenómenos inexplicables (no sé qué significa esto, ya que definir algo negativamente -algo que es todo aquello que no es X, Y, Z...- equivale, como dijo un conocido humorista, a intentar inventar la radio en colores dando brochazos al aire). Para otros, proceden del interior de la Tierra. Los de inspiración más ocultista aseguran que vienen de otros "planos" de la realidad. Y para los *contactados,* son representantes del gran Consejo de Ancianos estelar.

Al margen de esta barahúnda de alocados crédulos encontramos a un colectivo de estudiosos que pretende entender racionalmente esta creencia, buscar explicaciones sencillas, naturalistas y racionales y realizar interpretaciones sensatas, lejos de la estafa sistemática en que consisten los misterios dispensados por los grandes medios de comunicación.

En definitiva, Arturo, ahora contamos con las mismas pruebas de la existencia de platillos volantes que hace casi 60 años: ninguna. Afirmaciones extraordinarias, novedades impactantes, libros sensacionales que prometen el no va más de los secretos: repetición, año tras año, de las mismas mentiras refutadas tiempo atrás. Todo esto forma parte del mito de los ovnis. ¿Hay algo real detrás de esta miseria intelectual? No somos nosotros quienes estamos en la obligación de aportar pruebas -salvo en los sucesos que, afortunadamente, consigamos explicar, como es lógico-: quienes hacen esas afirmaciones alejadas de lo habitual son quienes deben aportarlas. Lo contrario es dar gato por liebre.

A cambio, en lugar de pruebas tenemos palabrería: *sí pero no, tal vez, no se puede descartar, es necesaria una "mente abierta"y sentirla "magia"*... Pamplinas, Arturo: todo menos pruebas. ¿No despierta la suspicacia de cualquiera el que, ante supuestos hechos, no se nos ofrezca más que retórica vacía de estilo publicitario y escenarios incomprobables o inaccesibles?

Extrañas energías que no pueden medirse; seres como el yeti, el *bigfoot* el monstruo del lago Ness que no dejan una sola pista de su existencia, ni siquiera un resto de excremento gracias al que poder averiguar su dieta; platillos estrellados de los que no se conoce un solo fragmento que analizar en laboratorios independientes; fenómenos "paranormales" que producen vergüenza ajena; interpretaciones absurdas -e innecesarias- que no pueden ser puestas a prueba, como la presencia de seres extraterrestres en la Antigüedad... Todo son excepciones y salvedades para poner a buen recaudo la creencia en determinada maravilla para parvularios. Ovnilandia y Paranormalandia son provincias contiguas del país del más allá del sentido común.

Los críticos escépticos repetimos incansablemente la palabra

prueba. Pruebas, pruebas, ¡queremos pruebas de esas afirmaciones! "¡Hágalo o cállese, señor Geller!", le dijo en cierta ocasión el mago y escéptico James Randi a un famoso doblador televisivo de cucharas, incapaz de repetir sus hazañas ante la mirada de un crítico experto conocedor de los trucos básicos de la magia y el ilusionismo. La capacidad de fuga de la mayoría de los platillistas y otras especies asilvestradas es tal que, en ocasiones, parece inútil pedir demostraciones. Pero no, no es una petición inútil ni injustificada: quien hace una afirmación inverosímil, Arturo, debe saber que está en la obligación de presentar las pruebas correspondientes, o de indicar sin rodeos ni salvedades cómo otras personas pueden llegar a ellas. Pero, como imaginarás, las pruebas no llegan… Volvemos a encontrar a los charlatanes de lo oculto haciéndose los locos una y otra vez, cuando no pillándose los dedos en la misma puerta por enésima ocasión, confiados en que nadie va a rebuscar en lo dicho o escrito…

Quizás estoy pidiendo peras al olmo. Ese mundo de rumores, sospechas y conspiraciones actúa a modo de muralla para los menos exigentes a la hora de practicar el pensamiento racional, y carece de sentido exigir racionalidad puesto que ésta puede hacer desaparecer el ansiado misterio. ¿Qué les quedaría entonces? Muchísimas personas que han abrazado el "pensamiento mágico" no necesitan pedir pruebas: ya han aceptado de antemano la supuesta realidad de un fenómeno. En este terreno abonado para ocultistas, sectarios y sinvergüenzas, las fallas de la educación obligatoria son explotadas por tales personajes empleando unos pocos recursos discursivos, aunque el trabajo de tragarse la píldora lo realiza por entero el propio creyente.

De esta forma han transcurrido casi seis décadas desde el inicio de la "era de los platillos volantes": un cajón de sastre en el que es imposible encontrar algo de orden y confirmar los relatos de los testigos en los episodios más llamativos. Tal circunstancia es muy sospechosa: cuantos más testigos haya habido de un fenómeno de apariencia extraña, más fácil será hallar la causa que lo produjo. En cambio, aquellos sucesos que sólo cuentan con uno o dos testigos son los que pasan por ser los casos estrella, los irresolubles. Ésta es una falsa impresión: ya vimos más arriba, al tratar de las principales causas de confusión, que también en los testimonios explicados algunos testigos ofrecen versiones inverosímiles, totalmente alejadas de lo realmente ocurrido? ¿Qué garantía tenemos de que en estas ocasiones un testigo en solitario no haya tergiversado involuntariamente su observación en el momento de recordarla y ponerla en palabras? El mundo cerrado en sí de la ufología es, con frecuencia, irritante, precisamente por ese espíritu de capillita de quienes satisfacen su curiosidad con el primer cuento chino que llega

a sus oídos, y la complacencia ignorante subsiguiente en conservar la mitología del *misterio,* de lo *no explicado,* del *algo habrá,* elementos básicos de la creencia. El seguidor medio de estas paparruchas parece incapaz de airear su cabeza y poner a prueba los mandamientos no escritos del buen *amante de lo paranormal:* sentir el placer de que el misterio deje de serlo, de que lo no explicado sea resuelto, de ver si realmente hay algo meritorio científicamente en la botica urológica. Se contentan con alimentarse unos a otros mediante programas de radio y revistillas en los que lo fundamental no se cuestiona jamás, como una religión intocable.

A pesar de todo ello, la urología ha cambiado. Ahora es una paranoia más entre otras, con la *historia alternativa* y los planetas encantados a la cabeza, entre otras falsificaciones. Pero la estructura emotiva y social se reproduce, como pasa con la parapsicología: se trata de gente joven que piensa que aquí se está jugando algo importante para la humanidad, un secreto procedente de los cielos, unos poderes y manifestaciones ignorados, o un pasado desconocido que no es como nos lo habían contado.

Quiero, por último, Arturo, transmitirte que es divertido hacer preguntas, tratar de explicar lo que se nos presenta como un enigma o hecho en apariencia inexplicable. Lo estúpido es conformarse con lo primero que uno oye, con la teoría del primer vividor que tenemos la mala suerte de encontrarnos en el curso de nuestra búsqueda de respuestas. Quiero transmitirte que el afán por lo misterioso en sí es una senda equivocada en la que nos engañamos o nos engañan, un terreno improductivo en el que muchos se acaban estancando, y que lo auténticamente inteligente es hacer todo lo posible para que los misterios dejen de serlo, que lo no explicado está ahí para que apliquemos nuestro entendimiento -o el de quien nos pueda echar una mano- y el enigma se desvanezca. Y para que nos demos esa fundamental satisfacción que sentimos los seres humanos cuando, a pesar de los desvergonzados que visten la realidad con gasas y terciopelos absurdos, somos capaces de demostrar la auténtica naturaleza y las causas de un fenómeno o creencia que parece un desafío a nuestro libre juicio.

Llámalo como quieras: escepticismo, pensamiento crítico, racionalidad… Me acuerdo de cuando, hace años, desmontabas los juguetes para ver cómo eran por dentro: se trata de seguir haciéndolo durante toda la vida.

Epílogo

El editor me ha pedido un difícil ejercicio: un comentario sobre mi implicación en este mundillo de los ovnis para que sirva de colofón a este libro. Me resulta difícil, ya que nunca he visto un "ovni" ni he sido abducido y devuelto a la Tierra después de haber visitado el planeta

de los alienígenas… En realidad, dispongo de las mismas pruebas de la presencia de extraterrestres en la Tierra que cualquier otro ser humano: ninguna, aunque, como tengo cierta decencia, no voy a intentar convencerles de lo contrario. A cambio, les puedo contar unas experiencias personales, ya que los es-escépticos también podemos relatar algunas.

Mi intervención en el gran circo de los platillos volantes no fue más que una variante de una de las acciones más placenteras que existen: mirar debajo de las piedras. Lo hacía de niño y aún lo sigo haciendo siempre que tengo oportunidad. Me refiero no a cualquier piedra, sino a las que se hallan en las zonas apartadas o en los bosques, las que llevan mucho tiempo en la misma posición, húmedas y asentadas. Si las levantamos nos tropezamos con multitud de animalillos: arácnidos, miriápodos, unos pocos gasterópodos, toda una comunidad oculta de seres. Descubrir el pequeño secreto que alberga cada gran roca es divertido, y estoy seguro de que la neuroquímica del cerebro cambia ante la contemplación de lo que ha quedado expuesto y clarificado. Por ello creo firmemente que la ocultación y el apego a los secretos y los misterios en sí es un defecto intelectual, y que quien los practica es un falsificador.

Durante buena parte de los años 80 leí libros sobre ovnis de escritores populares de *misterio*. De esta forma se veían confirmadas mis ideas preconcebidas en torno a los seres extraterrestres y sus visitas a nuestro planeta. En realidad, fue una total pérdida de tiempo porque, al comparar con otro tipo de lecturas, empecé a darme cuenta de que toda aquella literatura era demasiado sencilla, jamás aportaba pruebas de lo que afirmaba y no había lugar para la crítica imprescindible, es decir, era un género cerrado sobre sí mismo, como todas las creencias dogmáticas. Entonces me interesé por otras perspectivas.

Es obvio que la cultura que se divulga en los libros escolares básicos cumple, según las épocas y lo que la torpeza de las leyes educativas permiten, la función para la que ha sido institucionalizada: formar seres humanos mínimamente conscientes de sí y de su entorno. Pero está por demostrar que esa instrucción elemental, e incluso la de grado medio, desempeñe un papel relevante como vacuna contra las creencias pseudocientíficas. Las asociaciones escépticas insisten en la necesaria concienciación de los educadores frente a la publicidad paranormalista, ya que es en la adolescencia cuando se hace necesario prevenir la aparición de la credulidad irracional. Esa educación debe cumplir una función semejante a la de las sogas con que Ulises se hizo atar al mástil de su nave al escuchar los cantos de las sirenas: en nuestro caso, las sirenas son los heterodoxos de pacotilla.

A caballo entre 1988 y 1989 comencé a comportarme como un

ufólogo, lo cual, puedo asegurar, no es ninguna perversión ni caída de caballo paulina ni afiliación repentina a un culto religioso alternativo ni nada parecido. Además, nunca me confundieron con un urólogo, como a un colega. Ni siquiera fui de puerta en puerta para intentar convencer a los paisanos de que se unieran a mi credo germinalmente escéptico. Mi actividad consistía en hablar con personas que decían haber visto fenómenos u objetos extraños en los cielos o en sus inmediaciones, con la pretensión de obtener la mayor cantidad de información y explicar el relato.

Parte de la culpa de que me dedicara a ese campo la tuvo una librería esotérica de Santa Cruz de Tenerife, lo cual no deja de tener su ironía. Durante una visita en 1988, entre la abundante y típica morralla -y algunos libros dignos de lectura llegados hasta allí por puro azar-, me encontré con una obra entonces reciente: la *Enciclopedia de los encuentros cercanos con OVNIs,* de Vicente Juan Ballester Olmos y Juan Antonio Fernández Peris. No se trataba de lectura platillista al uso; al contrario, era una monografía aséptica con abundantes resúmenes de relatos sobre presuntas observaciones españolas y portuguesas de fenómenos u objetos a escasa distancia.

Las descripciones de los casos contrastaban con lo que estaba acostumbrado a leer, y se caracterizaban por una triple ausencia: de emotividad forzada, de sesgo *pro-platillista* y de estilo retórico más propio de la creación literaria que de la transmisión de información con pretensiones de objetividad. Era una buena piedra de toque para el interés personal: o te atraía y te sumergías en la sorpresa que suponían aquellas narraciones intrigantes, o lo abandonabas aburrido a la búsqueda de la literatura facilona en formato de bolsillo. Mi opción fue la primera. Recordar esa decisión me ha convencido, a la larga, de la necesidad de divulgar el escepticismo y el pensamiento crítico, a pesar de la mala prensa que tiene y de las tergiversaciones y manipulaciones a que son sometidos por los vendedores de *misterios:* siempre es probable que algún lector, algún joven interesado, deje atrás su inicial credulidad y se dé cuenta de que lo que algunos llaman *apertura mental* no es otra cosa que unas tragaderas desaforadas. Inmediatamente entré en contacto con el primero de los autores de la *Enciclopedia…*

La ufología racional española no ha sido nunca propensa a publicar libros, desgraciadamente. Me da la impresión de que ha pesado demasiado la evidente dificultad de que una editorial comercial se haga cargo de obras ufológicamente disolventes. Es difícil, pero no imposible: cinco son los libros del investigador valenciano Vicente Juan Ballester Olmos y sus colaboradores editados por Plaza y Janes y Temas de Hoy. A ello hay que unir los de Félix Ares de Blas, Miguel Peyró y Alberto Adell en editoriales más pequeñas, así como los del

antropólogo Ignacio Cabria. El último acercamiento crítico a esta materia en España hasta el momento de escribir estas líneas era también mío, *Luces en los cielos,* publicado tras demasiadas dificultades en 2003 en una editorial tinerfeña.

Como dije, establecí contacto de manera continua y muy productiva con Vicente Juan Ballester Olmos. Me sorprendió muy gratamente la presencia de una persona dedicada tan de lleno a estos temas, con tal afán metódico y tanta escrupulosidad por los datos concretos. Ajustar la fecha, hora y otros pequeños detalles de un suceso o hacer cualquier gestión que pudiera aclarar un caso constituían la materia de nuestra abundante correspondencia y nuestras largas conversaciones telefónicas. Nuestro interés no era adornar y vender bien nuestro trabajo; se parecía más al de dos botánicos que dedicaran buena parte de sus horas a herborizar, anotando en listados ordenados todas las novedades: datos fundamentales, explicaciones posibles o confirmadas, autores de las mismas, etc. Otros pueden dar fe de todo ello por experiencia propia.

Así se inició de manera más minuciosa mi modesta participación en esta actividad. Canarias era terreno virgen en lo referente al acercamiento escéptico a estos temas (y a cualquier otro relacionado con el *misterio).* Mis primeras gestiones se centraron en uno de los sucesos más importantes de la historia de los ovnis en España: la multitudinaria observación del lunes 5 de marzo de 1979, causada por el lanzamiento de varios misiles Poseidón de la Armada norteamericana en el océano Atlántico. Quería recopilar todas las fotografías que existieran del fenómeno y obtener al mismo tiempo nuevos testimonios, aunque aportaran poco al caso, ya que desde el principio parecía más que evidente su naturaleza balística (incluso la prensa lo sugirió a los pocos días del suceso). Manuel Borraz publicó en 1992 su ensayo sobre los cinco episodios canarios debidos a esa misma causa, ignorado completamente por la farándula ufológica española; y en 1998 Ballester Olmos y yo apuramos aún más la explicación obvia al tener acceso a las bases de datos de expertos internacionales que reflejaban una total coincidencia entre los lanzamientos desde submarinos en el Atlántico y las fechas de las observaciones canarias.

El ensayo en el que contamos toda la historia de los "misiles canarios" fue publicado en 2001 en la *Revista de Aeronáutica y Astronáutica* del Ministerio de Defensa español, un buen tanto para la historia de la ufología española y para sus autores. Y si esto le puede parece presuntuoso a alguien, que se haga cargo de que no son muchas las alegrías que esta jaula de grillos proporciona a quien se introduce en ella con sana curiosidad escéptica. En 2002 apareció la versión francesa del largo artículo en la *Gazette Fortéenne, y* en 2005 la

inglesa en el *International UFO Repórter,* una especie de *Nature* de la ufología, si se me permite la broma, publicación no escéptica aunque sí racional.

En 1991 acudí a unas jornadas internacionales de conferencias organizadas por *Cuadernos de Ufología* en Santander. En un descanso, Ballester Olmos me instó a llevar adelante un proyecto de cierto alcance: la catalogación y estudio de toda la casuística canaria conocida. A partir del voluminoso material que obraba en su poder, empecé a revisar todas las fuentes posibles: amplié la información periodística (tras muchas horas de hemeroteca tanto en Tenerife como en Gran Canaria), me entrevisté con muchos testigos cuyos nombres aparecían en la prensa, mientras otros se ponían en contacto conmigo directamente, realicé consultas a organismos que podían aportar detalles relevantes de ciertos casos, etc. Mi visión crítica del mito ufológico se fortalecía.

Poco después hablé con un joven que decía haber visto en 1990 una gigantesca nave desde su domicilio cercano al aeropuerto de Los Rodeos (Tenerife). Le dejé un cuestionario que me devolvió en blanco porque "está hecho para pillar a la gente". Fue una auténtica y valiosa enseñanza negativa para mí. Al mismo tiempo, localicé poco a poco a los principales testigos de los cinco episodios canarios originados por el lanzamiento de los misiles norteamericanos citados, excepto el del 24 de marzo de 1977, ya que la prensa no divulgó nombres. No me contaron nada extraño ni maravilloso, nada que no respondiera al natural asombro, debilitado por el tiempo, al observar un fenómeno raro para ellos. Con el apoyo de mis colegas peninsulares, fue fácil encontrar explicación para algunos de los sucesos más destacados divulgados por la prensa de las islas desde los años 50 del pasado siglo. Parte de esta información fue publicada en 1995 en *Cuadernos de Ufología,* en el primer trabajo de carácter racional y afán exhaustivo de la historia de este mito en Canarias.

Para entonces estaba en marcha la desclasificación de la información del Ejército del Aire relativa a ovnis. Canarias cuenta con una buena cantidad de expedientes a disposición del público. Mi modesta intervención contribuyó, como colaborador de su principal impulsor civil, Vicente Juan Ballester Olmos, a aumentar la cantidad de información disponible de algunos episodios y aclarar alguna manipulación de las palabras de un juez instructor de la Zona Aérea de Canarias, en medio de la despreciable campaña de difamación emprendida por el gran circo mediático de los ovnis. Comprobé de primera mano la adulteración de las creencias *platillistas* realizada por algunos medios.

En esto de los ovnis siempre fui un sujeto más bien raro. Las novedades me dejaban en cierto modo frío. Cuando se producía un

suceso de interés evidente (como la caída de un presunto avión en el mar frente a la tinerfeña playa de Abades el 9 de julio de 1992, no detectado por ningún radar canario), me costaba ponerme en movimiento. No tenía interés especial en ser el primero en recopilar la información ni en impresionar a los lectores con una historieta en la que se encadenaran los lugares comunes de Ovnilandia… Prefería dejar pasar el tiempo, que los hechos madurasen y que cayesen por su propio peso. Pero las circunstancias mandaban y me imponía cierta capacidad de maniobra rápida. Desgraciadamente, el caso de Abades quedó sin explicación.

En cambio, qué placer suponía para mí practicar la labor denominada *reencuesta* en la jerga ufológica. Se trata de un cometido básico para todo aquel que no se conduzca por criterios económicos o de figuración mediática. La propia palabra lo dice: practicar una encuesta de nuevo, hablar con los testigos, visitar la zona, efectuar gestiones que a tus predecesores se les pasaron por alto o ignoraron premeditadamente, todo ello con la finalidad de hallar una explicación de lo que quedó como un misterio. Levantar la piedra que lleva muchos años sin ser removida. Había leído en Ballester Olmos que este procedimiento permitía en numerosas ocasiones hacer luz definitiva sobre episodios ufológicos u obtener la confesión de un fraude, pues carece de sentido mantenerlo por tiempo indefinido. Lo confirmé de primera mano en alguna oportunidad, como en el caso de los niños grancanarios que vieron una "nave extraterrestre" en abril de 1978. Dieciséis años después, uno de los protagonistas del cuento no tuvo inconveniente en confesar la chiquillada.

Canarias, frente a las ventajas tópicas y turísticas, sufre una seria dificultad: su distancia del continente europeo. A mí me resultaba evidente a la hora de acercarme a los episodios ufológicos que habían tenido lugar en la España peninsular. En no pocas ocasiones lamenté no haber podido desplazarme a los lugares donde habían ocurrido casos clásicos (Pontejos, Cantabria, en 1969; Quintanaortuño, Burgos, en 1975; Turís, Valencia, en 1979; la abundante casuística andaluza, etc.) y pasar por ellos el rodillo crítico, poner patas arriba el escenario a la búsqueda de una explicación definitiva, si era posible, ¡o incluso aunque se tratase de sucesos resueltos! Eran episodios que habían sido, en algunos casos, adecuadamente analizados, pero que merecían, en mi opinión, una revisión décadas después.

Al principio me atraía la posibilidad de que alguna persona hubiese tenido realmente la oportunidad de contemplar un suceso "extraño" porque, de entrada, uno cree de buena -e ignorante- fé que el testimonio personal es digno de confianza. Por supuesto que lo es cuando se refiere a acontecimientos normales de la vida (con las lógicas variaciones), pero no cuando tratamos de fenómenos extraños,

en los que se vuelve muy problemático. Podría creerse que cuanto más extraña es una visión más fidedigno será su recuerdo, precisamente por lo impactante. Pues no, sucede al contrario: el testimonio tendrá más detalles imaginados, el testigo se habrá visto más influenciado por lo que otros le digan, por sus opiniones, por las bromas de que haya sido objeto, por las palabras de algún creyente convencido, por una lectura sensacionalista… Nada de esto ocurre con el testimonio de la observación de una bandada de palomas que picotea en el suelo de una plaza, por ejemplo. La exposición de los casos resueltos en libros y revistas críticos me llevó a defender esta postura como punto de partida

ineludible a la hora de enfrentarnos con el *misterio* de los ovnis. Todo aquello que no tuviera como aspiración inexcusable la resolución del enigma me parecía una falsificación de la realidad y una estafa al lector. Y siempre me resultó irrelevante que el éxito explicativo lo lograra yo o alguno de los colegas con quienes he colaborado durante estos años: el placer es el mismo, y siempre es motivo de alegría.

No he dejado de pensar en esta especie de afición convertida en profesión sui géneris. Sui géneris, porque la racionalidad y la crítica no produce rédito económico alguno, salvo en las contadas ocasiones en que logré publicar algunos artículos -exactamente, tres- en revistas comerciales, como por casualidad. No he dejado de pensar en la investigación de los "ovnis", que es lo mismo que intentar conocer de dónde nace la curiosidad y el placer de desenvolverse como ufólogo. Se trata de examinar la propia vocación ufológica. Ésta es la palabra importante: *vocación,* lo que en definitiva nos lleva a pensar en la psicología del ufólogo. No se trata de un asunto menor, en mi opinión, especialmente para todos los escépticos interesados en el análisis y comprensión de las pseudociencias y creencias mágicas, entre las que la ufología es una más.

Hay una cierta puerilidad en el ufólogo. Tradicionalmente, los interesados se han organizado en asociaciones y "grupos de investigación" efímeros que necesitaban dotarse de cierto funcionamiento burocrático para creer que cumplían los requisitos de la auténtica investigación. Esto resulta paradójico, pues el auténtico investigador aborrece la burocracia, que sólo supone una pérdida de tiempo para la tarea del pensamiento y la experimentación. Pero la ausencia de respaldo académico a la ufología creó habitualmente un vacío intelectual que necesitaba ser cubierto con organizaciones, delegaciones, comisiones y corresponsales, como si de academias o institutos científicos se tratara. Se jugaba a ser científico, Arturo. En todo caso, el respaldo de los colegas es fundamental para cualquier labor de búsqueda del conocimiento o de aclaración de una parcela

borrosa de la realidad, y el ufólogo, aun en su situación socio-científica precaria, no dejaba de necesitarlo. Pero, en la mayoría de las ocasiones, esa necesidad emotiva que tiene todo indagador de insertarse en una comunidad de interesados se convierte, en el caso de los ufólogos, en una parodia, una pantomima en la que una jerga, un procedimiento y una indumentaria se usan para aproximarse al cliché social del científico. Palabras como *enigmas, misterios, inexplicable;* procedimientos como la "investigación de campo y la redacción de defectuosos artículos para revistas del ramo; y adminículos como el chaleco de múltiples bolsillos, la cámara de fotos, la grabadora y la libreta de notas, entre otros, se convierten en objetos valiosos por sí mismos ya que representan la imagen televisiva del científico (la otra imagen clásica es la del que lleva bata blanca, inexistente en el imaginario ufológico por razones obvias). Creo que esta reflexión es válida para todas las pseudociencias.

Jamás me identifiqué con ese espíritu. Carezco, en buena medida, de la sensación de pertenecer a una comunidad de interesados. Sólo concibo el interés por la refutación y la explicación. Por ello no he pretendido jamás adornar los sucesos con los que me he ido encontrando ni he usado la retórica más allá de lo imprescindible. Siempre me ha parecido innecesario ese estilo alambicado y falsamente novelesco del colectivo de periodistas *paranormales,* para los que las estrellan refulgen como mudos testigos del misterio y meros desvaríos se convierten en intuiciones infalibles de que algo raro ha pasado en el lugar o está a punto de pasar. Ese estilo no es de extrañar: lo demanda la lógica de los misterios.

Como habrás notado, no tengo grandes revelaciones que ofrecerte, nada con lo que adularte, ni un fragmento de platillo volante estrellado que haya recuperado en mis muchas correrías de campo. Ni la verdad está ahí fuera, ni he detectado pasmosas causalidades. Sólo te puedo ofrecer, Arturo, un poco de sentido común y de divulgación crítica sobre uno de los más arraigados mitos del siglo XX, lo cual no es poco. Así hago en el curso interdisciplinar de la Universidad de La Laguna sobre ciencia y pseudociencias, cuya sexta edición se celebra en este año 2006. Ciertos novelistas se han preocupado siempre por aproximarse a la universidad para despachar sus fabricaciones *platillescas y* dotarlas de imposible prestigio; en cuanto observador escéptico de la urología (y otras creencias contemporáneas) llevo seis años haciéndolo.

Mi mayor o menor experiencia en este terreno hizo que el escepticismo se asentara en mi mente como una opción natural, a favor de la corriente, al contrario de lo que se suele pensar respecto a la acogedora y consoladora creencia en teorías o fenómenos de los que no existen pruebas a la altura de su pretendida rareza. Espero que

tanto tú, Arturo, como otros lectores de este libro os mostréis alerta ante las noticias de *misterios,* los programas *paranormales* y las publicaciones *especializadas.* La solución a la invasión del mercado de lo "oculto" y lo "mágico" no reside en mirar displicentemente para otro lado: consiste en hacerle frente, exigir pruebas, denunciar la falsedad y reclamar espacios para la crítica.

Para leer más

Ballester Olmos, Vicente Juan, *Expedientes insólitos. El fenómeno ovni y los archivos de Defensa,* Temas de hoy, Madrid, 1995. El principal investigador ufológico español de orientación racional y crítica reunió en este volumen algunos de sus artículos especializados publicados en diversas revistas.

Borraz, Manuel, *Ovnis: historias increíbles con explicaciones creíbles,* CEI, Barcelona, 1997. Una interesante colección de relatos sobre ovnis originados en observaciones astronómicas.

Cabria García, Ignacio, *Ovnis y ciencias humanas. Un estudio temático de $o años de bibliografía,* Fundación Anomalía, Santander, 2002. Densa revisión bibliográfica de ensayos y monografías académicas en torno a los extraterrestres y sus mitologías desde el punto de vista de las ciencias sociales. Una panorámica completa y muy útil.

Campo, Ricardo, *Luces en los cielos. Todo lo que siempre quiso saber sobre los ovnis,* Benchomo, Santa Cruz de Tenerife, 2003. Breve recorrido por los principales aspectos del mito de los ovnis, desde las explicaciones más habituales hasta el mundillo de los instigadores y su aberrante lógica

Campo, Ricardo (ed.), *Vida en el Universo. Del mito a la ciencia,* Equipo Sirius, Madrid, 2006. Aproximación a los aspectos más destacados del mito urológico y de la ciencia astrobiológica.

Diccionario Temático de Ufología, Fundación Anomalía, Santander, 1993. Obra de referencia en español imprescindible sobre esta materia: teorías, investigadores, historia, etc., con numerosas ilustraciones.

Francescutti, Pablo, *La pantalla profética. Cuando las ficciones se convierten en realidad,* Cátedra, Madrid, 2004. El autor explora la relación entre ficción cinematográfica y realidad, con un capítulo dedicado a las películas con presencia de extraterrestres y su influencia en el desarrollo de las creencias ufológicas.

Sheaffer, Robert, *Veredicto ovni,* Susaeta, Madrid, 1994. Libro muy recomendable, una de las mejores críticas globales que se han hecho por parte de un escéptico a esta maraña de afirmaciones y elucubraciones disparatadas.

Stoczkowski, Wiktor, *Para entender a los extraterrestres,* Acento Editorial, Madrid, 2001. Estupenda revisión de las tradiciones

irracionalistas y esotéricas que confluyeron en el ocultismo del siglo XIX y las teorías astroarqueológicas del siglo XX. Traza la genealogía de los extraterrestres y su presencia en las doctrinas "heterodoxas".

WAA, *Ciencia y pseudociencias. Realidades y mitos,* Equipo Sirius, Madrid, 2004. Incluye un artículo sobre ovnis del que soy autor, y otros sobre las principales temáticas del mercado del misterio, así como un recorrido divulgativo por la ciencia contemporánea.

Revistas

Cuadernos de Ufología, http://www.anomalia.org/e000.htm *El Escéptico,* http://www.arp-sapc.org/publicaciones/index.html *La Nave de los Locos,* http://www.lanavedeloslocos.cl *Pensar,* http://www.pensar.org *Skeptical Inquirer,* http://www.csicop.org/si

Organizaciones con orientación crítica y **escéptica**

Círculo escéptico, http://www.circuloesceptico.org CSICOP, http://www.csicop.org Fundación Anomalía, http://www.anomalia.org Sociedad para el Avance del Pensamiento Crítico, http://www.es-cepticos.org

Otros recursos en Internet

Diccionario escéptico, http://dicc.ciberesceptico.org

Red por una información crítica, http://www.formauri.es/personal/enlacesCriticos/ index, php *Skeptic Dictionary,* http://skepdic.com

Dirigida por Javier Armentia y editada en colaboración con la Sociedad para el Avance del Pensamiento Crítico

LAETOLI

This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
04/04/2008
LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/